

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO / ENERO-FEBRERO 1999 NÚM. 576-577



**Nueva
poesía
mexicana**



**Frida Kahlo
y la letra o**



**La
denominación
de la lengua
española**

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* da a conocer
su nuevo domicilio:

Los Ángeles 1932, número 11,
Colonia Olímpica, C. P. 04710,
Delegación Coyoacán, México, D. F.

Nuevo teléfono para suscripciones y publicidad:
606 69 36

Los teléfonos de la publicación seguirán siendo los mismos:

Dirección: 606 13 91

Coordinación editorial: 666 34 96

Administración: 666 39 72

Fax: 666 37 49

Correo electrónico (E-mail): reunimex@servidor.unam.mx

Internet: <http://www.unam.mx/univmex>



Coordinación de Humanidades

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

Consejo editorial: Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert Sierra, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster

Publicidad y relaciones públicas: Rocío Fuentes Vargas

Administración: Leonora Luna Téllez

Diseño y producción editorial: Revista *Universidad de México*

Oficinas de la revista: Los Ángeles 1932, número 11, Colonia Olímpica, C. P. 04710, Deleg. Coyoacán, México, D. F. Apartado Postal 70288, C. P. 04510, México, D. F. Teléfonos: 606 1391, 606 6936 y Fax 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Impresora y Editora Infagon, S.A. de C.V., Eje 5 Sur B Núm. 36, Col. Paseos de Churubusco, 09030, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$15.00. Suscripción por 12 números: \$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$20.00. Revista mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de licitud de título número 2801. Certificado de licitud de contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (E-mail): reunimex@servidor.unam.mx Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
LUIS IGNACIO HELGUERA	◆ 3 ◆	Leteo
JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS	◆ 4 ◆	Poesía mexicana de fin de siglo: para una calibración de puntos cardinales
ROXANA ELVRIDGE-THOMAS	◆ 8 ◆	Dos poemas
RENÉ AVILÉS FABILA	◆ 10 ◆	Aquellos tiempos, aquella casa, aquella mujer
JAVIER ESPAÑA	◆ 15 ◆	Dos poemas
DAN RUSSEK	◆ 16 ◆	Verano
JUAN M. LOPE BLANCH	◆ 17 ◆	Castellano, español y dialectos hispánicos
S. BAUTISTA	◆ 27 ◆	Exilio de la Marquesa
R. CANSINO	◆ 29 ◆	Isaiah Berlin: el último liberal
ELÉN LÓPEZ	◆ 32 ◆	Poema
VILLARREAL	◆ 33 ◆	"Que no rimen niña": Frida Kahlo y la letra o
GONZÁLEZ	◆ 42 ◆	El conflicto
SAMPERIO	◆ 43 ◆	La dualidad y Octavio Paz
LLE ARIZPE	◆ 48 ◆	Ágata
ES TORRES	◆ 50 ◆	Alimentación y economía en México: disyuntivas del tercer milenio
LUMBRERAS	◆ 56 ◆	Regresión del sauce
ÍNEZ LUNA	◆ 58 ◆	Una amistad arcádica: fray Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza
OC ARISTA	◆ 62 ◆	El maniquí

LO INVITAMOS

A CONOCER

LO QUE POR ESTAS

PÁGINAS TRANSITA

LA EXPERIENCIA CRÍTICA

ROBERTO GARCÍA JURADO	◆ 63 ◆	La escritura del habla
LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ	◆ 67 ◆	Andanzas de García Lorca en México
	◆ 69 ◆	Colaboradores

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
LUIS IGNACIO HELGUERA	◆ 3 ◆	Leteo
JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS	◆ 4 ◆	Poesía mexicana de fin de siglo: para una calibración de puntos cardinales
ROXANA ELVRIDGE-THOMAS	◆ 8 ◆	Dos poemas
RENÉ AVILÉS FABILA	◆ 10 ◆	Aquellos tiempos, aquella casa, aquella mujer
JAVIER ESPAÑA	◆ 15 ◆	Dos poemas
DAN RUSSEK	◆ 16 ◆	Verano
JUAN M. LOPE BLANCH	◆ 17 ◆	Castellano, español y dialectos hispánicos
JUAN CARLOS BAUTISTA	◆ 27 ◆	Exilio de la Marquesa
CÉSAR CANSINO	◆ 29 ◆	Isaiah Berlin: el último liberal
ANA BELÉN LÓPEZ	◆ 32 ◆	Poema
JAIME MORENO VILLARREAL	◆ 33 ◆	"Que no rimen niña": Frida Kahlo y la letra o
ROCÍO GONZÁLEZ	◆ 42 ◆	El conflicto
GUILLERMO SAMPERIO	◆ 43 ◆	La dualidad y Octavio Paz
CLAUDIA HERNÁNDEZ DE VALLE ARIZPE	◆ 48 ◆	Ágata
FELIPE TORRES TORRES	◆ 50 ◆	Alimentación y economía en México: disyuntivas del tercer milenio
ERNESTO LUMBRERAS	◆ 56 ◆	Regresión del sauce
ESTHER MARTÍNEZ LUNA	◆ 58 ◆	Una amistad arcádica: fray Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza
CUAUHTÉMOC ARISTA	◆ 62 ◆	El maniquí

LA EXPERIENCIA CRÍTICA

ROBERTO GARCÍA JURADO	◆ 63 ◆	La escritura del habla
LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ	◆ 67 ◆	Andanzas de García Lorca en México
	◆ 69 ◆	Colaboradores

Presentación



El proceso de globalización en los campos de la política, las transacciones financieras y otros ámbitos tiene antecedentes muy claros en el enorme avance tecnológico que, a partir de los años sesentas, se hace evidente en el universo de la comunicación. En los tiempos que corren la transformación, expansión y socialización de los procedimientos técnicos, aparatos y hábitos de indagación aplicados al periodismo impreso, radiofónico y televisual, adquieren una dinámica tan vertiginosa que la ininterrumpida investigación especializada en este campo no alcanza ni siquiera a registrar la índole de los cambios, ni mucho menos su ubicación social, su interpretación histórica y su explicación con respecto a funciones futuras. El fenómeno señala situaciones nuevas, muchas de ellas de naturaleza inesperada y sorprendente, por ejemplo la que se refiere a la posibilidad inmediata de dar a conocer aspectos individuales y colectivos, locales e internacionales que en otros tiempos quedaban resguardados a la vista del público, no sólo por razones de organización legal, sino también a causa de un sentido de la discreción que respondía a razones humanas y culturales. Ante muchos de los acontecimientos más recientes nos percatamos de que en el ámbito de la participación pública, dentro del ejercicio de ciertos personajes obligados a responder con diligencia a los requerimientos de la comunidad, es decir, prácticamente ante cualquier hecho político, la afluencia de datos resulta irreversible; o sea, la comunicación globalizada ha roto fronteras entre lo privado y lo colectivo, entre lo individual y lo social, entre lo que se debe saber y la exigencia de información que toda comunidad, incluida la comunidad global, tiene derecho, democráticamente, a saber. Esta situación agudiza de manera sorprendente la necesidad de que cualquier hombre o mujer, convertido en figura pública, asuma la responsabilidad ineludible e inaplazable de lo que en términos generales podemos denominar escrúpulos ante la historia, un cierto sentido de realidad, de trascendencia, que obliga al actor político a asumir autenticidad, honestidad y, por así decirlo, profesionalidad vocacional ante todos y cada uno de sus actos, sus decisiones, sus acciones y realizaciones. La idea de compromiso ha penetrado más profundamente en lo individual y al mismo tiempo se ha posado sigilosa y también abiertamente en la amplia cultura política de pueblos y naciones. Los procesos de globalización no han hecho otra cosa que abrir nuevos procesos y procedimientos, vías de conocimiento y de acción para establecer en el mundo instituciones verdaderamente democráticas y justas. Los cauces han quedado abiertos y hay mucho por lograr, sanear, realizar. Las responsabilidades de un periodismo local o globalizado deben ser compartidas, por tanto, con aquellos que han decidido desempeñar cualquier papel político por más insignificante o reducido que éste sea. ◆

Leteo

◆
LUIS IGNACIO HELGUERA

Como una mano dormida
entra esa rama en el río
salva del tiempo
hojas secas
flores deshechas
piedras
un trapo
un pájaro muerto
y me recuerda
el cajón de mi buró
donde como una rama
entra mi mano dormida
salva del tiempo
un dibujo de mi hija
un calzador de mi abuelo que sólo sabe calzar el tiempo
un lápiz amarillo, mordido y sin punta
fragmentos de sueños oscuros
noches y noches vencidas
junto al lecho donde corre el tiempo
como en un río
donde entra una rama
como una mano dormida
y salva del tiempo
hojas secas
flores deshechas
piedras
un trapo
un pájaro muerto

Poesía mexicana de fin de siglo: para una calibración de puntos cardinales

◆
JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS

1. Un fluido llamado escritura

Podemos esperar muchas cosas de la escritura poética contemporánea; de hecho, podemos esperar cualquier cosa. La tradición reciente ha hecho suyas las rupturas y las antinomias que a lo largo del siglo XX se identificaron con cierto espíritu de renovación (con cierta *utopía de lo nuevo*, si así puede llamarsele), las cuales parecían en su momento disolver e incluso clausurar a la escritura literaria vista bajo la perspectiva de un desarrollo lineal o evolutivo. No obstante los callejones sin salida a los que se vio sometida, dicha escritura fundó gracias a lo que hoy conocemos como las vanguardias notables obras de frontera, cimas y conclusiones ante las cuales cualquier continuidad parece ya despojada del principal atractivo que les dio combustible y vigencia en su hora: el riesgo de su novedad. Sin embargo, es evidente que no existe una línea progresiva ni mucho menos una evolución garantizada en la historia del arte y de la literatura, sino algo más parecido a momentos privilegiados de la convergencia, a redes de actividad o zonas de trabajo que se retroalimentan mutuamente. Diversidad de niveles pero también de concepciones de fondo sobre la obra y el lenguaje.

Un problema radica también en que esta tradición reciente ha terminado por emparentar en la coexistencia administrativa especies incluso opuestas en su origen y no necesariamente semejantes en sus intenciones. Por *poesía* aceptamos, hoy, una larga colección de textos notablemente distantes en los que apenas la voluntad específica de pertenecer a este género nos advierte acerca de una hipótesis de lectura en torno a su contenido. En ausencia de toda

frontera para términos de operatividad, es la hora de las especies híbridas. Poesía y prosa tienden a formular una dimensión mutante e inestable, un fluido llamado escritura. Por eso, antes que hablar de géneros, sería más exacto hablar de ámbitos o movimientos de la escritura.

Sin embargo, la profusión babélica no suple la necesidad de un origen unitivo, específicamente para la poesía contemporánea que se escribe en México, cuyo tema nos ocupa aquí. Interrogarse acerca de la escritura poética sin querer reducirla a una definición es un punto delicado; pero vale la pena formularlo. ¿Existe una cualidad inherente al poema, cualidad sin la cual deja de pertenecer a la especie poética?

Si nos abocamos al objeto como tal, es decir al texto, hallamos en él cierto parentesco con las telas, con los tejidos. Parece que en su origen los objetos creados por la escritura y los creados por los hilos revelaban suficientes semejanzas como para familiarizarlos en su etimología. Intuitivamente percibimos algo de textil en lo textual. Las palabras juntas forman telas donde hay texturas y tramas, calidades y figuras. De la sutilidad, colorido o rareza de estos objetos dependerá en cierta medida su valor y, más específicamente, su destino. Las telas más finas son objeto de deleite y exhibición y con el tiempo pasan a convertirse en reliquias o patrones del gusto de una época. El poema en tanto objeto físico no carece tampoco de algunos de los detrimentos que sufre la tela: envejece y suele perder algo de brillo con el tiempo.

Ahora bien, para quien lee un poema, en la mayor parte de los casos, el acto se valora también dentro de un fenómeno de conductividad. Esperamos de él cierto poten-

cial comunicativo o cierta densidad de significado, me atrevería a decir que cierta *energía almacenada* capaz de transmitirse a través de la lectura. Menos que una oración pero más que una noticia (acaso algo parecido a un flujo, a una corriente), esta energía es susceptible de redistribuirse o revivirse en el receptor. Esto supone al poema como una especie de batería con la facultad de concentrar y multiplicar las posibilidades significativas de los vocablos en una unidad límite que tiende a ocupar en el menor espacio físico el mayor significado posible. A este respecto, la definición que dio Ezra Pound sigue encontrando plena vigencia: "poesía es el acto de llenar a las palabras de significado".

De un poema esperamos, además, la flexibilidad de un juego. Guardamos la expectativa de enfrentarnos a un artefacto del más alto nivel de elaboración verbal, lo que presupone exactitud del funcionamiento de cada una de sus partes entre sí dentro de una arquitectura, que en buen número de casos se halla subyacente u oculta, pero que deberá estar ante todo asistida por la efectividad. Al mismo tiempo, guardamos la expectativa de recorrer un texto dotado de cierta amplitud abstracta de sentido en el que nuestra lectura despierte, en buena medida, el arte combinatorio implícito o sugerido desde su redacción. El nivel de sugerencias que puede evocar un poema es, a este respecto, decisivo, porque es proporcional a cierta *magnitud hipotética* de evocaciones que subyacen en él. Entre menos agotables sean los significados potenciales de un poema, más amplia será su vigencia. Resulta interesante que, como consecuencia de lo anterior, el juego es necesariamente de ida y vuelta. No hay poesía sin lector o, dicho de otra manera, el poema es sólo el pretexto de la poesía que, en gran medida, sucede en el lector.

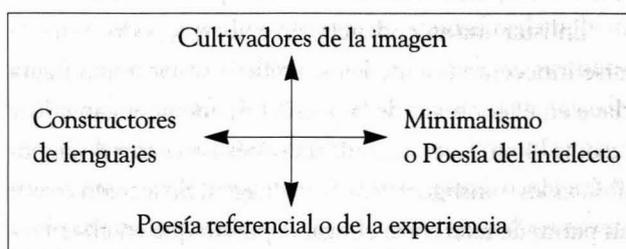
Si la poesía es, por una parte, un tejido que busca llenar a las palabras de significado y hacer con ellas una especie de batería capaz de guardar esa energía consciente y, por otra, un juego, una invención del ingenio, o, más propiamente, una *refracción* de las intuiciones poéticas del lector. ¿No puede ser la propia magnitud hipotética de energía o emoción que nos comunica un poema nuestra propia revelación de sentido ante un objeto que simplemente la despierta o desencadena?

2. Poéticas y puntos cardinales

Debo advertir que soy el primero en desconfiar de los esquemas. Creo, sin embargo, que su aparente rigidez es meramente administrativa o didáctica y, en mi caso, a veces me

han ayudado a percatarme de semejanzas o diferencias no evidentes en una serie de autores de las promociones más recientes. Cuando se enfrentan volúmenes numerosos de material poético al cual es preciso darle un sentido de conjunto, una visión que los abarque sin reducirlos a nómina, estas estructuras imaginarias iluminan relaciones subyacentes entre escrituras diversas que las emparentan no para encajonarlas sino para resaltar ciertos rasgos comunes en ellas.

Para la realización de cierto trabajo que me fue encargado, ¹ cuyo objetivo fue el ofrecer un panorama de la poesía que se escribe hoy en México por autores nacidos a partir de 1960, me permití utilizar un cuadrante cuyos ejes serían, gráficamente, los siguientes:



Hay que advertir también que en cada una de estas cuatro regiones el fenómeno poético es, en lo esencial, el mismo (sobre el cual ensayamos una aproximación en los párrafos anteriores); sin embargo, los modos de abordaje, las herramientas del discurso cambian. No es tanto una diferencia de sentido como una de aproximación a esa *magnitud hipotética* de la que hemos hablado. Donde, por ejemplo, los *Cultivadores de la imagen* utilizan precisamente a la imagen poética como eje de las posibilidades expresivas de la escritura, la *Poesía referencial o de la experiencia* utiliza una relación con cierta verosimilitud comunicativa de la cotidianidad para el mismo fin, y el *Minimalismo o poesía del intelecto* erige textos conceptuales cuyo centro es una idea y los *Constructores de lenguajes* ponen al significante, a la cualidad material del vocablo, como punto de partida para la elaboración de un código poético. De manera que lo que cambia en cada una de estas regiones tiene más que ver con alguno de los elementos de la escritura que con la escritura como un todo, como un vehículo de sentido. Las palabras clave podrían ser: *Norte*: la imagen. *Sur*: la experiencia. *Oeste*: el vocablo. *Este*: la idea.

La zona de los *Cultivadores de la imagen* se caracteriza por ponderar el uso de este recurso mediante la exploración

¹ Nagara 2, *Breve panorama de nuevos ingresos a la poesía mexicana*, revista *Viceversa*, núm. 55, diciembre de 1997

de sus alcances y dificultades. Poseen tras de sí probablemente la gran herencia del surrealismo, al cual podemos entender como un momento de vasta expansión de las coordenadas de lo posible en el campo de la expresión, movimiento que dio un sitio central precisamente por esto a la imagen. Con ascendencias que van de Rimbaud a René Char y de Saint-John Perse a José Lezama Lima, esta poesía entraña una simbología menos de lo real que de lo posible, cuyos versos alumbran cuando aciertan en esa verdad oblicua de la metáfora. Al parecer, la imagen como recurso privilegiado produce cierta travesía nunca lineal, sinuosa y asociativa de la escritura. En México han sido sobre todo Carlos Pellicer, Marco Antonio Montes de Oca, Juan Bañuelos y José Carlos Becerra quienes han llevado más lejos esta línea.

Enlistar una ascendencia, sin embargo, podría remontarse innecesariamente lejos. Prefiero situar a una figura clave en el contexto de la poesía hispanoamericana, José Lezama Lima, quien formuló una estética a partir de las posibilidades transfigurativas de la imagen. Su lección ofrece un punto de referencia obligado, puesto que en ella plantea lo que podríamos definir como la ecuación cognoscitiva de la imagen: cuando ésta alberga un sentido que la atraviesa y la multiplica en una posibilidad inefable no es posible decir que sólo se trata de una permutación verbal. Se crea más bien un lugar distinto al que el verso alumbraba por primera vez, un territorio recién descubierto. La imagen trabaja entonces como una ecuación. Se origina en dos objetos visibles para crear un tercero, invisible.

La *Poesía referencial o de la experiencia*, en el extremo opuesto de este cuadrante, se deriva de una noción en primer plano comunicativa del poema. El término *Poesía de la experiencia* no es nuevo; se ha usado para definir cierto tipo de trabajo que privilegia lo referencial en el poema y que detenta un perfil de matices más bien narrativos en su discurso. Independientemente de los modos o recursos puestos además en práctica en cada caso, es una escritura muy variada cuyo punto de partida es lo que podríamos definir como una estética de la cotidianidad. Poesía que busca ante todo la verosimilitud —biográfica, confesional, testimonial— de sus asuntos, la emoción y la comunión hacia lo inmediato entendido como lo verdadero, y con ello se aboca a la posibilidad, no por coloquial menos magnífica, de hallar lo universal bajo lo cotidiano.

La *experiencia*, el principio comunicativo del poema referencial, parte de una noción de semejanza o empatía emocional con el lector. Todos los recursos de la escritura se hallan abocados a un fin: la verosimilitud de la experiencia que el

autor comparte, incluyendo en esta experiencia —aunque no necesariamente— la referencia al presente histórico. No se trata sólo de transcribir un tema o pasaje biográfico con un vocabulario lo más sencillo o inmediato posible sino de hacer del poema un instrumento poderoso y preciso de comunicación emocional; entendiendo esta comunicación como un acto *vinculativo*, expresivo y comunitario.

Sin duda, dentro de los poetas que han trabajado en esta posibilidad de la escritura, ha dejado toda una escuela en México la obra de Efraín Huerta y la de Jaime Sabines, junto con la del grupo que se dio a conocer en los años sesentas como *La espiga amotinada* (salvo el ya citado Juan Bañuelos), así como la de José Emilio Pacheco. Han sido numerosos a lo largo de este siglo los poetas que podríamos citar aquí; sin embargo, de alguna manera el padre espiritual de una buena parte de ellos es Constantino Cavafis. Este poeta griego decantó un repertorio tan personal como eficaz, en relación siempre a una escala de experiencias íntimas revisadas con sabiduría. Sin duda, por lo mismo, la de Cavafis ilustra con nitidez los elementos esenciales de esta poética.

En lo que correspondería al oeste de estas regiones tenemos a los *Constructores de lenguajes*. Se trata de poéticas en las que el protagonista privilegiado es el lenguaje mismo. Desde intermitentes atisbos de ruptura hasta los confines de la radicalidad neobarroca, en estos poetas la conciencia del significante es un primer orden. Si toda poesía es lenguaje, a fin de cuentas, la manifestación a toda costa de su materia puede ser una premisa de trabajo, una dimensión asumida. Hay, por supuesto, diversos matices, texturas y campos temáticos según cada firma, pero en esta zona domina el laboratorio verbal. Para ubicar sus antecedentes habría que citar las *aventuras sigilosas* que van, primero, de Góngora a Mallarmé, y, después, de Vicente Huidobro, César Vallejo y Oliverio Girondo a José Lezama Lima, Haroldo de Campos y Octavio Paz.

Parece curioso que los principales exponentes y fundadores de esta región, a diferencia de las otras, se han desarrollado casi exclusivamente fuera del ámbito mexicano. Con la sola y enorme excepción de Octavio Paz,² parece que los *Constructores de lenguajes* no provienen de movimientos o escuelas que hayan tenido en México mucha fuerza. Por esto mismo, resulta significativa su conformación y vigencia en la generación emergente de poetas mexicanos. La conciencia del medio, y de las posibilidades expre-

² Me refiero sobre todo al ciclo en la obra de Octavio Paz que constituyen los libros *Blanco* y *El mono gramático*.

sivas que ofrece la materia verbal, tiende a reevaluarse en ella cuidadosamente. El rigor crítico en la escritura vuelve a ganar votos de valoración y en algunos casos se antepone a cualquier otro programa. Junto a esto hay que agregar la preeminencia que en el arte de este siglo tuvieron las vanguardias y cuyos irreversibles hallazgos, lejos de estar agotados, se han constituido en una necesaria referencia de la poesía contemporánea.

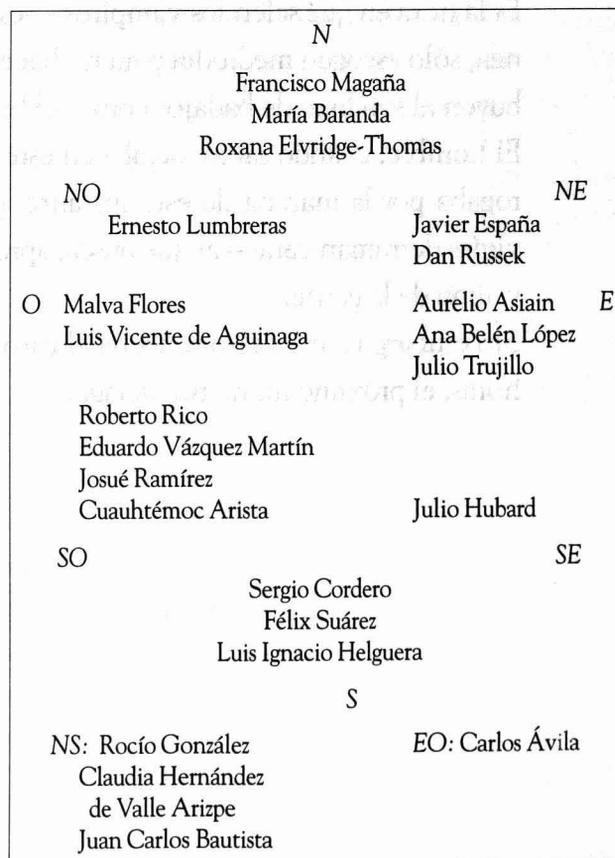
El cuarto ámbito de trabajo lo titulamos *Minimalismo o poesía del intelecto*. Se compone de poéticas que fundan el gesto de la escritura en una unidad significativa de racionalidad. El fenómeno poético sucede en el plano de una abstracción, dentro de un campo de labranza intelectual —si se me permite la metáfora— cuyos productos son objetos de la mano tanto como de la inteligencia. Breves por definición, son poemas cuyo centro es una idea. Obras fascinadas por el intelecto y sus travesías, por los conceptos que entrañan los vocablos. Esta poesía conceptual es difícil de hallar en un estado *puro*. Lo más frecuente son sutiles aleaciones de conceptualidad e imagen o de conceptualidad y lenguaje. El argumento conceptual, privilegiado en esta zona de la escritura, no debe ser de ninguna manera rígido sino que exige toda la plasticidad posible, por lo que casi todos los recursos de la poesía vienen, en algún momento, a fusionarse con esta poesía. No obstante, su característica primordial radica en que el poema crece concéntricamente a una idea. Idea que es su génesis y su centro, una travesía del intelecto capaz de perseguir al concepto entre la selva de la imaginación, de la memoria y del lenguaje para iluminarlo y darle caza. La filosofía suele permear, enriqueciéndola, a esta poesía desde diversas perspectivas. No es una casualidad que varios de sus cultivadores posean estudios en esta materia.

Paul Valéry, T. S. Eliot y Fernando Pessoa crearon, cada uno a su manera, una poesía del intelecto. Sus obras fueron escritas desde un evolucionado aparato crítico y desde una cultivada síntesis, desde una noción fundamentalmente inquisitiva de la escritura pero sobre todo desde una *argumentalidad*. En ellos podemos inferir ya los fundamentos sobre los que orbita toda una época de la poesía moderna. El núcleo radiante en la tradición de la poesía mexicana que alimenta esta región es la generación de los Contemporáneos, particularmente Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia y José Gorostiza. Más tarde, la obra de Octavio Paz y la de Gabriel Zaid prosiguieron, con diversas amplitudes, esta línea. Hay que asentar que la de Paz es una obra que ofrece varias facetas; aquí enfocamos ante todo los alcances de su conceptualidad.

Una manera más precisa de observar estas regiones y su interrelación es el siguiente gráfico, en el que se citan algunos de los poetas más representativos de esta generación. Las cuatro regiones que acabamos de esbozar dan lugar, a su vez, a variedades y entrecruzamientos producidos por la presencia de dos o más tendencias en la obra de un solo poeta. Las subregiones resultantes permiten ajustar con más precisión las poéticas personales en las coordenadas de este cuadrante, a la vez que representan con mayor claridad la riqueza real de sus voces. Usamos los puntos cardinales de una rosa de los vientos (N, S, E, O, NE, SE, NO, SO) a los cuales agregamos dos subregiones hipotéticas más (NS y EO) que completarían el juego de combinaciones posibles.

Pero sería absurdo negar que la variedad real implícita en la voz de cada autor es inclasificable y debe suponerse siempre desajustada de este y cualquier otro esquema, además de que se trata en todos los casos de obras en progreso, las cuales, según evoluciones futuras, pueden emigrar en cualquier momento de su hipotético sitio geográfico en este cuadrante. Sirva solamente por ello este esquema, si el caso lo amerita, como rudimentaria guía de perplejos. ♦

CUADRANTE DE POESÍA MEXICANA
AUTORES NACIDOS A PARTIR DE 1960



Dos poemas



ROXANA ELVRIDGE-THOMAS

Toque del cenit (recitativo, contralto)

Midi le juste y compose de feux

P. V.

Un carámbano de aceite que arde.

Justo arriba.

Derraman sobre el rostro de la tierra óleos calientes, como aquel cuento nocturno —debía serlo— donde un grupo de ladrones derrite su osamenta entre zumo de oliva que contienen las tinajas.

Los objetos pierden sombra.

Es la hora en que salen los vampiros —esa historia de que le huyen a lo claro es errónea, sólo escogen mediodía para no hacer notoria la omisión de su reflejo opaco— y buyen al son laxo de badajos contra el bronce.

El hombre, cuando sabio, dejaba en este grado en que la miel se espesa sus labores y rogaba por la marcha de este instante, por cerrar las puertas —francas, ya que los vigías derraman cera— al que busca, aprovechando los descuidos, agenciarse sombra y alma de la gente.

Sin embargo parte la hora, viene el gato y los ladrones se retiran a esperar, por doce horas, el próximo momento aciago.

Ninfeas

I

Las joyas de Ramses se han hecho líquidas.
Mirando
el faraón se ha vuelto de agua
y sobre ellos, las sílabas de los creyentes
—albas madejas—
se mecen simulando flores
sobre ese azul que incita
a devorarlo.

II

Arrebato carmesí
sobre el claro movimiento del estanque.
Exaltada
la pureza del capullo palpita
y suena con su cáliz amarillo.
Invade
repentina
de humedad
sus ropas frágiles.

III

El lago continúa
suave.
Confunde los tonos de las hojas
con su aroma de cielo despejado en tierras altas.
Arrastra a quien contempla hacia su música apagada,
a ese instante de silencio
que precede a la irrupción
de lo divino.

Aquellos tiempos, aquella casa, aquella mujer

RENÉ AVILÉS FABILA

Estaba yo hablando por teléfono celular en Perisur cuando una mujer caminó directamente hacia mí y se paró enfrente. Supe en seguida que la conocía, pero mi secretaria me pasaba un mensaje importante. Al concluir, la observé detenidamente: ¡Era Elena! ¿Cómo estás? No recuerdo cómo iniciamos la plática. Me puse nervioso, inquieto, hacía mucho que no pensaba en ella, pero lo principal es que yo esperaba a Mari, quien estaba a unos cuantos pasos comprando unos regalos. Qué gusto verte; y la dejé hablar, buscando un tema o cómo empezar la conversación, algo que tampoco se extendiera mucho tiempo, carecía de sentido que se encontraran Mari y Elena. Ella también estaba nerviosa, hablando de no sé qué cosas, ya sin las elegancias del pasado, desconcertada. Vivíamos a unas cuantas calles de distancia, sólo que en más de doce años jamás nos habíamos topado.

De pronto recordé aquella casa, la casa de Antonio, la vieja Colonia del Valle. La eterna fiesta que era esa casa cuyo dueño, poeta, la abría los viernes por la noche y la cerraba los domingos por la tarde. En ese tiempo podía entrar cualquiera, el que fuera, un novillero que se iniciaba, un médico fracasado, un oficinista entusiasta, un estudiante perezoso... Sergio, mi amigo de toda la vida, y yo caminábamos por Insurgentes sin rumbo. Nos atrajo el ruido de música y voces altas; la música era de uno de mis cantantes favoritos, Frank Sinatra, y las voces gritaban poemas, nombres de autores famosos, arengas comunistas y frases antigobier-nistas. Sergio sólo me miró, yo entendí perfectamente: había que entrar, ya teníamos donde seguir la farra, la borrachera que se había acabado en la casa de Paula con la inesperada llegada de su marido. Era, además, usual caminar por las antiguas colonias elegantonas en busca de alguna reunión o ir

en coche a preguntar por cualquier nombre y allí quedarse bailando y bebiendo.

La casa estaba en Torres Adalid. Yo vivía, recién casado, en Avenida Coyoacán, y Sergio en López Cotilla. Una gran cantidad de personas nos recibió sin vernos. Con facilidad nos sumamos a la fiesta: todo mundo estaba ebrio y alegre, creo que en ese lugar nunca hubo sitio para la tristeza, para las pequeñas tragedias. Sergio, más seguro y audaz que yo, de inmediato obtuvo dos vasos de ron, se acomodó junto a mí y miró alrededor: Flaco, hay buenas mujeres, mucha bebida, comida y hasta intelectuales famosos. Qué suerte. Como a los tres o cuatro tragos más, Sergio fue por una mujer y le preguntó de quién era la casa, la joven no lo sabía, estaba allí con un periodista e ignoraba dónde se había metido. Quizá esté con el dueño. Hay más gente en la biblioteca, por allí, y señaló una puerta de tipo colonial que contrastaba, sin ser chocante, con los muros y el decorado modernos, con una sala amplia presidida por una chimenea en cuya parte superior habían puesto un gran número de búhos. Mi amigo nos jaló en esa dirección. En el centro de la biblioteca un tipo alto, rubio, corpulento, con una gorra policiaca hacía bromas a costillas del presidente de la República: Es la prueba de las teorías de Darwin, es el eslabón perdido.

Me acerqué para escuchar mejor; el tipo resultó ser Antonio Castañeda, dueño de aquella casa, a quien no veía desde el último año de secundaria, era mi discípulo más querido, con el que mantuve mis primeras conversaciones literarias y con quien hablé de Ezra Pound y de Kafka, de Hemingway y de Rilke. ¡Antonio!, lo interrumpí, soy René, ¿me recuerdas? Y Antonio movió su pesada mole y sus ojos azules brillaron: Nunca te he olvidado, mi gran amigo.

¿Cómo llegaste... o llegaron a mi casa?, se corrigió al ver a Sergio. Por el ruido. Rió largamente y nos pidió que lo siguiéramos. Les presentaré a Martha, mi esposa. Es pintora y les encantará.

De este modo recuperé la amistad con Antonio. En efecto, se había casado, me enteré por algún amigo común. Se había casado y comprado aquella casa en la del Valle. No era reciente, pero le fue fácil remodelarla. Limpiar sus muros de decorado colonial californiano, un estilo pasado de moda, dedicarle más espacio al jardín y a la biblioteca. Él mismo le había hecho las modificaciones. Martha, su esposa, tenía muy buen gusto y le ayudó en la nueva decoración. Pintora, la mayor parte de los cuadros que colgaban en las paredes era obra suya y de amigos cercanos.

La semana siguiente volví con Sergio. Antonio trabajaba de lunes a viernes en su propio negocio, algunas tardes las dedicaba a mejorar su casa, a poner libros en orden temático o alfabético, pero los largos fines de semana su casa se convertía en una fiesta donde cabía todo. Aunque predominaban los borrachos, no faltaban los marihuanos y algún innovador que era capaz de conseguir LSD. Iban y venían mujeres de todos tipos. Y si mal no recuerdo, por lo menos eso puse en mi autobiografía, en esas reuniones vi a Jaime Torres Bodet y a Carlos Pellicer, a Sergio Galindo y a Héctor Xavier, conocí a un pintor que iniciaba su carrera impetuosa, José Luis Cuevas, y a montones de aspirantes a escritores que nunca pasaron de las primeras cuartillas.

En la tercera semana me presentaron a Elena. Llegó sola, pero Antonio me advirtió que más tarde la alcanzaría su marido. Ah. Debo entonces tomarlo como una prohibición, ¿no es así? No, claro, puedes hacer lo que quieras. Pero aquella advertencia me molestó y no conversé con ella pese a que en dos o tres momentos quedamos juntos o muy cerca. Bailé con Eugenia Peraza y hacia el final de la madrugada le hice el amor en una de las recámaras, una suerte de estudio de grandes ventanales, donde se acumulaban los cuadros de Martha. Cuando desperté, Eugenia se había ido no sin antes dejarme un horrendo poema en forma de mariposa y la promesa de telefonarme a mi oficina. De la cocina salían ruidos y un aroma de café. Antonio, imbatible, ya estaba preparando el "desayuno para crudos" del domingo, mientras que la sirvienta eliminaba el desorden y limpiaba baños y habitaciones. Aquello, se me ocurrió mientras me aseaba y entraba a la cocina en busca de una cerveza, era una extraña versión de *El gran Gatsby*, sin que Antonio fuese un hombre melancólico y dolido ni Martha una Daisy desencantada. En todo caso, mi amigo buscaba

ser un poeta distinto de los demás y Martha, la serenidad de un hogar y un montón de hijos. Al mediodía, ya de nuevo borrachos, pregunté por Elena. Creo que su marido nunca llegó, me dijo Antonio. Es una pareja extraña, ella es de Guadalajara, pero sin el habitual atraso de los tapatíos, y creo que se trata de su primer matrimonio, para él es el segundo. Luis, su esposo, trabaja conmigo y suele venir a ratos. Pocas veces acompañado por ella. Fue todo, no le di mayor importancia. Ese día iba a venir Margarita, y así fue; la tipa llegó disfrazada de gitana o algo parecido y con una falda hasta los tobillos que no me permitía verle lo mejor que tenía en esa época: unas piernas regordetas que con facilidad obsequiaba a los escritores. Me explicó que practicaba para una obra de García Lorca.

Para esa época yo había publicado sólo un libro, una novela que fue un pequeño escándalo y que me dio aparte de cierta notoriedad el ingreso a determinados círculos artísticos. Era, como dijo un crítico, un Apocalipsis de bolsillo, o una virulenta broma a la mayor parte de los intelectuales y políticos mexicanos. Estaba trabajando un libro de cuentos, los escribía sin prisas, entre los ratos que me dejaba mi tarea como redactor y corrector de una empresa publicitaria, mientras que mi esposa viajaba constantemente para una investigación antropológica. Decidí, junto con Sergio, hacer de la casona de Antonio el sitio favorito de nuestras borracheras y encuentros amorosos, el refugio ideal. Un mes después de nueva cuenta apareció Elena. De nueva cuenta estaba sola. Ahora opté por quedarme a su lado toda la noche, si es que no llegaba el esposo. Fue una conversación espléndida. La descubrí culta y deseosa de vivir más allá de los estrechos límites matrimoniales, estaba más cerca de la literatura que de la economía, profesión del marido. Aquella noche de viernes no había mucha gente y la que estaba hacía corrillos y platicaba en voz baja en la penumbra, con música de Mozart en el fondo. Elena y yo nos apoderamos de una botella de whisky y casi en seguida del tocadiscos para poner alguna músicaailable de Glenn Miller o de los Beatles que recién habían iniciado una carrera excepcional. Bailamos sin cesar y, para sacudimos un tanto el calor del verano, salimos al jardín. No me fue difícil besarla, pero su desconcierto me asombró y consideré que sería mejor llevarla de regreso a la sala. Ni ella ni yo hablamos más. Aprovechando la presencia de Antonio, Elena se despidió. Consideré que iba irritada y yo, por mi parte, me enojé conmigo mismo, no era el momento más adecuado, debí aguardar un poco. Me emborraché con Antonio y hablamos, nostálgicos, de los años de formación, de la escuela y

de algunos maestros que nos simpatizaron. En el fondo yo esperaba una oportunidad para pedirle información sobre Elena y Luis, sólo que el momento adecuado no apareció. Esa noche no dormí pensando en ella, en cómo sería su matrimonio, sus hijos...

Al día siguiente volví a la casona. Era sábado y jamás pensé que estaría Elena. Sergio no me acompañó. Tenía que preparar alguna cosa de tipo jurídico (era abogado) y deseaba ponerse al tanto con no sé qué código. Cuando entré, me dio una gran alegría y ella se puso de pie automáticamente para saludarme con un beso que hubiera podido ser calificado como provocativo. Te imaginé molesta. ¿Por qué habría de estarlo?, repuso con un gesto encantador. Por el beso de ayer. No, desde luego, sólo espero que sepas lo que despertaste y aguantas las consecuencias, dijo siempre sonriendo, luminosa.

Dos días después, sin una conversación profunda sobre el amor que se iniciaba, sin conocernos bien, hicimos el amor en un hotel de paso, sin titubeos, como si anteriormente hubiéramos estado desnudos frente a frente.

Sin embargo, mi inmadurez —ahora lo sé— era bastante. Me suponía experimentado por la gran cantidad de mujeres que llevaba a cuestas, pero ninguna era como aquella, ninguna estaba casada y con hijos, ninguna se haría parte fundamental de mi vida por sus conocimientos artísticos, ninguna sabía tanto del sexo. Pero ignoro si haya sido “tanta” experiencia o si sólo se trataba de intuición o quizá algo maravilloso que la hacía fantástica en la cama: sabía qué presión ejercer, cómo besarme todo el cuerpo, en qué momento culminar sin importar que yo tardara o tuviera un orgasmo prematuro. Nunca hubo mejor compañera. Las conversaciones sobre literatura eran profundas e inquietantes; los libros comenzaron a fluir motivados por sus reflexiones y también por lo que de su vida me contaba. En apariencia, antes de su marido, sólo tuvo un hombre, un piloto, un aviador que imagino civil y del que poco supe. En cambio, habló mucho de su esposo, de Luis, y eso marcó el principio del fin, no importa que ese fin haya tardado casi diez años en sobrevenir como un terrible advenimiento.

Me resultó curioso, lo mismo que a Antonio, que Elena se hiciera cotidiana de aquellas interminables juergas de largo fin de semana. Para mí era explicable que llegara sola, para Antonio no tanto. A Sergio le importaba muy poco, creyó que era uno de mis juegos amorosos habituales. Curiosamente la muerte le impidió ver mi más larga relación, más larga aún que la que tuve con Cristina, mi primera esposa. Una muerte que ocurrió entre broma y broma,

entre botellas de whisky y la velocidad del auto recién comprado, algo para mí sumamente doloroso, de lo que nunca conseguí reponerme: he hecho a Sergio López Villafañe una y otra vez, obsesivamente, personaje de mis cuentos y novelas, protagonista de historias reales o imaginarias. De este modo descubrí la intensidad con la que vivimos la juventud y la necesidad de un amigo confiable, perfecto, de una lealtad y un cariño sorprendente.

En efecto, al principio Elena llegaba sola a casa de Antonio. Los viernes a eso de las ocho de la noche. Después se hizo costumbre que ella fuera a recogerme camino de la fiesta. Su casa estaba en Coyoacán y la mía quedaba entre ambas. Pasaba en su coche y, según nuestros caprichos y el grado de alcohol y deseos sexuales, íbamos a otro sitio, nos quedábamos allí o parábamos en un hotel del que nos hicimos asiduos. Los domingos jamás la veía, los dedicaba a sus hijos y seguramente al marido. Los viernes y los sábados fueron insuficientes y pronto se extendieron y los lunes, los martes, miércoles y jueves fueron nuestros. Hacíamos el amor furiosa o dulcemente, bebíamos sin parar y los temas éramos ella y yo, lo que más nos gustaba, la literatura y la música y hasta comenzamos a asistir a conferencias de autores que nos llamaban la atención. En ocasiones, íbamos a la ópera. Yo temía la ruptura, la brutal intervención de su marido para doblegarla, y le propuse hacer una alcancía para viajar juntos; no sólo ello, tuvimos proyectos que no nos separarían jamás como hacer una larga antología de literatura fantástica, un trabajo que incluyera muestras de todos los tiempos y de todas las naciones, una quimera que nos ocuparía el resto de nuestras vidas, que nos permitiría envejecer juntos, rodeados de libros. Algo que en caso de separación nos diera un pretexto para volver a encontrarnos. Y, en efecto, viajamos y comenzamos el libro. Pero una vez en Nueva York, ella hizo una llamada telefónica para confirmar la cita con unos amigos. Dijo sí, de acuerdo, nada más que Luis termine de arreglarse. Yo no era Luis, ése era su esposo. La confusión era intolerable, significaba que lo tenía presente, que cuando hacíamos el amor pensaba en él, significaba, en suma, que seguía amándolo y que por lo tanto se acostaba con él. Según sus propias informaciones, dormían, desde que comenzó lo nuestro, en camas separadas, en habitaciones distintas, apenas se saludaban y hablaban lo estrictamente indispensable, la escuela de los hijos, algún mueble averiado, la reparación de un automóvil, una necesidad hogareña, en fin. Pero aquella pequeña confusión fue para mí terrible, me trajo a la memoria una conversación estúpida, luego de un orgasmo fulminante, cuando muy ebrio le



Alfonso Soriano

solicité, le rogué, que Luis no volviera a tocarla. No lo haré, bobo, te lo juro. Sólo seré tuya. Tendría que violarme y me haría daño porque su miembro es grande, y tú lo sabrías. Me pareció odiosa la información, por qué debía yo saberla. Los monstruosos celos aparecieron de cuerpo entero, comprendí que ya nunca me abandonarían, que siempre estarían allí, agazapados, en espera de que algo los liberara. Y Elena acababa de abrir la caja de Pandora que en el fondo no guardaba la esperanza sino los celos, aquélla que Yago le dio a Otelio para coronarlo con una total infelicidad al convertirlo en asesino. De héroe a criminal. No soy Luis, Elena.

Ella, avergonzada, dijo: Perdóname, no sé en qué pensaba.

Yo sí.

Y no volví a tratar el tema. El día fue odioso, detestable. Comimos en el Village y poco bebimos con nuestros amigos. De regreso al hotel, caminando por Madison, me dijo que otra vez quería ser mi gran amor, lo hizo con un tono casi infantil que nunca había utilizado. Por desgracia, fui implacable. Mi enemigo estaba presente, dormía con nosotros, visitaba museos con nosotros, comía y bebía con nosotros...

Ya no fue igual. Durante el vuelo pensé que, por fortuna, no había dejado por completo mi vida anterior, seguía teniendo una esposa y otras amantes ocasionales, que todas ellas eran mis víctimas, las engañaba y les formula-

ba promesas amorosas. Nada aliviaba mi dolor o sofocaba mis celos. En la Ciudad de México las cosas comenzaron a deteriorarse aceleradamente. No sirvieron los recuerdos acumulados durante más de siete años. Antonio se había divorciado y pasaba frecuentes temporadas en clínicas anti-alcohólicas. La muerte de Sergio me había mutilado. Y las pugnas con Elena se habían acentuado, a grado tal que dos o tres veces, en sorprendentes accesos de furia, la había golpeado. Ella, pese a todo, era la parte razonable y trató de mantener la relación. Intentamos revitalizar la famosa antología y reunió un enorme número de textos, yo escribí un cuento sobre Elena y sus cualidades mágicas; cuando se lo leí lloró calladamente y me estrechó con suave intensidad.

Transcurrieron varios meses, ignoro cuántos, muchos. Parecía que las cosas mejorarían, que la relación se mantendría pese a los sucesos, a mis celos enormes y a los cambios que a nuestro alrededor habían ocurrido. Pero no, fuimos a una fiesta y Elena bailó con un amigo mío. Se trataba de un viejo, inofensivo además, pero para mí fue un pretexto para que en el hotel donde paramos la abofeteara "por puta". Qué lejos habían quedado la casa de Antonio, los primeros bailes y caricias, la excitación inicial y la idea de que estaba por fin ante el amor de mi vida. Al día siguiente, Elena exigió de inmediato mi presencia. Quiero que me veas, y sí la vi. Tenía un severo moretón en la mejilla izquierda. No deseo que esto vuelva a ocurrir, imagínate, qué explicaciones doy a mi familia y a mis vecinos, ¿la consabida puerta? Prefiero dar por terminada la relación. Después nunca volví a verla. No la busqué ni ella a mí, las cuartillas y los libros para la famosa antología de literatura fantástica se quedaron en una gaveta. Le telefoneé cuando prematuramente murió su marido, uno de sus hijos me contestó y me dijo que no podía tomar la llamada; antes de colgar, el muchacho, en vista de que había preguntado por ella con su nombre de soltera, me corrigió: su apellido es Cosío, que era el del esposo. Dejé mis datos. Total, a mi nueva esposa nada le decía aquel nombre que ocultaba a una mujer que había sido como Alicia en el país de las maravillas, una niña encantadora, o quizá como Ana Karenina, una mujer trágica. Al día siguiente se comunicó conmigo. Sólo quería decirte, Elena, que me dolió la muerte de Luis, me dolió por ti, muchas veces quise su muerte, pero eran tontos celos. Ella, con voz serena, me relató la muerte del esposo de un ataque al corazón. Fue todo. Yo estaba ocupado con Mari, sentía amarla intensa y pasionalmente. Había aparecido de pronto, en una reunión de señoras burguesas y con toda simplicidad me dijo estoy enamorada de usted, sus libros me han en-

cantado, acabo de divorciarme. Sonreí mientras contemplaba su enorme belleza y distinción, mientras trataba de adivinar cómo serían las piernas que ocultaba tras un largo vestido y botas marrón. Mari había acumulado el amor hacia mí en las lecturas de mis novelas, novelas que justamente hablaban de Elena. Por eso, cuando me preguntó si había existido o no, le conté con todo tipo de detalles la desdichada historia. No sólo ello, la llevé a la casa donde la conocí. No era más de Antonio, estaba convertida en un consultorio médico que había recuperado los detalles de la antigua decoración. Vamos a entrar con cualquier pretexto, un dolor de espalda, una migraña. Oye no, que tal si resulta proctólogo. Oh, vamos, yo invento algo. Pero nada en su interior me recordaba el antiguo lugar donde pasé largas veladas, donde conocí a tanta gente y comenzó mi relación con Elena. Ni siquiera escuché, como en las películas, los ecos de risas, música y conversaciones felices.

Mari salió de la tienda y sin ver a Elena me dijo: voy enfrente, a comprar una blusa y pañuelos. Al darnos la espalda y mostrar sus bellas piernas, Elena la observó y dijo no la conozco, ¿verdad? Claro que no. Pero yo mentía, en todo caso no la recordaba. Mari fue a buscarla a su oficina y algo le preguntó y estuvo conversando con ella durante largo rato y hasta, me parece, tomaron un café. ¿Por qué lo hiciste?, la interrogué cuando me lo contó. Quería conocerla, saber por qué razón la amaste intensamente, qué tanto tiene de maravillosa y mágica. ¿Le preguntaste por mí? No, le dije que se parecía mucho a una compañera de estudios, fue todo, el resto del tiempo hablamos de hijos, de libros y de películas. No es fea, pero es común, terminó con cierta sorna. Eso es lo que tú supones, alcancé a decirle molesto antes de concluir el tema.

Una Elena sonriente, ya sin nervios, dijo veo que sigues siendo promiscuo. Sí, y no pienso cambiar, ya estoy viejo, las mujeres han sido mi gran obsesión. Tú lo sabes. No hablamos gran cosa. Todo se atoraba y se quedaba atrapado. Ella parecía no considerar que estaba acompañado y que Mari hacía tiempo para dejarnos conversar, tal vez porque yo no la llamé para que se saludaran. Cómo han cambiado las cosas, traté de decirle, a cambio solté una estupidez: Sé que estás sola, quiero decir, tus hijos se casaron. Uno, el otro sólo vive con la compañera. Pero tengo un perro viejo, tres canarios y un gato pequeño... Me sorprende que no nos hayamos encontrado antes, viviendo tan cerca... Cierito, balbuceé incómodo.

En realidad había mucho de qué hablar, pero no era ése el momento. A mi lado pasaron de largo dos alumnas más

de la UNAM, una me sonrió con malicia. ¿Te gustaría tomar un café conmigo?, pregunté y antes de que me diera una respuesta, le mentí, ya no bebo, me hace daño, trato de cuidarme... Ah, no tengo tu número telefónico. Es el mismo, te daré el de mi oficina.

Fue todo, me despedí apresurado e inquieto. Fui en busca de Mari, siempre tan segura de su belleza, me preguntó ya se fue tu amiga. Sí. Préstame tu letra, es mejor que la mía, quiero poner un recado en el regalo que voy a mandar a mi prima Nena. Y me extendió una tarjeta en blanco. A la que le estampé alguna simpleza.

En el camino hacia el restaurante, Mari me preguntó: ¿Quién era esa señora?

Me pareció una broma: ¿Quién era? ¿La has olvidado? Es Elena.

Mari no pareció sorprenderse más de lo que yo estaba. ¿La buscaste contra mi voluntad, hablaste con ella por más de dos horas y no la recuerdas?

¿Es un pecado?

No. Una torpeza, simplemente.

Pues está envejecida, se le notan los años y su ropa está descuidada...

Comimos y fuimos a hacer el amor. Mari actuaba con sequedad. Era obvio que le había molestado mi encuentro. Al salir del hotel me pidió que fuéramos al cine. Faltaba media hora para que comenzara la función. Caminamos por el centro comercial que albergaba las salas cinematográficas, mirando aparadores. De pronto no pudo más: ¡Prométeme que no volverás a verla, que no la llamarás por teléfono!

El tono era de auténtica ansiedad. Estaba celosa o preocupada o ambas cosas.

Descuida, doña Inseguridades, no lo haré. Por qué habría de hacerlo. Aquello jamás resucitará. Pero es probable que le mintiera, que me gustaría encontrarme con Elena una vez más para saber qué había sido de su vida luego de la muerte de su marido, si me echaba de menos o si conservaba alguna de las tantas cosas que compramos y nos juramos conservar el resto de nuestras vidas. Y quizá, con algo del morbo que caracterizó los últimos años de la relación amorosa, preguntarle si había tenido otros amantes.

Mari me miró con tristeza. Recordó, estoy seguro, que en una de las paredes de mi biblioteca, perdida entre docenas de fotografías, estaba una de Elena, tomada justamente en la casa de Antonio, atrapada con una amplia sonrisa, llena de juventud y encanto, radiante, con la felicidad que da la pasión del amor. ♦

Dos poemas



JAVIER ESPAÑA

Cultos muertos

*Silencio. Aquí todo ya está vestido
de dolor riguroso*

César Vallejo

Invisible jurado hacina bocas,
condena en el reflejo al dios agónico
que cohabita en el arte de lo frágil,
sin argumento humano en sus actores.

El afán de lo lúdico no absuelve
el fondo del hechizo claudicante,
el soñar desangrándose en el ansia,
donde ataúdes ruegan cultos muertos.

Temor anónimo

Aullido bufonesco cierne, en nadie,
la afirmación fatal que se devasta
al derredor del bivio vacilante:
huir del tiempo que ignora sus orillas,
como el vívido tacto de los ciegos
que imaginan la nada en los vacíos.

No hay muro que disipe su coartada
ante el temor anónimo del hombre.

Verano



DAN RUSSEK

Danza la ola
que alza en vilo
la pradera azul
de su pendiente,

cuando la tarde
que destila
tanta luz segada
a mediodía,

como el mar
que se ofrenda
en el naufragio
de la espuma,

desgrana
su tristeza
en la dorada trenza
de una espiga.

Castellano, español y dialectos hispánicos

◆
JUAN M. LOPE BLANCH

A la caída del Imperio romano, en la lengua latina se aceleró el proceso evolutivo inevitable en toda lengua viva. Cada una de las provincias del antiguo Imperio, desvinculadas ya de Roma y separadas entre sí, dejaron de recibir la orientación rectora de la metrópoli imperial, y pudieron dar rienda suelta a las tendencias evolutivas, insertas unas en el propio sistema lingüístico latino, propias otras de los subsistemas lingüísticos regionales o provinciales. El resultado de todo ello fue, como es bien sabido, el nacimiento de las llamadas lenguas neolatinas o románicas. De las que fueron brotando y creciendo en la antigua Hispania, la más vigorosa habría de llegar a ser el habla de Castilla, si bien en un comienzo era la propia de un territorio tan reducido —si no es que más reducido— como el de las otras lenguas neolatinas hermanas: gallego-portugués, astur-leonés, riojano, navarro-aragonés, catalán y el conjunto de hablas románicas que, bajo la dominación árabe, han sido conocidas con el nombre de mozárabe. Durante siglos, la lengua romance de Castilla se denominó, naturalmente, lengua *castellana*. Y *castellanos* los habitantes de Castilla y hablantes de ese idioma, así como *catalanes* eran los habitantes de Cataluña hablantes del idioma *catalán*, o como los *gallegos* eran quienes habitaban en Galicia y hablaban el idioma *gallego*. Y parece ser que entre todos aquellos grupos humanos descendientes de los antiguos hispanos —o más precisamente *hispanorromanos*— existían serias diferencias —y aun antagonismos— regionales que, muy lamentablemente, parecen también haberse perpetuado hasta nuestros días.

Durante toda la Edad Media, el gentilicio natural y lógicamente designador de todo lo referente al reino de Castilla fue el de *castellano*. Así, esa lengua nacida en un peque-

ño rincón cantábrico —“Entonçe era Castiella un pequeño rincón / era de castellanos Montes d’Oca mojon / e de la otra parte Fituero el fondon”— era, natural y lógicamente, la lengua castellana. Pronto empezó, como es de todos sabido, su expansión territorial, a expensas básicamente de las meridionales hablas mozárabes, pero también de las colaterales vecinas: astur-leonés y navarro-aragonés.

Pero en las postrimerías de la Edad Media y durante la revolución renacentista, esa lengua de Castilla desbordó impetuosamente sus fronteras y se extendió no sólo por la mayor parte de la Península Ibérica, sino también por las atlánticas islas Canarias y, sobre todo, por un gigantesco Mundo Nuevo, que los navegantes y colonizadores españoles ensancharon hasta Oceanía. La lengua de Castilla, el romance castellano, había pasado a ser la lengua de casi toda España y de las extensas colonias españolas de América. Desde el punto de vista geográfico, la lengua castellana había pasado a ser la lengua española, esto es, la lengua oficial de España y de sus inmensas colonias americanas. Para mí —no me cabe la menor duda— esta lengua en que escribo fue, hasta fines de siglo XV, la lengua *castellana*, pero pasó a ser la lengua española desde el comienzo de la Edad Moderna.

Claro está que los cambios de nomenclatura no siempre son fáciles ni rápidos. Si durante varios siglos ese idioma del Reino de Castilla se había llamado *castellano*, no era fácil —en aquel entonces no había cortes constituyentes... después verán por qué escribo esto— cambiarle el nombre para llamarlo *español*. Pero poco a poco fue verificándose el cambio. No voy a hacer aquí una reseña histórica de ese largo proceso, que ya ha sido hecha por Amado



Laura Quintanilla

Alonso. Pero sí quisiera recordar algunos pormenores de su desarrollo y añadir alguna que otra puntualización.

Como todos recuerdan, la primera codificación gramatical de nuestro idioma, la que llevó a cabo Nebrija en 1492, fue la *Gramática de la lengua CASTELLANA*, como justa y necesariamente debía ser. Pero en 1651, el padre Juan Villar publicó, en Valencia —no en Burgos, ni en Toledo ni en Madrid, sino en Valencia— el *Arte de la lengua española*, título que juzgo bastante sintomático: el padre Villar era un conservador tradicionalista, cosa de que da abundantes pruebas en su libro a través de sus ideas lingüísticas, entre ellas la de emplear el viejo —pero clásico— nombre de *Arte* en el título de su gramática; pero al mismo tiempo se sirve del nuevo y adecuado nombre para designar a la lengua que codifica: *española*. De uno a otro extremo, del *castellano* nebrisense al *español* de Villar, concurrencias y alternancias constantes, que creo poder simbolizar en el preciso título que dio el gran Gonzalo Correas a su magnífica gramática: *Arte de la lengua española castellana* (inédito en su tiempo, pero fechado en Salamanca, 1626). Duplicidad de calificativo que también figura en el título de la otra gran obra de la lingüística española de los Siglos de Oro: el *Tesoro de la lengua castellana o española* (Madrid, 1611) de Sebastián de Covarrubias Orozco.

Recordemos brevemente los hechos: Después de Nebrija, su continuador —y, en cierta medida, detractor—, el licenciado (Cristóbal de) Villalón publicó en Amberes (1558) su *Gramática castellana*, en cuyo título se habla también de la *lengua castellana*. Pero el siguiente teórico de nuestra lengua, el maestro Bartolomé Jiménez Patón, escribe ya en 1614 las *Instituciones de la gramática española*.

Y ¿qué sucedía, a este respecto, entre los gramáticos —españoles o extranjeros— que escribían tratados sobre la antigua lengua de Castilla?

La enseñanza como lengua extranjera comenzó en los Países Bajos, prosiguió después en Italia y finalmente se extendió con fuerza en Francia, así como en Inglaterra y en Alemania. Pues bien, sólo en Italia se prefirió, durante el siglo XVI —mas no ya en el XVII— el calificativo de *castellana*. Así Giovanni Mario Alessandri publicó en Nápoles (1560) *Il Paragone della lingua toscana et castigliana*, donde —no deje de repararse en ello— *castigliana* —no *española*— se corresponde con *toscana*, que no *italiana*; es el peso de la tradición medieval. Seis años después, el autor de la primera gran gramática española para su enseñanza a extranjeros, el misterioso Juan (o Giovanni) Miranda publicó en Venecia sus *Osservazioni della lingua Castigliana* (1566). Y poco después, en 1570, Christoval de las Casas publicó en Sevilla el *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana*. Pero a partir del siglo XVII, el heredero de Miranda y maestro indiscutido de la enseñanza de nuestra lengua en Italia, Lorenzo Franciosini, escribió la *Grammatica spagnuola ed italiana* (Venecia, 1624), no ya *castellana* ni *toscana*.

En el resto de Europa predominaba ya desde el siglo XVI el gentilicio *español*, en vez de *castellano*: en 1520 apareció en Amberes el *Vocabulario para aprender francés, español y flamini*. También anónima fue la *Útil y breve institución para aprender... la lengua Hespñola* que el famoso impresor Bartolomé Gravio sacó a la luz en Lovaina en 1555. Y cuatro años más tarde, el mismo Gravio publicó la *Gramática de la lengua vulgar de España*, no de Castilla... Los gramáticos y lexicógrafos flamencos, por su parte, siempre hablaban de lengua *española*. Así, Gabriel Meurier escribió unas *Convegaisons, regles et instructions... pour apprendre François, Italien, Espagnol & Flamen* (Amberes, 1558), así como unos *Coloquios familiares* para “saber hablar y escribir *Español* y *Francés*”. Y en Bruselas, Heinrich Hornkens publicó, en 1599, un *Recueil de Dictionnaires François, Espagnolz et Latins*. Años después, en 1624, fray Diego de la Encarnación publicó en Dovay su *Grammaire Espagnole expliquée en François*.

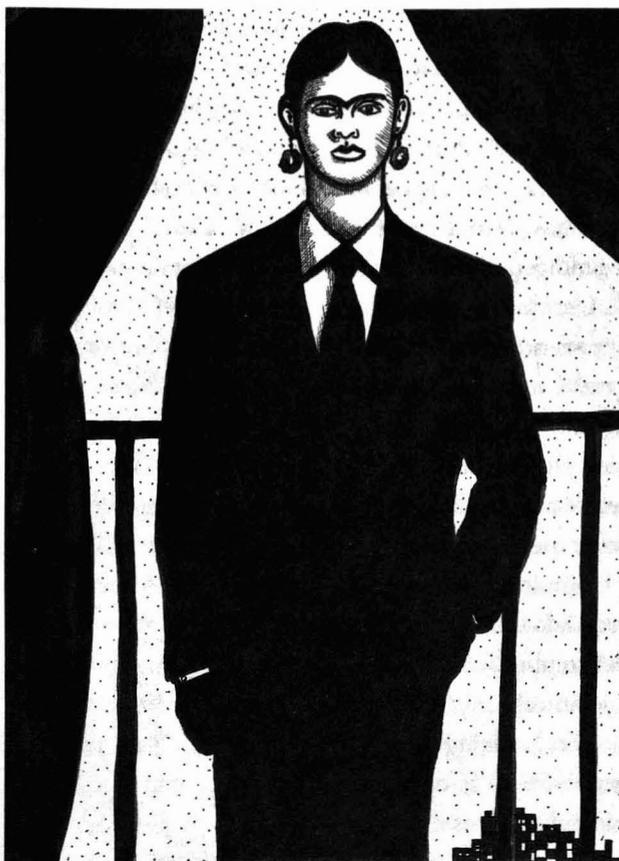
Cosa muy semejante sucedía en Inglaterra, donde ya en 1590 Antonio de Corro publicó *The Spanish Grammer*, escrita inicialmente en francés con el título de *Reglas gramaticales para aprender la lengua Española y Francesa* hacia 1560. Y Richard Percyvall escribe gramática y diccionario de *Spanish, English and Latine* (Londres, 1591), en tanto que William Stepney publica ese mismo año y también en Londres *The Spanish Schoole-Master*. Y también se llama *Spanish* —no *Castilian*— nuestra lengua en las obras de Lewis Owen y de John Sanford.

No quiero cansarles con más testimonios —que, por otra parte, pueden verse en mi libro de *Estudios de historia lingüística hispánica* (Madrid, Arco Libros, 1990)—. Los reunidos me parecen suficientes para probar que a lo largo del siglo XVI la lengua de Castilla fue dejándose de llamar *castellana* para convertirse, con toda justicia y propiedad, en *española*.

Consideraba don Ramón Menéndez Pidal que en ese cambio de nombre había sido factor capital no sólo el geográfico, sino también el literario. Decía que el calificativo de *castellana*

induce erróneamente a creer, dado su valor geográfico restringido, que fuera de Castilla no se habla la lengua literaria sino como de importación. El término *castellano* puede tener un valor preciso para designar la lengua del Poema del Cid, cuando la unidad nacional no se había consumado, y cuando el leonés y el aragonés eran lenguas literarias. Pero, desde fines del siglo XV, la lengua que comprendió en sí los productos literarios de toda España... no puede sino ser llamada española.¹

Creo yo que en ese cambio de denominaciones, es decir en el paso de *castellano* a *español*, jugó buena y pronta parte el Nuevo Mundo. En efecto, la empresa del descubrimiento y colonización de América no fue obra exclusiva de castellanos, sino que intervinieron en ella gentes procedentes de todas las regiones de España. Allí, junto a los castellanos de origen, estaban los aragoneses, los extremeños, los andaluces, los vascos y navarros, los gallegos y aun los catalanes. Y allí, en el Nuevo Mundo, la lengua que había sido originalmente castellana, tuvo que ser la lengua en que todos —leonese, andaluces, vascos, extremeños, catalanes, castellanos— tuvieron que expresarse. Por eso, resulta algo inadecuado, por no decir que



Carlos Jaurena

injusto, el título de las *Décadas* de Antonio de Herrera: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano* (Madrid, 1601-1615), por cuanto que no fueron sólo los castellanos los protagonistas de tales hechos o hazañas, sino todos los españoles que allí fueron a parar. De ahí que, en unas ocasiones, para designar a ese conjunto abigarrado de conquistadores y colonizadores, se hablara de los *cristianos* frente a los indígenas de América; pero en un mayor número de ocasiones se empleó el calificativo común y comprehensivo de *españoles*. En España, los regionalismos se mantenían geográficamente delimitados: los leoneses residían por lo general en León, los aragoneses en Aragón, los castellanos en Castilla. Pero en América, leoneses, aragoneses, vascos, castellanos, etcétera, convivían en los mismos territorios y todos ellos tenían en común el ser *españoles*. Su regionalismo particular carecía de la base geográfica de apoyo que sí se mantenía en la península. Ya Hernán Cortés, en 1519, en sus *Cartas de relación* al emperador Carlos V, se refiere a los *españoles* que le acompañaban en la conquista de México, y habla siempre de *España*, y no de Castilla, pues que monarca de toda España era Carlos I. No ya Isabel de Castilla ni Fernando de Aragón, sino Carlos de España.

¹ "La lengua española", en *Hispania*, I, 1918, p. 5.

Cierto es que, en no pocos países de América se ha conservado el calificativo de *castellano* como denominación de nuestro idioma. Pero ello se debe —según explica Amado Alonso— a “la fuerza de la tradición”, a la “inercia” conservadora causada por “un fondo tradicional fijado en los primeros choques y contactos de la cultura europea con los indígenas”, en las cuales se incrustó el nombre inicial de *Castilla* como sinónimo de *español*, y así se fosilizaron expresiones del tipo *traje castilla*, *nuez de Castilla*, *hablar castilla*, *rosa de Castilla*, etcétera. Y acaso —se me ocurre pensar— en la preferencia tardía (en Andrés Bello, por ejemplo)² de *castellano* sobre *español* pueda haber un deseo de mitigar el alcance político de lo *español*, es decir de lo referente a España, el país imperial, frente a lo más inocuo y limitado de Castilla. (Algo semejante a esto puede haber sucedido en nuestro tiempo en lo que al cambio “oficial” del nombre de nuestro idioma respecta, según veremos más adelante.)

En los demás países, el nombre de lengua *española* se generaliza ya desde finales del siglo XVI, como antes hemos visto. El país es *España*, y su idioma el *español*, de igual manera que el *francés* lo es de Francia, el *italiano* de Italia, el *alemán* de Alemania o el *ruso* de Rusia. Y de ahí que nuestro idioma sea *espagnol* para los franceses, *spagnolo* para los italianos, *spanisch* para los alemanes, *ispanskii* para los rusos y *Spanish* para los ingleses.

Pero en 1978 se produce un cambio asombroso: en el artículo tercero de la nueva Constitución española se establece que: “1. El castellano es la lengua oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla. 2. Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas de acuerdo con sus Estatutos”.

De manera que por decisión exclusiva y dictatorial de los diputados constituyentes del 78 —entre los cuales no creo que hubiera muchos lingüistas ni gramáticos ni historiadores, es decir, filólogos— nuestra lengua deja de ser *española* para volver a ser castellana. Regresamos a la Edad Media. Hace años (1983) escribí ya algo en torno a semejante desatino. Me permitiré recordar aquí algunas de mis observaciones en torno a las dos facetas de ese desaguizado: la filológica y la política: “Desde el punto de vista estrictamente lingüístico, creo que cabría poner en tela de juicio la propiedad o idoneidad del calificativo [de lengua

CASTELLANA]. Y, desde el punto de vista político, pienso que tal elección se ha hecho de una manera, en verdad, poco política.”

Respecto de lo primero, no cabe ignorar la diferencia esencial que existe entre *lengua* y *dialecto*. Una lengua es un sistema de signos —fónicos, morfológicos y léxicos— y de reglas combinatorias de ellos mismos. Ese sistema abstracto se materializa, se realiza a través de *hablas* concretas, más o menos próximas entre sí. En el caso de la lengua *española* en cuanto *sistema* de signos y de combinaciones, sus realizaciones son variadas y muy diversas en número. La lengua española se materializa hoy en día a través de muchos dialectos regionales, uno de los cuales es el *castellano*, o sea, la modalidad de la lengua española que se practica en Castilla. Pero no cabe identificar esa variedad regional con la totalidad de la lengua. El español moderno incluye un elevado número de dialectos nacionales y regionales: las hablas de Castilla, sí, pero también las de Asturias, Aragón, Andalucía, Extremadura, Canarias, Cuba, México, Colombia, el Perú, Chile, la Argentina, etcétera. Todas ellas son parte integrante, constitutiva, de la lengua española. Como lo son también —no se olvide— las modalidades gallega, vascuence y catalana de esa lengua. Los andaluces, los canarios, los cubanos, los mexicanos, etcétera, no hablan castellano —es decir, no se sirven de la modalidad castellana, del dialecto castellano de la lengua española— sino del dialecto andaluz, canario, mexicano, etcétera, de la lengua. Esta concepción de la lengua como un sistema general que abarca en su seno a muy diversos subsistemas dialectales, tanto geográficos como sociales, es idea antigua, muy antigua en la lingüística española. Ya Gonzalo Correas, el más original y genial de nuestros gramáticos —relativamente y dentro de su época— concebía así la esencia y estructura de la lengua.

Ase de advertir —decía— que una lengua tiene algunas diferencias, fuera de *dialectos particulares de provincias*, conforme a las edades, calidades, i estados de sus naturales, de rusticos, de vulgo, de zitudad, de la xente mas granada... de muxeres, i varones: i *que todas esta abraza la lengua universal* debaxo de su propiedad, niervo i frase.

Por otra parte, el inciso 2 del artículo tercero de la Constitución ¿española? o ¿castellana? incurre también en otra imprecisión, al hablar de otras “lenguas españolas”, en vez de otras lenguas habladas en diversas partes de España, que no en toda España. La lengua oficial y general de cualquier

² Invoco la figura de Bello en relación con la época *tardía* de tal preferencia, no como ejemplo de actitud antiespañola ni mucho menos.

país recibe el gentilicio derivado del nombre de ese país: el francés, de Francia; el italiano, de Italia; como el *español* de España. Pero ni el provenzal, ni el bretón, ni el sardo, ni el siciliano son lenguas *francesas* o *italianas*, aunque se hablen en partes de Francia o de Italia. En el caso de España, “sólo a la [lengua] originada en Castilla concede la nueva Constitución el carácter de oficial en todo el Estado, en todo el país; de ahí que, en rigor, sólo a ella deba corresponder el calificativo de *española*”.

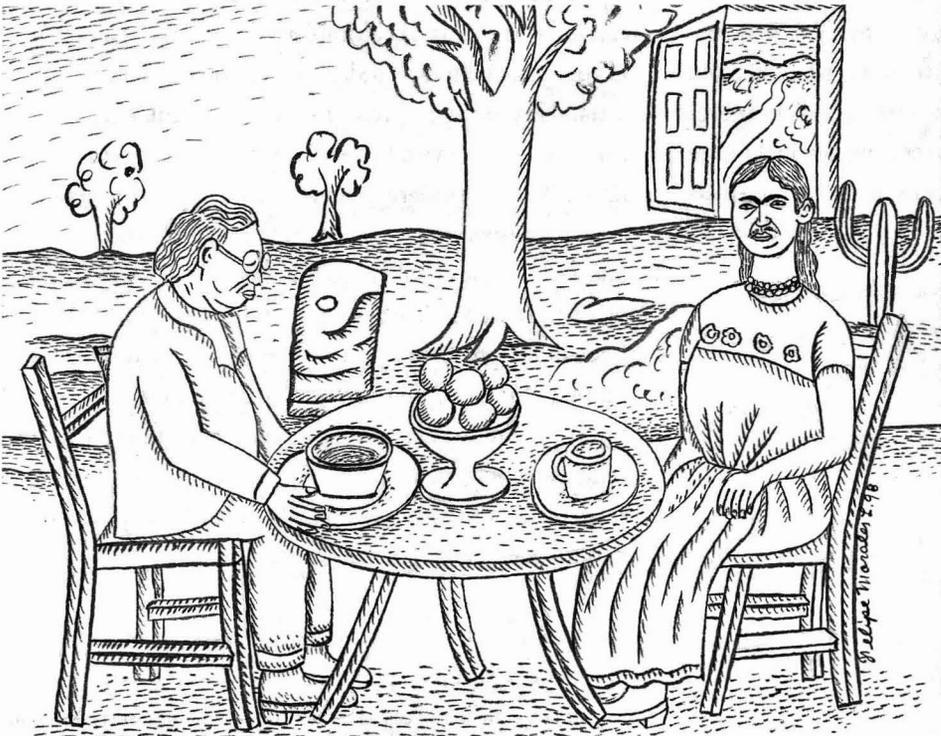
Respecto de la faceta política que determinó el cambio de nombre, poco he de decir. Pero sí quiero hacer una consideración desde el punto de vista americano. Se refiere a las constantes declaraciones que se hacen en España sobre la necesidad de fortalecer los lazos de común respeto y de estrecha colaboración existentes entre España e Hispano-

españoles) somos los amos de la lengua”. En lo cual estarían total y profundamente equivocados, ya que —como bien ha señalado Dámaso Alonso— los dueños de la lengua somos los millones y millones de seres humanos que la hablamos a un lado y otro del Atlántico.³ De manera que los diputados españoles tomaron una decisión filológica muy importante, sin tener la deferencia, la cortesía, la “habilidad política” de consultar a los 19 países copropietarios de ese bien común que es la lengua. La decantada “vocación hispanoamericana” de los gobernantes españoles quedó muy en entredicho, por no decir que muy mal parada.

Queda, pues, claro que la *lengua española* está en nuestro tiempo integrada por una gran variedad de dialectos nacionales y regionales que se hablan en España y en América. Y que no se debe identificar, por ningún motivo, a

ninguno de esos dialectos con la lengua misma. Por alto que sea su *prestigio*. Hace ya muchos años, en 1972, atendí al concepto de *prestigio lingüístico* en su relación con lo que podría ser la norma lingüística ejemplar.⁴ Dentro de ese abigarrado conjunto de dialectos que integran la lengua española o —dicho de otra manera, como lo hizo Gonzalo Correas— que están abrazados, incluidos, en la lengua general hispánica, hay sin duda algunos que gozan de mayor prestigio que otros. Supongo que el prestigio, el reconocimiento de que por parte de todos los hispanohablantes disfruta el habla madrileña —en su modalidad culta, claro está—

es superior al prestigio de que pueda gozar, en términos hispánicos, no locales, el dialecto *torrejonense* —en lo que éste difiera de aquél—, como también podrá ser superior al prestigio del dialecto *granadino* o del *veracruzano* o inclusive del *quiteño*. Supongo también que todos o casi todos los hispanohablantes estarían dispuestos a aceptar que ese



Felipe Morales

américa (no “castellanoamérica”). Se proclama la “vocación hispanoamericana” de España y se decanta la “fraternidad hispánica”. Palabras bellas y emotivas, pero... Cuando los constituyentes españoles decidieron cambiar de nombre a nuestro idioma, no tomaron en cuenta —ignoraron por completo— la existencia de 19 países dueños también de esa lengua, en los cuales trescientos millones de seres humanos hablan español. No se tomaron la molestia de solicitar la opinión de esos países hispanohablantes, porque —parecería— ellos, los diputados constituyentes del 78, seguirían pensando —como Leopoldo Alas— que “nosotros (los

³ “El español, lengua de centenares de millones de hablantes”, *Memoria del I Congreso Internacional de la Lengua Española*, ed. por Manuel Alvar, Las Palmas de Gran Canaria, 1981, 419-428.

⁴ En mi artículo sobre “El concepto de prestigio y la norma lingüística del español”, *Anuario de Letras*, x, 1972, 29-46.

dialecto madrileño culto es uno de los que gozan de mayor prestigio entre todos los que integran la lengua española. Pero —no dejaré de repetirlo— eso no permite *identificarlo* con el ideal o paradigma de la lengua española. Ninguna de las modalidades regionales o locales, ninguno de los dialectos hispánicos —ni siquiera el de Castilla o el de Madrid— puede hoy en día identificarse con el sistema lingüístico general ni considerarse su representante ideal o superior.

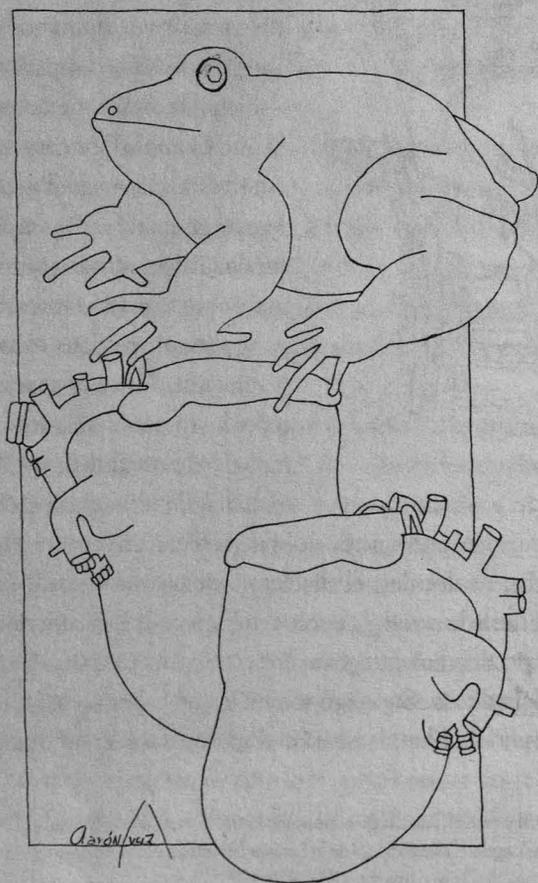
Son muchos, naturalmente, los factores que contribuyen a establecer el prestigio de una modalidad lingüística: históricos, políticos, culturales, demográficos, económicos. El dialecto castellano y, en nuestro tiempo, específicamente el madrileño, tiene a su favor, como factor de prestigio, el histórico: en Castilla nació el idioma que hoy hablan tantos pueblos, y desde Castilla se fue extendiendo por toda la península, por el Atlántico y por América. Madrid ha sido el asiento de la Corte desde la época de Felipe II y, desde entonces, residencia de la mayor parte de la sociedad culta de España, asiento de escritores, de artistas y de hombres ilustrados en general. En Madrid se establecieron durante los siglos pasados los principales focos de cultura: univer-

sidad, bibliotecas, academias —entre ellas, precisamente, la de la lengua—. Su poderío económico iba complementado con el demográfico, hasta alcanzar, ya en nuestro siglo, un número plural de millones de habitantes. Y Madrid fue, hasta comienzos del siglo pasado, la metrópoli de un gigantesco imperio, que seguía sus normas y sus dictados lingüístico-culturales.

Pero la situación cambió al producirse la emancipación de las colonias de América. Fueron surgiendo entonces otras metrópolis nacionales que, con el correr del tiempo, fueron fortaleciendo sus propias tendencias idiomáticas y desarrollando algunas nuevas. Sin romper, desde luego, la unidad fundamental del sistema lingüístico, cada nueva nación hispánica fue afirmando su propia personalidad lingüística. Junto a la norma castellana —que no ya española— fueron dignificándose otras normas, también hispánicas, americanas: la mexicana, la colombiana, la chilena, la argentina, la peruana, etcétera. Y todas ellas fueron creciendo en personalidad y prestigio. Prestigio que —en opinión de algunos lingüistas— está ya a la par del que posee la norma castellana. Así lo considera, por ejemplo, Ángel Rosenblat, de cuyo panhispanismo no cabe dudar: “No hay más remedio que admitir que el habla culta de Bogotá, de Lima, de Buenos Aires o de México es tan aceptable como la de Madrid. La realidad lingüística postula, para la lengua hablada culta, una pluralidad de normas.”⁵ Y para la lengua popular también, aunque claro está que las normas populares difícilmente podrían disfrutar del prestigio propio de las normas cultas. Pero no por ello son desdeñables, ni mucho menos, ya que, como decía el genial Correas,

a cada uno le está bien su lenguaxe, i al cortesano no le está mal escoher lo que parece mexor a su proposito, como en el traxe: mas no por eso se á de entender que su estilo particular es toda la lengua entera i xeneral, sino una parte, porque muchas cosas que él desecha son mui buenas i elegantes para el zgo, los menores de edad y mujeres y varones en general].

Algunas de esas normas lingüísticas hispánicas de nuestro tiempo, algunas de esas modalidades americanas de la lengua española, alcanzaron esplendor y prestigio desde mucho antes de su independencia respecto de España. Inicialmente los dos grandes centros coloniales del



Aarón Cruz

⁵ Cfr. “El criterio de corrección lingüística. Unidad o pluralidad de normas en el español de España y América”, en las Actas de El Simposio de Bloomington, ICC, Bogotá, 1967.

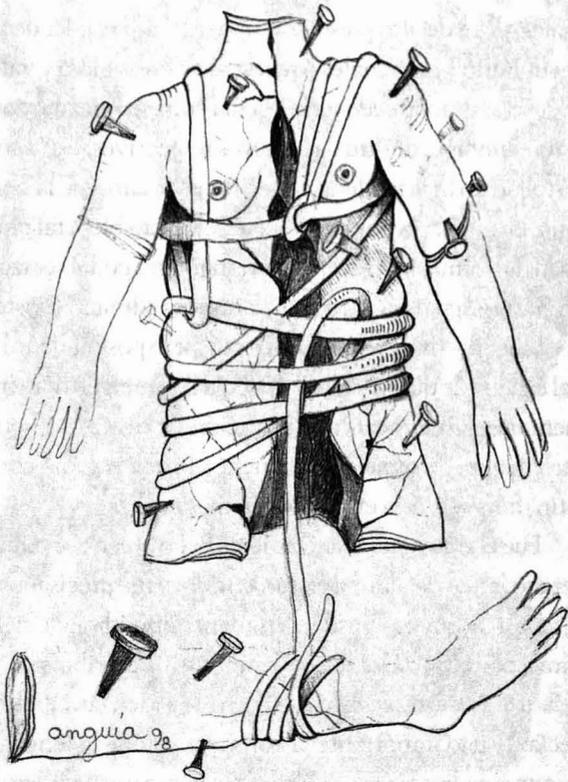
Perú y de la Nueva España, Lima y México respectivamente, y posteriormente otros muchos, como Bogotá o Buenos Aires, se convirtieron en focos de cultura americana y centros lingüísticos de reconocido prestigio. A este respecto, siempre recuerdo las palabras de Menéndez Pidal en torno a la Ciudad de México, y dos testimonios de la época colonial temprana sumamente significativos. Don Ramón escribió, en uno de sus últimos grandes ensayos:

La Ciudad de Méjico fue, naturalmente, guía soberana en la formación del lenguaje colonial más distinguido. Prodigio de asimilación cultural, único en la historia de las naciones colonizadas, ostentó muy pronto un nivel de vida espiritual y material comparable al de las mayores ciudades de la metrópoli. Conquistada en 1521, a los ocho años tenía sede catedral; en 1535 comienza a ser corte de virreyes; se hace cabeza de arzobispado en 1547; en 1530 empieza a tener imprenta, la primera del Nuevo Mundo; inaugura pomposamente su universidad en 1553, y el ambiente literario a que ella sirve de centro atraía a su seno... a los más ilustres escritores sevillanos, Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Mateo Alemán, Luis Belmonte Bermúdez.⁶

Es lógico que en un ambiente cortesano y culto, se hiciera un uso cuidadoso y elevado del idioma español, de lo cual recordaré —como decía— dos testimonios: uno, del cachupín poeta sevillano Bernardo de Balbuena, quien en el poema dedicado a la *Grandeza mexicana* (1604) destacaba, entre los méritos de la capital de la Nueva España, el excelente uso que en ella se hacía de la lengua española (que no ya castellana): México —decía— “es ciudad de notable policía / y donde se habla el español lenguaje / más puro y de mayor cortesanía, / vestido de un bellissimo ropaje / que le da propiedad, gracia, agudeza / en casto, limpio, liso y grave traje”. El otro testimonio es del doctor Juan de Cárdenas, médico andaluz, quien después de viajar por el virreinato del Perú, llegó a la Nueva España y en 1591 dejó constancia de su admiración ante el primor, la delicadeza, el “estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural” con que se expresaban los hablantes americanos, de manera que superaban ampliamente a los hablantes castellanos.

Comparemos —proponía como prueba de ello— a uno de los de acá con otro recién venido de España... que tengan

⁶ “Sevilla frente a Madrid”, en *Miscelánea Homenaje a André Martinet*, Universidad de La Laguna, vol. III, 1962, p. 158.



Ricardo Anguía

plática y conversación el uno con el otro; oyremos al Español nacido en las Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta; al contrario verán al chapetón, como no se aya criado entre gente ciudadana, que no ay palo con corteza que más bronco y torpe sea,

de manera que —concluye Cárdenas— es evidente “la ventaja que en cuanto al trascender y hablar nos hace la Española gente nacida en Indias a los que de España venimos”.⁷ Ángel Rosenblat ha mostrado cuán alto era el nivel cultural promedio de los conquistadores y colonizadores del Nuevo Mundo, así como su firme afán de superación y de *hidalguización* personal y colectiva,⁸ lo cual les inclinaba a hacer un uso cuidadoso y propio del idioma.

Volvamos a la época actual. Veíamos cómo es necesario reconocer que existe ya, en lo que respecta al sistema

⁷ En su libro *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, México, 1951, f. 176 vº-asiento 177, rº. A todo esto me he referido en el artículo sobre “La falsa imagen del español americano”, *RFE*, LXXII, 1992, 313-335.

⁸ *Los conquistadores y su lengua*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977.

lingüístico español, una pluralidad de normas, varias de las cuales gozan de alto prestigio y tienen plena validez dentro de sus límites nacionales o regionales. Prestigiosa y válida en sus dominios puede ser la norma culta mexicana, como lo son también, dentro de los suyos respectivos, las normas castellana o la madrileña, la sevillana, la canaria, la bogotana, la limeña, la porteña, etcétera. Ahora bien, tal pluralidad de normas cultas de alto prestigio ¿no podrá ser factor de gran riesgo para el futuro de nuestro idioma? Existe la posibilidad—muy remota, es cierto, pero posibilidad al fin y al cabo—de que la lengua española llegue algún día a fragmentarse dando lugar a la aparición de diversos idiomas *neohispanos*, de semejante manera a lo que sucedió con el latín, fragmentado en varios idiomas *neolatinos*.

Fue el gran venezolano Andrés Bello quien por primera vez dio la voz de alarma en tal sentido; y fue precisamente el temor de que esa posible fragmentación idiomática llegara a materializarse lo que le impulsó a escribir su *Gramática de la lengua castellana* (sic) en 1847, en cuyo Prólogo decía: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.” Tan deseable conservación le parecía difícil a causa de los vicios anfibológicos, los neologismos innecesarios y otros males que ponían en peligro la salud de la lengua española:

Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de los neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso periodo de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia.

Esta posibilidad, la de la fragmentación de la lengua española, es el único gran problema con que puede tropezar nuestro idioma en su historia futura. A él he dedicado varia atención, que ha quedado reunida en un libro reciente.⁹ Y es

⁹ *La lengua española y sus problemas*, UNAM, México, 1997.

problema a que han atendido nuestros más ilustres filólogos, a partir de Andrés Bello y de Rufino José Cuervo, en especial Menéndez Pidal, Dámaso Alonso y Ángel Rosenblat. Todos los cuales han coincidido en señalar la responsabilidad, la obligación que tenemos todos los hispanohablantes, y en especial los que nos ocupamos del estudio de nuestro idioma, de esforzarnos por mantener la unidad esencial, básica, de la lengua española.

Acabo de decir que la preocupación, la inquietud, el deseo de conservar la unidad fundamental de la lengua española parte de Andrés Bello. He de rectificar radicalmente. Tal deseo nació hace cinco siglos al mismo tiempo que nacía la lingüística española por obra de Nebrija. En efecto, en la Dedicatoria de su *Gramática de la lengua castellana* dirigida a la reina Isabel, declara “el Antonio” que uno de los objetivos que le han inducido a escribir ese código gramatical ha sido, precisamente, el de contribuir a conservar la unidad esencial de la lengua:

I por que mi pensamiento i gana siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nacion, i dar a los ombres de mi lengua obras en que mejor puedan emplear su ocio ... acordé ante todas las otras cosas reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que agora i de aqui adelante en él se escriviere PUEDA QUEDAR EN UN TENOR, i estenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir, como vemos que se ha hecho en la lengua griega i latina, las cuales por aver estado debaxo de arte, aun que sobre ellas an pasado muchos siglos, toda via quedan en una uniformidad.

También el gran Gonzalo Correas advertía la utilidad en ese sentido de su *Arte de la lengua española castellana*, ya que advertía que “con los prezetos [i reglas] puestos en arte ó con la natural arte advertida y puesta en metodo ó conzierto se entiende mexor i CONSERVAN las lenguas, como suzede oi a la hebrea, i Caldea, i antigua Araviga, i a la Griega, i a la Latina” (p. 130). Y una centuria después, cuando la Real Academia Española inició sus labores en el siglo XVIII, imprimió en el lema de su escudo el propósito nebrisense de FIJAR la lengua, para evitar su descomposición.

Pero ese propósito, ese afán por mantener “en un tenor” la estructura de nuestro idioma no debe ser decisión y tarea exclusiva de los gramáticos, sino de todos los que lo hablamos. Así lo proclamaba insistentemente Dámaso Alonso: “Todos tenemos que poner nuestro esfuerzo en que

esa fragmentación no llegue.”¹⁰ “Todos los que usamos nuestra lengua estamos obligados (los cultos especialmente) a que entre nuestros veinte países se conserve la perfecta nitidez, la claridad total que aún tiene hoy, a pesar de diferencias aisladas de fonética, léxico, etcétera. Tenemos *todos* que defender la unidad del español.”¹¹

Ya Rufino José Cuervo había explicado por qué todos los hispanohablantes teníamos esa responsabilidad común. Y lo había dicho con certero laconismo: “Si el beneficio es común, común ha de ser el esfuerzo.” Son muchos, sin duda, los beneficios de muy diversa índole que proporciona la existencia de una lengua común a veinte países y a cuatrocientos millones de hablantes, no sólo “como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español”, según anotaba Andrés Bello, sino también por razones económicas, culturales y aun políticas. En efecto, con relación a esto último, he observado ya en otro lugar que el peso de cada uno de los países hispanohablantes dentro de la comunidad global de naciones es, en la actualidad, muy liviano. Pero el conjunto de los países hispánicos como un bloque alcanza ya importancia muy digna de tenerse en consideración: 20 votos en las reuniones internacionales o el poder de consumo de cuatrocientos millones de personas en el mercado mundial no son ya nada despreciables...

Ahora bien, ¿cómo mantener esa unidad fundamental de nuestro idioma, si no está ahora gobernado por el modelo lingüístico y cultural de una sola metrópoli ejemplar? ¿Cómo compaginar homogeneidad lingüística con pluralidad de normas?

Pienso, por un lado, que los casos de verdadera pluralidad de normas son muy pocos. Ante todo, cabe distinguir dos posibilidades: una, que las normas en conflicto sean igualmente válidas; otra, que alguna de las normas contrastantes sea preferible a la otra o a las otras. En este segundo caso no habrá, en realidad, verdadera pluralidad de normas, cosa que sí sucede en el primero. Veamos algunos ejemplos:

En la norma culta mexicana existe la posibilidad de que la preposición *hasta* exprese el comienzo —no el final— de una acción: “La oficina se abre *hasta* las doce” no significa, como en el español general, que la oficina se cierre a las doce, sino que a partir de esa hora estará abierta. Asi-



Felipe Posadas

mismo, es norma mexicana casi general la errónea pluralización del pronombre *lo* en la secuencia *se lo*: “Eso ya *se los* dije (a ellos)” o “El libro *se los* di a tus padres”. En ambos casos, la norma mexicana no debe situarse a la par que las otras normas hispanoamericanas o que la norma hispánica ejemplar, por cuanto que *hasta* funciona en ellas como preposición indicadora del límite *final* —y así ha funcionado durante siglos— y por cuanto la pluralización de *lo* en “*se los* dije” es gramaticalmente indebida, ya que *lo* dicho es singular y la pluralidad corresponde al *se* (ellos) invariable. Luego casos de pluralidad de normas de este tipo se resuelven con la renuncia o postergación de usos inadecuados en favor de las formas *hispánicas* —no locales— apropiadas.

Pero en el caso de que dos o más normas divergentes sean igualmente válidas y justificables, sí podrá hablarse de verdadera pluralidad normativa. Por ejemplo, la distinción castellana entre fricativa sibilante /s/ y ceceante /θ/ no puede ser censurada ni postergada aunque la inmensa mayoría de las hablas hispánicas la haya resuelto en favor de la realización sibilante /s/: el *seseo*. Cosa semejante sucede en el caso de la distinción entre la palatal lateral /ɲ/ y la central /y/ mantenida todavía hoy en amplias regiones de España y de América, frente al yeísmo de la mayor parte de las hablas hispánicas. Asimismo, aunque etimológica-

¹⁰ “Nuestro idioma nos hace hombres”, en *Universidad de Antioquia*, 36, núm. 142, 1960, p. 749.

¹¹ “El español...”, ya citado, p. 422.

mente sea censurable el *leísmo* castellano, con la consiguiente confusión funcional que entraña, no podría condenarse dado que fue cambio sintáctico respaldado por los grandes escritores de los Siglos de Oro y por los hablantes cultos de la corte castellana. También la reducción del sistema pronominal, en sus formas plurales —es decir, la casi desaparición de los pronombres *vosotros* y *vuestro*— en las hablas americanas obliga a aceptar, dada su extensión y firmeza, la presencia de un caso más de verdadera pluralidad de normas. Lo cual podría ser germen de una futura fragmentación. Mas no hay que alarmarse: los casos de pluralidad verdadera son limitadísimos. Me he referido a cuatro; no sé si habrá algunos más.

Mucho más abundantes son los casos de pluralidad *superable* o *corregible* de normas divergentes. He mencionado dos ejemplos mexicanos: el de la preposición *hasta* y el del falso plural “se *los* dije”. Recordaré rápidamente algunos otros, para tratar después de buscarles una solución. En España y amplias zonas de América la terminación *-ado* se resuelve en *-ao*, en casos como *comprao*, *soldao* o *demasio*, mientras que en otras hablas hispánicas —como la mexicana, por ejemplo— mantienen sistemáticamente la *-d-*: *comprado*, *soldado*, *demasiado*. La norma culta mexicana, en cambio, permite la diptongación de algunos hiatos, en casos como *pior*, *pueta*, *tiatro*, *almuada* (por *almohada*), realizaciones que otros dialectos hispánicos rechazan por vulgares, como hace el castellano culto. Pero éste permite la reducción de grupos consonánticos cultos, en casos como *esterior*, *tasi*, *costruir*, *axto*, por *eksterior*, *taksi*, *construir*, *akto*, como se dice en muchas hablas americanas. Y no pocas otras divergencias dialectales más. Pero en estos casos, creo que la pluralidad de normas locales puede resolverse justa y lingüísticamente si todos estamos dispuestos a esforzarnos por mantener la *unidad esencial* de la lengua española, especialmente en su nivel culto. Porque “si el beneficio es común, común ha de ser el esfuerzo”. Ahora bien, ¿cómo hacer? ¿En qué dirección esforzarse?

En varias ocasiones me he referido a la existencia de una “norma lingüística ideal” o de un “ideal de lengua hispánica”, a que todos los hablantes responsables tratan de aproximarse cuando de “hablar bien” se trata. Pues bien, la unidad esencial de la lengua española estará, relativamente al menos, asegurada, si los hablantes —y los gramáticos y los escritores, etcétera— procuran respetar y aproximarse a esa norma ideal. Ahora bien, cómo determinar, cómo definir, cómo delimitar esa norma superior? Pues ya los gramáticos romanos lo habían indicado: ateniéndose al “uso

de los buenos hablantes”.¹² Sí, muy bien, pero ¿qué sucede cuando los hablantes cultos se apartan de lo lingüísticamente adecuado? Si tal cosa hacen todos los buenos hablantes, nada habrá que oponer: se tratará de un *cambio* lingüístico inevitable y normal en la vida secular de cualquier idioma. Pero si son sólo una parte de esos hablantes instruidos los que se apartan de la norma bien establecida —y dicen “el libro ya se *los* di” o “el *soldao* está *cansao*”— lo que habrá de hacerse es lo que recomendaba, tiempo ha, Rufino José Cuervo: “llamar al orden” a quienes se aparten del buen uso.¹³ Y así habrá que llamar la atención a los mexicanos que digan que “la oficina se abre *hasta* las doce” en vez de “NO se abre”, así como a los españoles que hablen de “el *fallo* de un futbolista” en vez de “la *falla*”, dejando el *fallo* para los jueces y administradores de justicia, de igual manera que habrá que corregir a los argentinos que pronuncien [ésha shéba máshas] (como *sh* del inglés, en vez de *y*) por “ella lleva *mallas*”.

Claro está que en la delimitación del buen uso juega un papel muy importante la lengua escrita como forma de expresión más cuidada, más reflexiva y correcta, que el habla espontánea, a veces precipitada e irreflexiva, no sólo en los aspectos sintáctico y morfológico, sino también en el fonético. De ahí que pueda “llamarse al orden” a quienes digan *pueta*, *tiatro* o *pior*, puesto que se sigue escribiendo *poeta*, *teatro* y *peor*, razón por la que también habrán de corregirse quienes pronuncian *cansao* o *demasio*, ya que seguimos escribiendo esa terminación con *-d-* (*-ado*), como escribimos *exterior* y no *esterior*.

Lo difícil ahora está en convencer a todos los hispanohablantes, en especial a los cultos, de que “el esfuerzo ha de ser común”, ya que la lengua española no es propiedad de ningún grupo, región o país, sino de todos los que la hablamos, y de que ninguno de los dialectos que en nuestro tiempo la integran puede pretender identificarse con la lengua en su totalidad y convertirse en el modelo paradigmático único al que hayan de someterse todas las hablas hispánicas. ♦

¹² “El uso respetable, general y actual, según se manifiesta en las obras de los más afamados escritores y en el habla de la gente de esmerada educación, debe ser el reconocido como legislador de la lengua y el representado por los diccionarios y las gramáticas fieles a su instituto” (R. J. Cuervo, Prólogo de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, p. 13).

¹³ Se refería Cuervo a los casos de posible discrepancia entre el habla de los españoles y la de los americanos, y escribía: “Cuando los españoles conservan fielmente el tipo tradicional, su autoridad es la razón misma; cuando los americanos lo conservamos y los españoles se apartan de él, bien podemos LLAMARLOS AL ORDEN y no mudar nuestros usos” (Prólogo de la 7ª edición de las *Apuntaciones*, p. 44).

Exilio de la Marquesa

(fragmento)



JUAN CARLOS BAUTISTA

Ensancha tu cadera, Marquesa:
el polvo se hace charcos en tu vientre
y ciega,
con las manos en ristre,
te partes.

Está tu cuerpo abriéndose en silencio.
Y el miedo,
que ni tu grito débil alcanza a disipar,
te emponzoña la saliva,
enloquecida de fiebres,
cercada de amigas feroces
y hombres hinchándose tristemente.

¿Qué ruido se te encima en la cabeza,
como un pájaro de pavor
meciéndose en el aire de tu pupila?

Sofocas tu cuarto
y te muerdes el despojo,
santa arrojada a los perros de la sodomía,
viejo puto en la parrilla de los médicos.

La muerte te está naciendo
como una gracia flácida
revuelta entre orines y mierda:

niño venenoso
que se aferra al hueso falso de tu cadera.

(Si tuvieras tetas, Marquesa.
Si tuvieras tetas que le dieras a morder hasta la sangre).

Están mis palabras dándote vueltas,
y no hay lágrimas.

¿Me oyes?

¿Me oyes, grandísima perra,
leona sofocada?

Déjate ahí,
en la piedra de los huesos,
desmoronada,
seráfica en tu manera de ceder a la flecha,
debajo del cielo yermo y de la sábana,
debajo del seso y sus escombros,
ahogada por tu sangre.

Quédate ahí, te digo.
Púdrete.

Isaiah Berlin: el último liberal

◆
CÉSAR CANSINO

En febrero de 1997 falleció a la edad de 88 años el último gran pensador liberal de este siglo: Isaiah Berlin. Tres años antes habían muerto Karl Popper y Ernest Gellner. Junto con ellos, Berlin se significó por su profundo conocimiento y defensa de los principios liberales. Sus obras marcaron un verdadero hito dentro de la doctrina y la práctica liberales. En particular, siendo aún muy joven, escribió un ensayo que hasta la fecha es lectura obligada para cualquiera que pretenda formarse en la filosofía política: su célebre "Dos conceptos sobre la libertad". En este texto singular, Berlin encontró que toda definición sobre la libertad entra necesariamente en alguna de dos categorías básicas: la "libertad negativa" y la "libertad positiva". La primera es la que define propiamente a la doctrina liberal. Se trata de una libertad del individuo que se conquista en relación con algo externo. La segunda vendría a ser la consecuencia lógica de la primera. Se refiere a la capacidad que tienen los individuos para desarrollar libremente todas sus potencialidades.

Pero Berlin será recordado por muchas otras cosas. "Dos conceptos sobre la libertad" apenas fue el comienzo de una vasta obra que incluye textos fundamentales. Quizá su mayor interés intelectual lo constituyó la historia de las ideas. El propio Berlin gustaba denominarse a sí mismo, con una modestia inusual en el mundo intelectual, como un historiador de las ideas más que como filósofo. Como quiera que sea, Berlin desplegó en cada párrafo de su obra una erudición asombrosa. No gustaba del estruendo. Tenía un estilo sobrio pero contundente, complejo pero claro. Escribía con gran fluidez, lo que permite leerlo sin dificultades.

Como pensador liberal, Berlin sostuvo que el valor del pluralismo es constitutivo de nuestro universo moral más que resultado de un error intelectual propenso a ser rectificado por una teoría o sistema de pensamiento mejor. Esta idea del pluralismo distingue a Berlin de otros filósofos liberales contemporáneos. A pesar de que él defiende los principios liberales, siempre criticó los ideales y métodos racionalistas e iluministas que virtualmente han guiado todo el pensamiento liberal. En ese sentido, justo cuando ha cobrado fuerza la promesa de una teoría racional contractualista, encabezada por el filósofo John Rawls, es oportuno volver a un pensador como Berlin, quien buscó explicar nuestras muchas afinidades así como las paradojas de la conducta humana. En otras palabras, Berlin es particularmente importante hoy porque su defensa del liberalismo político está lejos de ser abstracta o ahistórica o insensible a los valores de la comunidad, como el liberalismo dominante en la actualidad. Por el contrario, siempre rehuyó a las defensas abstractas del liberalismo.

Podría resumirse la concepción liberal de Berlin en tres postulados básicos. En primer lugar, critica las concepciones racionalistas del hombre. Para él, éste es un ser autónomo y autodeterminante. No hay principio o valor más alto que el referente a que un individuo tenga la libertad de perseguir sus propios fines siempre y cuando no vulneren los de sus semejantes. Los valores son tales por cuanto son propios del hombre. En segundo lugar, Berlin sostiene que los sistemas de creencias morales y políticas deben ser evaluados en función de su coherencia o incoherencia con las características permanentes del hombre. Sólo quien parte de éstas sobrevive como filósofo. Finalmente, en lógica

con lo anterior, Berlin sostiene que la esencia humana es la libertad, es decir, la autonomía y la autodeterminación. En ese sentido, concluye Berlin, el orden liberal es el más coherente con la esencia humana.

Pero además de su filosofía política, la contribución de Berlin a la disciplina de la historia de las ideas es de gran importancia. Entre sus libros más conocidos dentro de este campo destacan sus célebres *Contra la corriente* y *Pensadores rusos*. En estos y otros trabajos, Berlin propuso una metodología novedosa y original para acercarse al estudio de las ideas políticas del pasado.

En concreto, Berlin propone revisar el pensamiento de aquellos autores que fueron incomprendidos en su tiempo en tanto que portadores de ideas nuevas, muchas veces ni siquiera maduras por ellos mismos. Los pensadores que interesan a Berlin son con frecuencia disidentes que se oponían a las ideas preponderantes en su tiempo; autores que con sus planteamientos contribuyeron a derribar o transformar la ortodoxia dominante en sus respectivas épocas; autores que por ir contra la corriente de opinión hegemónica fueron incomprendidos o rechazados por sus contemporáneos, y que sólo con el tiempo se convirtieron en líderes intelectuales.

En oposición a enfoques historicistas o deterministas, la historia de las ideas no es para Berlin el relato de una sucesión de filósofos notables, donde un sistema de ideas o teorías engendra o supera a otro. Tan es así que, en sus investigaciones, al lado de grandes pensadores cuyo reconocimiento ha trascendido a su época, tales como Maquiavelo, Vico, Hume y Marx, Berlin incluye personajes cuyo reconocimiento ha sido menor, pero que fueron portadores de ideas o conceptos originales, tales como Herzen, Moses Hess, Disraeli, Sorel y Verdi (sí, el célebre compositor italiano).

En otras palabras, Berlin realiza su historia de las ideas —vale decir, de las *grandes* ideas que mediante un largo proceso se convirtieron en una parte de la cultura occidental—

con el interés de descubrir el origen de éstas, personificadas en determinados pensadores, pioneros en plantearlas o esbozarlas. Se trata de ideas que por su novedad fueron incomprendidas en su época y, por lo mismo, rebeldes, pero que tarde o temprano terminaron por ocupar un lugar destacado en la mente de las generaciones posteriores, llegaron a ser formativas del hombre porque poseían en germen una verdad implícita, y la verdad siempre termina por imponerse. Así concebida la historia de las ideas, los autores que interesan a Berlin son aquéllos cuyas ideas contribuyen a explicar las preocupaciones, experiencias, frustraciones, etcétera, de los seres humanos, independientemente del contexto y la época en que surgieron, aunque no pasa por alto estos datos al reconstruir las opiniones de estos personajes.

Como se desprende de lo anterior, hay en Berlin un interés prescriptivo que lo aproxima a los historiadores de las ideas interesados en justificar posiciones políticas pre-



Leovigildo Martínez

sentes con base en ideas del pasado; pero, a diferencia de ellos, el interés de Berlin es más elevado. No sólo se trata de ver en qué y cuándo falló la filosofía política para dar una respuesta satisfactoria a los grandes dilemas y desafíos de la realidad política, sino de ir al pensamiento del pasado para conocernos a nosotros mismos en tanto que estamos hablando de un único proceso en el que el ser humano es el centro. En ese sentido, si el problema de fondo es la condición

humana, no tiene caso aprisionar las ideas del pasado en camisetas de fuerza deterministas o positivistas. El pensamiento humanista no necesariamente conoce una lógica de evolución o progreso inherente a él mismo como pretenden algunos historiadores. Tan humanistas fueron los pensadores griegos como los escolásticos o los existencialistas, independientemente del método más o menos riguroso que emplearon para externar sus opiniones.

Hay buenas razones entonces para revalorar la perspectiva que Berlin propone para estudiar las ideas del pasado. En primer lugar, se debe a este autor una de las definiciones más convincentes sobre la materia de la disciplina en cuestión. Para él, la historia de las ideas intenta trazar los procesos de nacimiento y desarrollo de algunos de los conceptos dominantes de una civilización o cultura a través de largos periodos de cambios de mentalidades, así como reconstruir la imagen que los hombres tienen de sí mismos y de sus actividades en una época y cultura dadas.

En segundo lugar, Berlin es consciente de las muchas exigencias que una tarea como ésta impone: una penetrante habilidad lógica para el análisis conceptual; un buen conocimiento de la cultura universal; una buena dosis de imaginación comprensiva similar a la de los artistas creativos —la capacidad para “meterse dentro” de y comprender “desde dentro” formas de vida absolutamente diferentes a las propias—, y algo de adivinación intuitiva. Todos estos requisitos explican por qué nunca ha habido más de un puñado de genuinos historiadores de las ideas. Con justa razón, Berlin bien podría encabezar la lista.

En tercer lugar, el enfoque de este autor representa, con respecto a otros, una propuesta con personalidad propia, más original y quizá más honesta. Así, por ejemplo, además de oponerse a esquemas evolutivos preelaborados que condicionan la interpretación, evita incurrir en los excesos de una interpretación exclusivamente textualista o contextualista; es consciente de los límites del objetivismo cuando lo que se examinan son ideas, pero mantiene la convicción de que es posible descubrir cada vez con mayor exactitud las intenciones y el sentido de los escritos de pensadores del pasado.

Finalmente, sostengo que su historia de las ideas es más honesta porque no he leído en ningún otro autor una declaración más convincente sobre su trabajo. En alguna parte, Berlin escribió que, además de su importancia y originalidad, estudia a los pensadores que estudia porque le resultan interesantes y sugerentes. Y en efecto, si el historiador de las ideas no realiza su trabajo con la pasión necesaria que implica incursionar en su objeto de estu-

dio, pervierte el verdadero sentido de esta disciplina, la convierte en una técnica y no en un acto genuino de diálogo, búsqueda y encuentro.

Sin duda, Berlin fue consecuente con esta perspectiva, se deben a él algunas de las interpretaciones más inteligentes de los grandes pensadores de todos los tiempos. Por mucho, Berlin fue también, como los personajes que estudiaba, un autor que navegaba contra la corriente. ♦

Bibliografía esencial de Isaiah Berlin

- Karl Marx: His Life and Environment*, 1939, 4ª edición, Oxford University Press, Oxford, 1978.
- The Age of Enlightenment: The Eighteenth-Century Philosophers*, New American Library, Nueva York, 1959.
- Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, Londres, 1969.
- Vico and Herder: Two Studies in the History of Ideas*, Hogarth Press, Londres, 1976.
- Concepts and Categories: Philosophical Essays*, Hogarth Press, Londres, 1978.
- Russian Thinkers*, Hogarth Press, Londres, 1978.
- Against the Current: Essays in the History of Ideas*, Hogarth Press, Londres, 1979.
- Personal Impressions*, Hogarth Press, Londres, 1980.
- The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas*, John Murray, Londres, 1990.
- The Magus of the North: J. G. Harman and the Origins of Modern Irrationalism*, John Murray, Londres, 1993.
- Tra filosofia e storia delle idee*, Ponte alle Grazie, Florencia, 1994.
- The Sense of Reality*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1996.

Bibliografía sobre Isaiah Berlin

- Díaz Urmeneta, J. B., *Individuo y racionalidad moderna. Una lectura de Isaiah Berlin*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1994.
- Galipeau, C. J., *Isaiah Berlin's Liberalism*, Clarendon Press, Oxford, 1994.
- Gray, J., *Berlin*, Fontana Press, Londres, 1995 (traducción al español: Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1996).
- Kocis, R., *A Critical Appraisal of Sir Isaiah Berlin's Political Philosophy*, Edwin Mellen Press, Lewiston, 1989.
- Margalit, E. y A. Margalit (eds.), *Isaiah Berlin: A Celebration*, Hogarth Press, Londres, 1991.
- Ryan, A. (ed.), *The Idea of Freedom: Essays in Honour of Isaiah Berlin*, Oxford University Press, Oxford, 1979.

Poema



ANA BELÉN LÓPEZ

Y sin embargo
el calor
por debajo de la piel
como cicatriz
marcando cada espacio

y sin embargo
los escalofríos

el índice apuntando
cada página
del índice
marcando
cada línea

y sin embargo
el índice
untando
la saliva
de la piel
que recorre
y guarda
un cuerpo
dentro del cuerpo
indicando
las horas
que no pasan
los días
que no se mueven
los años

y sin embargo
el sol
de la tarde.

"Que no rimen niña": Frida Kahlo y la letra o

◆
JAIME MORENO VILLARREAL



*Diario
de Frida Kahlo*

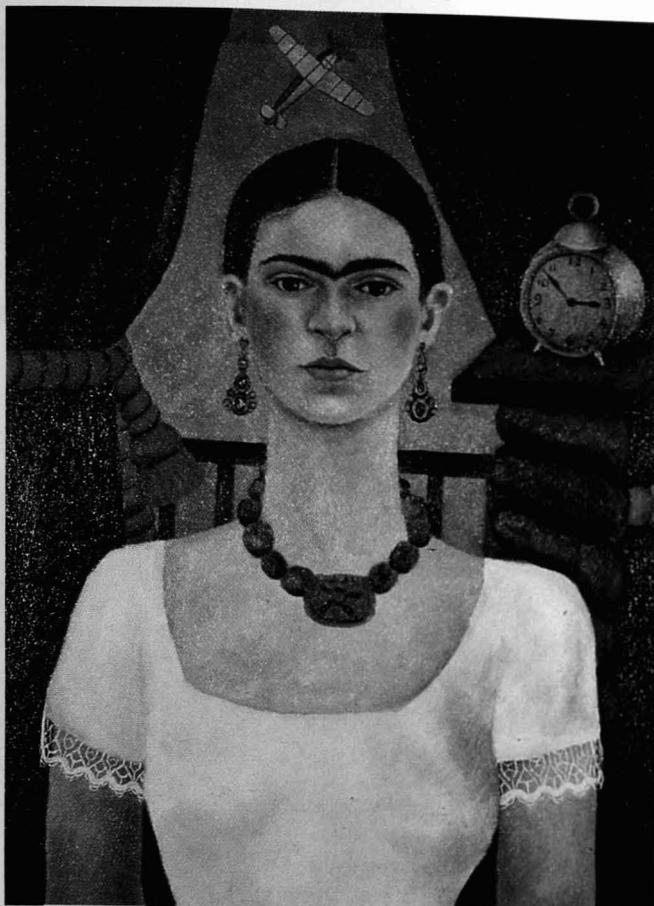
El libro en blanco le fue regalado por una amiga que lo adquirió en una tienda de libros raros de Nueva York. Su dueño original había sido, supuestamente, el poeta inglés John Keats,¹ y en la tapa de cuero rojo llevaba grabadas en oro las iniciales J. K. Pero esa letra jota podría leerse también como una efe muy estilizada, de modo que las iniciales resultaran ser F. K., las de un cuaderno predestinado para Frida Kahlo. En esto puede reconocerse una antigua superstición: hay letras que nos

¹ Hayden Herrera, *Frida: una biografía de Frida Kahlo*, Diana, México, 1985, p. 222.

“pertenecen” por correspondencia natural o mágica. De eso trata este ensayo. Cuando recibió su libro, Frida pasaba por uno de esos periodos de enfermedad y convalecencia en los que se “moría de aburrimiento”, sola, tendida en la cama, a menudo sobrellevando el estorbo mayor de aquellos corsés de yeso que le sostenían la destrozada columna vertebral. El libro le llegaba a las manos como una cuenta en blanco de sus días por llenar, un calendario vacío: ahí escribiría su *Diario*.

Que el cuaderno de escritura hubiese pertenecido, así fuera míticamente, a un poeta, y que recayera como fatalidad en Frida, pudo animar su arranque poético. En tinta sepia, con una cuidadosa caligrafía que sugiere una redacción previa vaciada luego, Frida comenzó a escribir tomando posesión no sólo de la página sino de su propia escritura: irrumpe en su *Diario* con una enumeración de palabras, en escritura automática, que revela sus expectativas de artista y mujer convaleciente, sus deseos y reticencias, con una voluntad de estilo marcada por cadencias prosódicas que muy pronto caen dominadas por las rimas agudas en *o* al final de los versos: voy, soy, hoy, pasión, vigor, control, panteón, matón, corazón, avión, razón, cartón, emoción, botón...;² palabras muy suyas que perfilan, en el fondo, el círculo en que Frida se halla inscrita, el de la salud y la enfermedad, con sus alternas recuperaciones y recaídas, así como el de su relación amorosa, igualmente cíclica, con Diego Rivera, a quien ya en esas primeras páginas señala como interlocutor constante. Vuelven las rimas, tanto internas como a final de línea y de periodo,

² Todas las citas del *Diario* provienen de Frida Kahlo, *Diario, Autorretrato íntimo*, Introd. de Carlos Fuentes, La Vaca Independiente, México, 1995. Páginas más adelante, Frida hace otra enumeración, ahora centrada en la *a* inicial de las palabras. Aparecen en contigüidad racimos de términos: “ave — abismo — altura”, “Aire — Ancla — Artista”, que expresan puntualmente su situación.

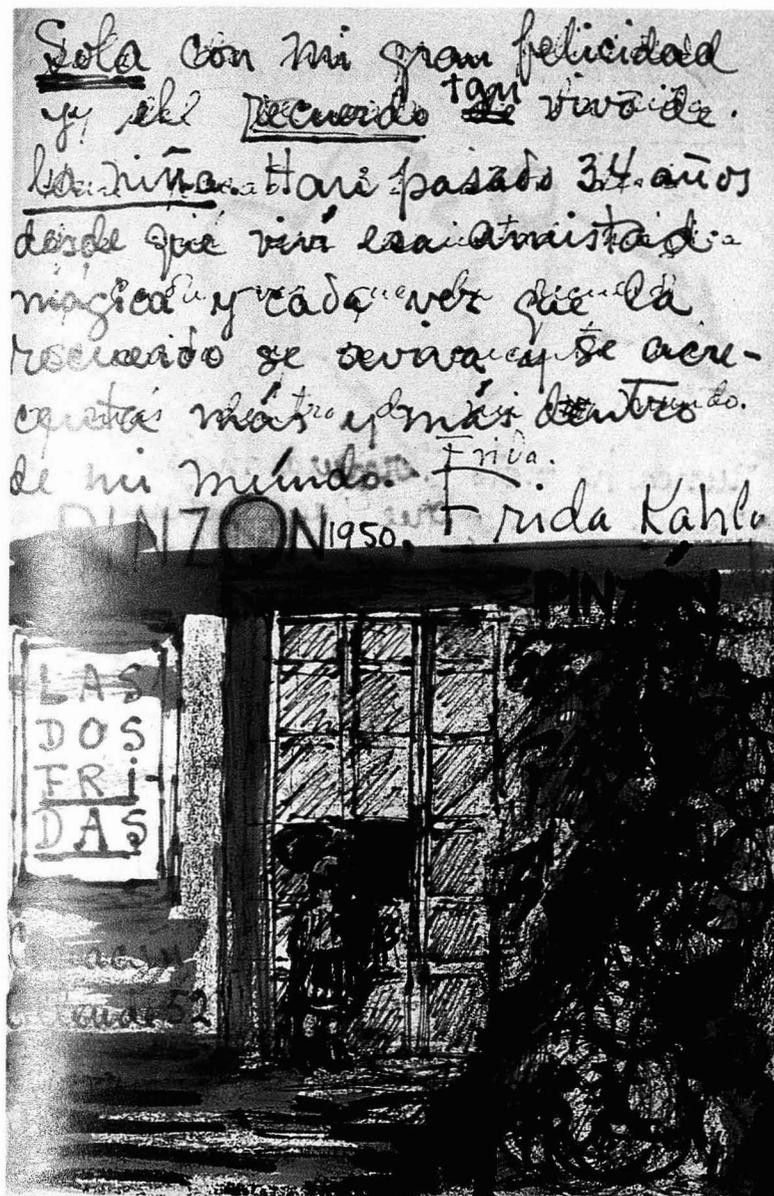


Cortesía del Archivo fotográfico del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM

Autorretrato,
1929,
óleo/masonite,
85.5 x 67.5 cm



Las dos Fridas, 1939, óleo/tela, 173.5 x 173



Diario
de Frida Kahlo

terior, trascendente. Si las primeras palabras del *Diario* son “no, luna, sol”, que ya designan círculos de vacío y plenitud, sus últimas frases, escritas en proximidad de la muerte, describen una curva, “Espero alegre la salida —y espero no volver jamás— FRIDA”, palabras que suelen interpretarse como despedida del mundo, pero que quisieran ser la negación del círculo vicioso de la convalecencia y la recidiva.

En un pasaje central del *Diario*, Frida cuenta cómo viajaba imaginariamente cuando era niña a través de una letra o, al encuentro de una amiguita secreta. El relato se resume en lo siguiente: Hallándose en su habitación, echaba vaho sobre un cristal de la ventana, y en él dibujaba con el dedo una puerta que le servía para salir y atravesar un llano hasta llegar a una lechería de nombre “Pinzón” por cuya o ingresaba al interior de la tierra, donde su amiga la esperaba [ilustración en esta página]. Al representarse mirando por la ventana, Frida pinta un ojo *espía*, el suyo propio. Aquella amiga imaginaria —su doble—³ era una confidente a quien contaba sus problemas. ¿Cuáles? Frida afirma *no* recordar en qué consistían. Luego de pasar un rato con aquella niña, volvía a casa a través del mismo cristal y corría a refugiarse bajo un árbol, en el último rincón del patio, exaltada y feliz. El árbol de su amparo es simbóli-

cuando le dirige una carta: yo, corazón, turbación, sinrazón, calor, confusión, amor; Frida sabía que reincidía en asonancias y consonancias, como lo prueba la llamada de atención que se hace, luego de rimar “corazón” con “sinrazón”: “*que no rimen niña*”. Los finales en o tornan, retornan a su prosa acompañada, llena de versos involuntarios, versos cojos de mujer coja que parece recaer en un pequeño agujero a cada paso.

Conforme Frida suelte la mano, transitando en su *Diario* de la escritura al dibujo a tinta y al carbón, luego pintando al pastel y a la acuarela, esa o rimará con numerosas ilustraciones que pueblan su *Diario* de círculos: soles, lunas, constelaciones, el ying-yang, frutas redondas, flores, ojos, bocas, rostros, senos de mujer, glándes, testículos. La primera palabra escrita —luego de una manchachadura, primera negación— es “no”, negatividad en que ella se halla vitalmente inmersa y contra la que lucha: el “no”, la negación de la existencia, se convierte para Frida en camino de fuerza, en una afirmación, un llamamiento: “lo que más importa es la no-ilusión”, se dice. Diego es real, y a él se aferra; es tan real que aun trasciende la realidad: es “todo”, “todo lo que se vive en los minutos de los no-relojes y los no-calendarios y de las no-miradas vacías es él”. Doble juego de la negación. Por un lado, es física y hunde a la artista: “Yo no quisiera abrigar / ni la menor esperanza”; por otro lado es metafísica y la hace avanzar hacia lo ilimitado, negación ul-

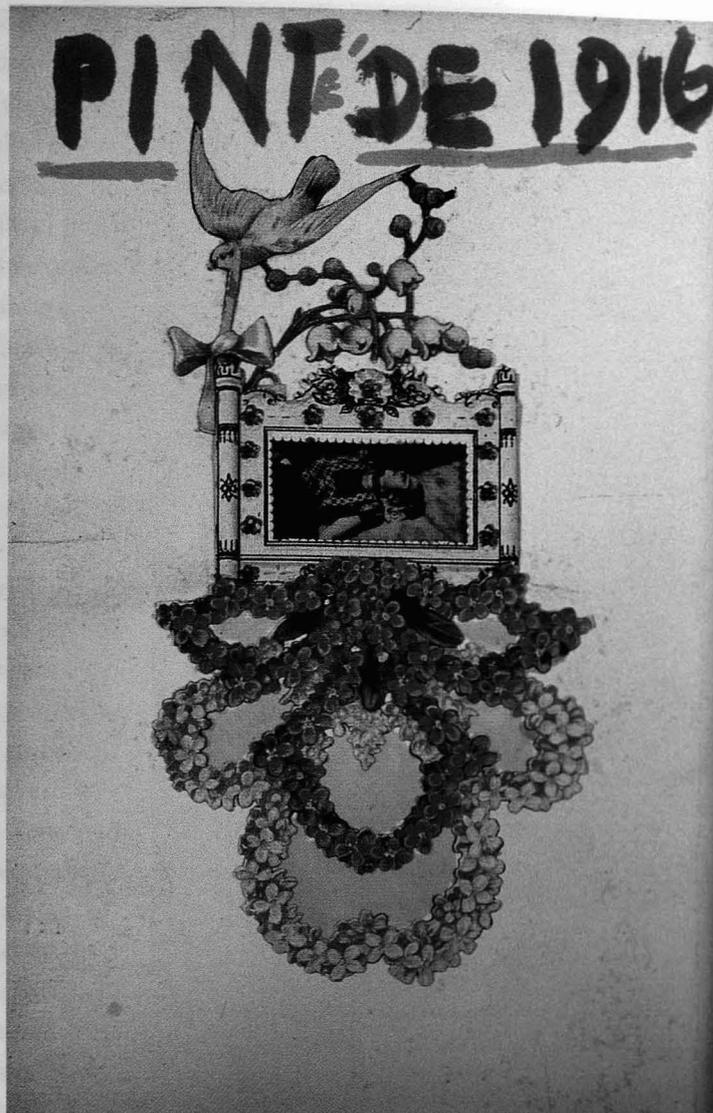
³ Tal como lo indica en el *Diario* la pintora, su relación con esa niña es el origen del cuadro *Las dos Fridas*.

co; arraigado en la tierra, asciende hacia el cielo. A pesar de hallarse bajo tierra, su amiga imaginaria tenía dones de vuelo: "Era ágil, y bailaba como si no tuviera peso ninguno. Yo la seguía en todos sus movimientos y le contaba, mientras ella bailaba, mis problemas secretos. ¿Cuáles? No recuerdo. Pero ella sabía por mi voz todas mis cosas..."

La aparición de la amiga imaginaria data de 1916, cuando Frida "tendría" seis años de edad —esto, de acuerdo con su cuenta personal, dado que afirmaba haber nacido en 1910—. ⁴ Pero en efecto fue a sus seis años de edad cuando Frida padeció poliomielitis, enfermedad llamada también por entonces "parálisis infantil", que la encamó por primera vez en larga convalecencia y le dañó seriamente la pierna derecha, provocándole cojera. Es posible que en la ligereza aérea de su amiga, que bailaba sin peso alguno, Frida sublimara el obligado arraigo terrenal de su pierna enferma. Aquella niña imaginaria debió haber escuchado sus problemas secretos de niña coja.

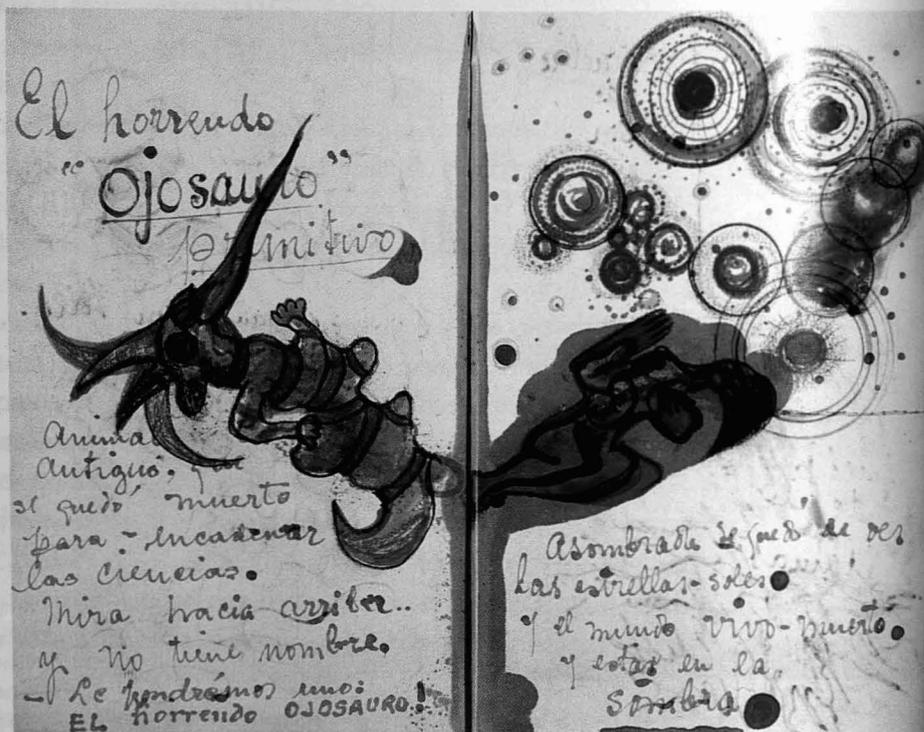
La recurrencia de la o, que ya hemos relacionado con la cojera, es también la iteración del abismo o muerte en vida, es la fosa, receptáculo horizontal, el de la enferma que ocupa la tumba en su cama. Luego, es la o del terror de ser ella misma un agujero que debe cubrirse con una máscara —la de su propio rostro tantas veces autorretratado— o con una holgada vestimenta que oculte la caída y recaída, la cojera. Tal es el círculo de la o, una letra que Frida, por vía del incons-

⁴ Su fecha real de nacimiento es el 6 de julio de 1907.

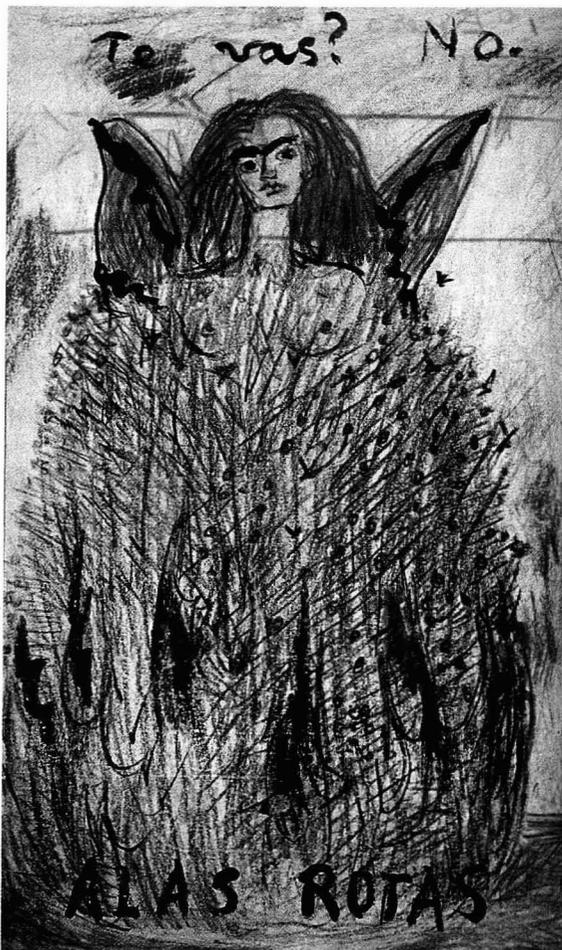


Diario de Frida Kahlo

Diario de Frida Kahlo



Diario
de Frida Kahlo



Diario
de Frida Kahlo

ciente hizo suya: de su pertenencia personal y de su pertenencia al mundo.

Aquellos “problemas secretos” comunicados a su amiguita se mudarían más tarde, en su obra artística, en confesiones y enigmas. El vuelo y su decepción terrena serán, desde luego, un ancho campo imaginario que la acompañará hasta las últimas páginas, hasta la muerte. Frida quiso cifrar su “problema” a la cabeza del *Diario*, en un frontispicio o emblema que elaboró como verdadera introducción, en la primera página izquierda [ilustración p. 36, arriba]. Ocupa el centro de ese emblema un retrato fotográfico de la artista tendida en el piso.⁵ La foto está enmarcada por la cabecera de una cama adornada con pequeñas flores azules de papel que forman debajo, con otras blancas y verdes, collares de guirnaldas. En lo alto, la leyenda “Pint de 1916” —que luego la autora corrigió: “Pinté de 1916”— podría ser una abreviatura: “Pint(é) (des)de 1916”. Es decir, desde la época de sus encuentros con la amiga imaginaria. Se sabe que en realidad Frida comenzó a pintar mucho después, ya jovencita, en 1926, durante una recaída, un año después del accidente de autobús que le destrozó la columna vertebral y la pierna derecha. El emblema remite no obstante a su primera postración, en la que, al paso del tiempo e imaginariamente, su destino de mujer derribada estaría ya prefigurado: abatida desde 1916, esa niña es la misma mujer que, nueve años más tarde, a raíz del accidente, pasará otro mes enyesada “en algo parecido a una caja o un sarcófago”⁶ y comenzará luego, verdaderamente, a pintar; la misma mujer que sigue pintando tumbada en la cama, donde escribe asimismo su *Diario*. Se hace aquí evidente la *destinación*

⁵ Como lo ha hecho notar Karen Cordero, se trata de una re hechura de la fotografía *Obrero en huelga, asesinado* de Manuel Álvarez Bravo, foto usada por André Breton para la portada del catálogo de la Exposición Internacional del Surrealismo en México, en 1940. Véase Karen Cordero Reinman, “¿Desenmascarando el mito? (Notas para una lectura del ‘Diario’ de Frida Kahlo)”, en Frida Kahlo, *op. cit.*, p. II.

⁶ Herrera, *op. cit.*, p. 53.

que Frida hace de sí misma. La cabecera del frontispicio hace las veces, entonces, de una ventana hacia Frida —tal como, cuando niña, hallara, en el cristal de una vidriera de la casa paterna, una puerta que la conducía hacia su doble: ésa será la mediación manifiesta del *Diario*, donde la autora se desdoblará en el espejo/ventana de la página,⁷ en tránsito hacia su identidad vulnerable.

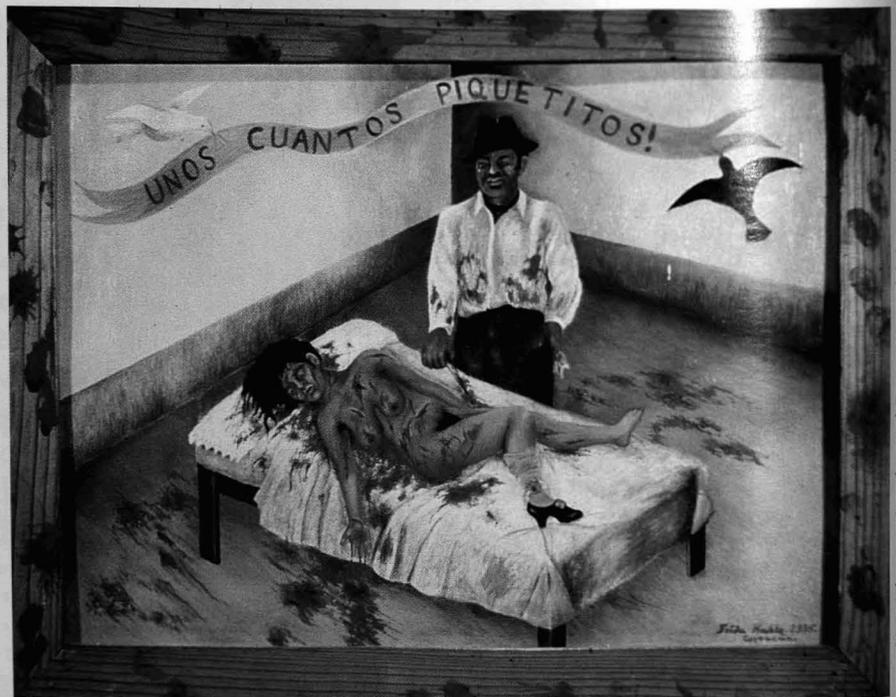
El frontispicio del *Diario* se corona con un símbolo: el de un pájaro que vuela sin poder alzar el vuelo; una paloma rasante, con el cuello sujeto mediante un listón al poste de la cabecera. Ese vuelo imposibilitado o paralizado remite a otro recuerdo de infancia de Frida. Ella habría pedido como regalo un avión de juguete. Sus padres, en cambio, la vistieron de blanco con alas para representar a un ángel, alas que la decepcionaron porque no servían para volar. Este recuerdo, no fechado, expone otra versión del mismo “problema” compartido con la amiga secreta, la atadura física que la somete, y cuya compensación imaginaria no basta. El regalo de un avión tampoco le habría servido, ni consolado.⁸ La imagen más recurrente de ella misma en el *Diario*



Diario
de Frida Kahlo

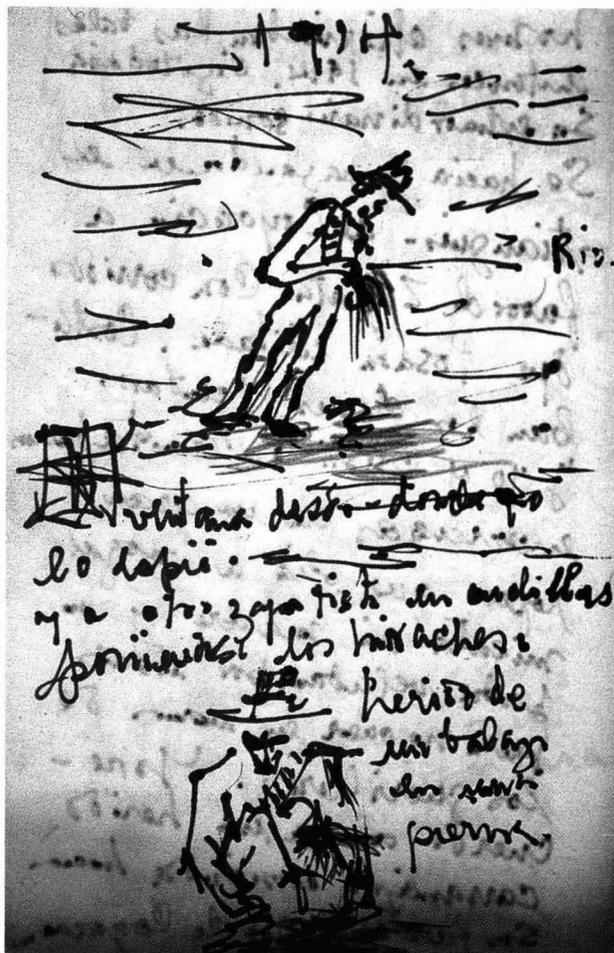
⁷ Es momento de recordar el célebre retrato realizado por Lola Álvarez Bravo, en el que Frida se asoma a un espejo/ventana en el patio de su casa.

⁸ Rastros de ese recuerdo y decepción se hallan en varios cuadros de Frida Kahlo: en su segundo *Autoretrato* (1929), en que un avión vuela sobre su cabeza; en *Piden aeroplanos y sólo les dan alas de petate* (1938), donde una niña sujeta con lazos al suelo lleva alas inútiles suspendidas del aire, mientras sostiene un avión en la mano; en *El avionazo* (c. 1938), imagen de un accidente aéreo análogo al recuerdo de los cuerpos tendidos en el suelo luego del choque del autobús en que ella viajaba; y en *Retrato de Lucha María, una niña de Tehuacán* (1942), donde una muchachita, en un paisaje terrenal y cósmico, sostiene entre las manos un aeroplano que tiene vasos sanguíneos en el fuselaje y las alas.



Unos cuantos piquetitos!, 1935, óleo/lámina, 29.5 × 39.5 cm

Diario
de Frida Kahlo



Material proporcionado por el Centro Nacional de las Artes, Biblioteca de las Artes



Retrato de Lucha María, una niña de Tehuacán, 1942, óleo/masonite,
54.6 x 43.1 cm

deriva probablemente de ese recuerdo: aparece con alas plegadas o semiplegadas, por lo que no puede volar.

Las numerosísimas representaciones de la horizontalidad en su obra —Frida derrumbada por el accidente, Frida en una cama de hospital, Frida acostada soñando, Frida recostada en la tierra, Frida mandando en brazos de su nodriza, etcétera— se compensan muchas veces con imágenes de suspensión que, por carnales y violentas que sean, flotan en torno. Lo mismo sucede con la ligera y mordaz inscripción de *Unos cuantos piquetitos!* (1935) y otros cuadros que incluyen a personajes muertos y tendidos. Por contraparte, los autorretratos de Frida de pie o sentada son verdaderas conquistas de la verticalidad; la belleza, la rectitud y la desesperación que les imprime la elevan en el dolor, mas ella sabe que, entre ambos ejes, no pertenece realmente a ninguno; ni está irremediablemente tumbada ni se alzarán al cabo. Su naturaleza está lastrada. Cuando su imagen angélica parece remontarse, es porque está cayendo: “Ya me muero de sueño” [ilustración p. 37, arriba]. Su lugar es la caída, una caída sostenida y recurrente como su cojera, una caída en suspenso sujeta a la vida por el vínculo del amor, por el cordón umbilical que la ata a su hijo deseado no logrado, por el nudo de la pintura y por las líneas escritas del *Diario*. La sangre que derramara, sacrificial y quirúrgicamente, encuentra en este último una réplica, la espesa mancha de tinta que deja caer sobre algunas páginas para que se embeban e impregnen a las contiguas, abriendo una suerte de boquete que modifica y compone las páginas ya trabajadas, y lesiona las subsiguientes como imagen primigenia de aquello que hay que llenar, el gran agujero de los días.

Hacia el final del *Diario* aparece un recuerdo de tiernísima infancia. Data de 1914: en su cuenta personal, Frida tendría cuatro años. Es un recuerdo atribulado pero un tan-



to heroico que persiste en ella aparentemente sin censura, a diferencia de sus no-recuerdos. Dice textualmente: “Yo recuerdo a un herido carrancista corriendo hacia su fuerte el río de Coyoacán [sic]”, y Frida lo ilustra dibujando al herido, y representando el río y la ventana de la casa paterna desde donde lo vio [ilustración p. 39, arriba]: una ventana en todo semejante a la que usara para ir al encuentro de su amiga a través de la *o*.⁹ Junto al dibujo esquemático, la pintora escribe: “ventana desde donde yo espíe” —y que nos recuerda el ojo que mirara a través de la puerta dibujada en el vaho [ilustración p. 35]. El soldado carrancista aparece con una herida profusamente sangrante en su costado izquierdo. En la misma página, abajo, Frida dibujó a otro hombre que espío por la ventana, un zapatista herido de bala en una pierna. Estas heridas, ¿se vinculan con aquellos “problemas secretos” que antes no recordara —quizá porque de niña ni siquiera hubiera podido elaborarlos?

Cuando Frida se sometió en 1950 a varias operaciones de la columna, pasó un año entero internada. Para los amigos que la visitaban en el hospital, abrió en su corsé de yeso un agujero por donde podían asomar y ver la carne viva de una herida que no cerraba.¹⁰ Una foto de entonces la muestra convaleciente pintando, con la ayuda de un espejo, su corsé, en el que luce un agujero circular [foto p. 41]. Espejo y ventana se desdoblaron allí provocando un súbito desdoblamiento de los velos: Frida encarna el agujero. Sobre su piel descubierta en el círculo del corsé, pintó una pequeña ventana que hace recordar numerosas imágenes en que hizo visible, en su pintura, su entraña aludiendo a la gestación o al aborto, pero ahora nos sugiere más bien aquella ventana desde donde viajaba en su infancia a través de la *o* de “Pinzón” para reunirse bajo tierra con su doble, o desde donde espío al soldado que se desangraba de ese mismo costado, o al que —como ella misma— tenía herida la pierna. Aquella amiguita imaginaria era una muerte ligera, aquellos soldados reales eran una muerte violenta y dolorosa.

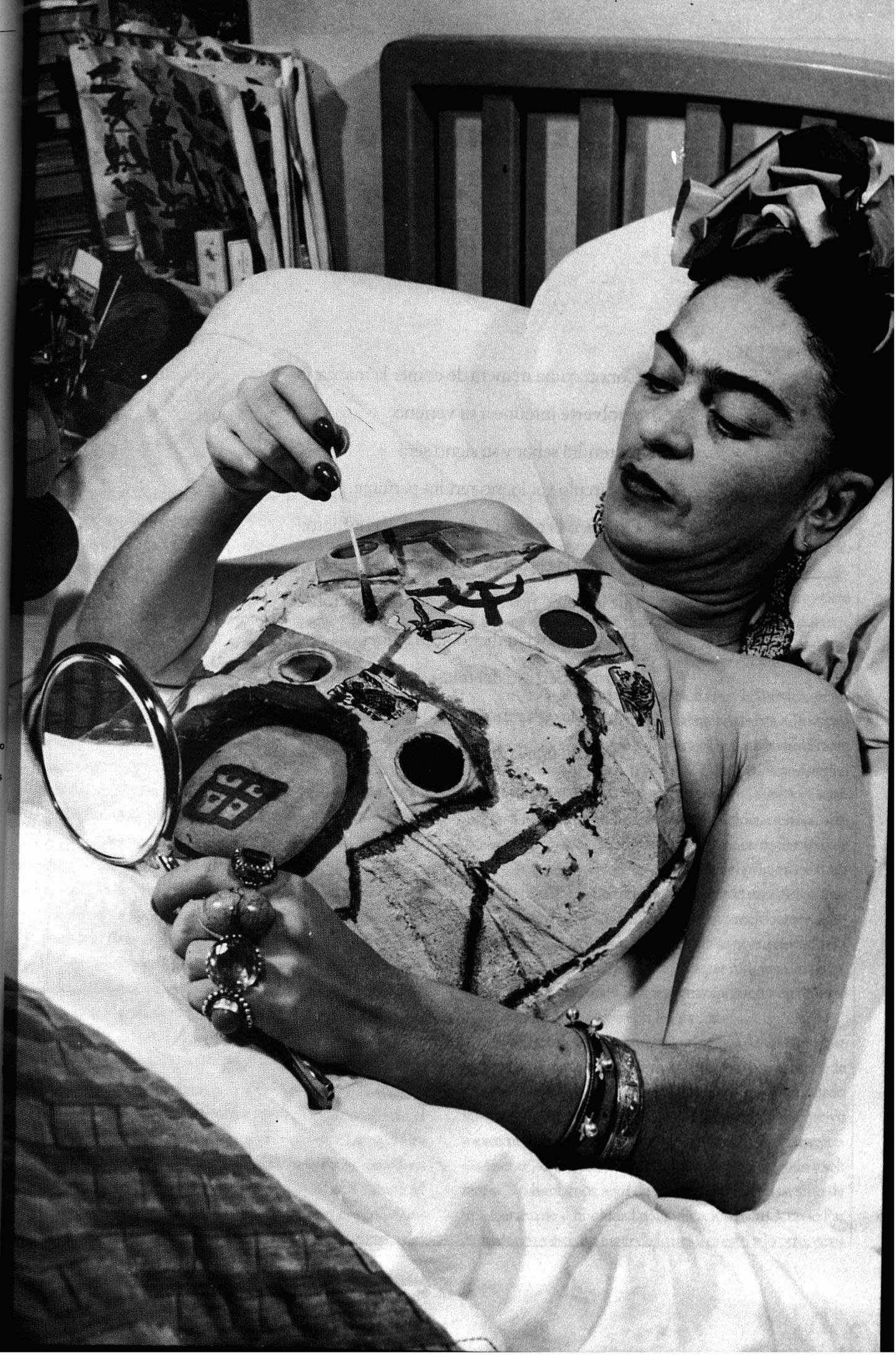
Negación de la negación, fue voluntad de Frida Kahlo que, al morir, su cuerpo se cremara, se hiciera ceniza y aire. Había pasado demasiado tiempo en tierra acostada, inmóvil, sin descanso, como para bajar a la tumba. ◆

⁹ Se trata, en efecto, de las vidrieras de la recámara de Frida, que daban a la calle de Allende en Coyoacán, y que actualmente se encuentran tapiadas en el Museo Frida Kahlo.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 320 y 321.

La reproducción de las obras de Frida Kahlo fue autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y por la señora Dolores Olmedo Patiño del Banco de México, fiduciario en el Fideicomiso relativo a los museos Diego Rivera y Frida Kahlo

Frida Kahlo en el Hospital Inglés, Ciudad de México, 1950. Foto: Juan Guzmán. Cortesía del Archivo fotográfico del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM



El conflicto



ROCÍO GONZÁLEZ

Conozco una manera de comer la manzana
y volverte inmune a su veneno,
no tendrá sabor y su signo será
un círculo vacío, no tendrá perfume.

Conozco la manera de vencer el conflicto,
no pisar la ceniza de sus aguas,
que el deseo nos nuble su contemplación.

Hay, eso me han dicho, una manera
de atisbar en ojo del telescopio
y mirar la esperanza como un grano de polvo.

Como un grano de polvo que tu mano sacude
de la inmensidad azul de tu vestido.

La dualidad y Octavio Paz

(paciana)



GUILLERMO SAMPERIO

No existe un acuerdo general sobre un programa crítico ni se puede tampoco escribir críticas válidas para todo mundo, puesto que un programa es, por naturaleza, la afirmación de que sólo algunos fines son dignos de alcanzarse y no otros, preferente o exclusivamente. La mayor parte de escritores de libros sobre crítica y muchos escritores de ensayos críticos tratan de contestar a preguntas sobre autores, géneros, precedentes, técnicas de composición, movimientos y otras materias que requieren el estudio de muchos textos fundamentales. Al ensancharse el campo de examen, la meta ideal se pierde: por muy profundo y extenso que sea el examen crítico, el ideal es inalcanzable. Cada uno de los métodos desarrollados por la crítica moderna son sólo un grado preliminar de exploración. Todos los métodos pueden ser ampliados y perfeccionados de manera indefinida. Se debe, en primer lugar, reconocer una contingencia en la valoración; después, la limitación radical del sujeto crítico: para Octavio Paz el poema es un objeto mágico. Esa conceptualización determina la manera en que aborda el análisis crítico.

El crítico puede descubrir principios de división y algunos métodos de clasificación que le permitan el análisis que realice sobre un objeto menos amplio que el cuerpo completo de la ciencia de la crítica. La magia es un sistema, con leyes propias, que es verdadero en tanto que metáfora del misterio humano y cósmico. Según Octavio Paz: "La primera actitud del hombre ante el lenguaje fue la confianza: el signo y el objeto representado eran lo mismo. La escultura era un doble del modelo; la fórmula ritual una reproducción de la realidad, capaz de reengendrarla." Es decir, el lenguaje originalmente fue mágico, por eso el poema devuelve al lenguaje su originalidad primera. El mundo del

hombre es el mundo del sentido. La ambigüedad, la contradicción, lo absurdo, la locura misma, todo es preferible a la carencia de sentido. Hablado, escrito, plástico o musical, el lenguaje es un sistema expresivo dotado de poder significativo y comunicativo. "La lectura del poema —dice Paz— ostenta una gran semejanza con la creación poética. El poeta crea imágenes, poemas; y el poema hace del lector imagen y poesía."

Las dos historias: la de las sociedades y la literaria abundan en enigmas; es tarea ardua abarcar ambas. Giovanni Papini, en uno de los viajes de Mister Gog, atribuye a Frazer, autor de *La rama dorada*, una teoría basada en una doctrina que da un mismo origen para ambas: la magia; Aleister Crowley propuso un nuevo orden: nueva religión, ciencia, arte y filosofía, basado, igualmente, en lo que estas disciplinas tienen en común: la magia. Aunque en el primero se trata de una postulación literaria y en el segundo metafísica, ambos, sin embargo, tienen un fundamento real: Sumeria, lugar donde nace la historia, porque allí se encuentra el más antiguo texto escrito que es de carácter religioso-mágico. O como lo diría Martin Heidegger: somos seres en diálogo en el origen, en diálogo con los dioses.

El crítico debe encontrar el principio de división que mejor convenga al fin en perspectiva. "No hay escritor de fama universal —dice Borges— que no haya amonedado un símbolo; éste, conviene recordar, no siempre es objetivo y externo." El signo representativo de la obra de Paz es, precisamente, la moneda: águila o sol, o más bien águila y sol: fénix. No hablamos aquí de una ficción literaria, sino de una manera de simbolizar. La significación para Octavio Paz es dual: no es esto en lugar de lo otro: es esto y lo otro, con-



Germán Venegas

vergencia y divergencia, bifurcación de imágenes que no son ambiguas sino una tentativa de resolverse en unidad; más que movilidad entre el aquí y el allá, es viaje al otro lado de este lado. Su dicotomía está situada entre manifestaciones analíticas, o descriptivas, y manifestaciones críticas valorativas, que son, al mismo tiempo, un sistema de valoración externa, percepción fuera del perímetro de la literatura, de las condiciones bajo las cuales se ha producido, y un sistema de valoración interna que se ocupa de las leyes del ser fundamental de la literatura.

Los mexicanos negamos nuestra raigambre española y nuestro pasado indígena.

Nos despedazamos a nosotros mismos —recuerda Octavio Paz— con un extraño gusto por la destrucción y devoramos nuestros corazones con júbilo sagrado. En nuestras manos gotea un ácido que corroe todo lo que toca. Vivimos enamorados de la nada pero nuestro nihilismo no tiene nada de intelectual: no nace de la razón sino del instinto y, por tanto, es irrefutable. Jamás han sido expresadas por el arte o el pensamiento estas oscuridades y luces de nuestra alma.

La revolución renacentista parte de Italia e inaugura el mundo moderno; en ese momento España —que luego se

recogerá en sí misma— recibe la literatura, el arte y la filosofía del nuevo espíritu. La búsqueda de un camino más corto para llegar al oriente, palabra mágica en sí misma donde sueña el “oro”, descubre América. Para Octavio Paz la literatura mexicana es una literatura trasplantada. La Nueva España vivió con plenitud la cultura hispánica y la modificó sustancialmente. El saber trasplantado de España giraba en torno a la teología; además, la tradición cristiana se fusionaba con el humanismo clásico: la Biblia y Ovidio, San Agustín y Cicerón, Santa Catalina y la sibila de Eritrea. Los americanos de habla española nacimos en un momento universal de España; la poesía mexicana nace en la plenitud solar del mediodía, primer signo de Octavio Paz: el sol.

Un poderoso estímulo para los españoles al emprender la exploración del Nuevo Mundo, además del codiciado oro, fue, sin duda alguna, la posibilidad de encontrar maravillas, vislumbradas en novelas de caballería, crónicas de viaje y otros libros, como el de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla y la *Historia natural* de Plinio.

La primera visión de América es la visión de lo imaginado, visión alimentada de componentes maravillosos; por ello la fauna que el conquistador vio y describió, sin intención de ser ficción literaria, parece sacada de un bestiario medieval de seres fabulosos; fauna más soñada que real, como puede corroborarse en los testimonios de los conquistadores:

Un balletero había herido una animalia, que se parece a un gato paul, salvo que es mucho más grande y el rostro de hombre: tenía atravesado con una saeta desde los pechos a la cola, y porque era feroz le hubo de cortar un brazo y una pierna; el puerco, en viéndole, se le encrespó y se fue huyendo; yo cuando esto vi mandé echarle ‘begare’, que así se llama a donde estaba; en llegando a él, así estando a la muerte se la amarró muy fuerte, y con la mano que le quedaba le arrebató por el copete como a enemigo.

En las relaciones de la conquista abundan ejemplos como el anterior: la aparición de gigantes, hombres con cara de perro, sirenas, licántropos; el descubrimiento de lugares fantásticos como el Dorado, o el Paraíso terrenal, eran acontecimientos verosímiles; más todavía, a esto hay que añadir el decisivo papel de la “verdad oficial”: la participación directa de seres sobrenaturales como el diablo y la oportuna ayuda de la Providencia al conquistador.

Cristóbal Colón, en su cuarto viaje, con el propósito de buscar el paso del estrecho que pudiera llevarlo a la India,



Germán Venegas

se dirigió al istmo de Panamá. Los huracanes deshicieron sus barcas y naufragó en la isla de Jamaica, donde escribió a los reyes de España la carta que se conoce con el nombre de "Lettera Rarissima", mezcla de discusiones cosmográficas y visiones bíblicas. En ella, no sólo atribuye a Dios haber salido con bien de sus numerosas penurias, actitud comprensible para cualquier cristiano, sino que escucha voces, como los santos:

Cansado, me adormecí gimiendo—dice Colón—, una voz muy piadosa oí diciendo: "¡Oh, estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más que Moisés o por David sus siervos? Desde que naciste, siempre tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que de él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugó, te dio poder para ello. De los atamientos de la mar oceánica, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto del pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto?"

De aquí se desprenden dos puntos: primero, la presencia de lo maravilloso, y segundo, el hecho de que Colón

creyera ser un elegido de Dios. Ambos puntos se explican recíprocamente; pero es necesario separarlos para comprenderlos como consecuencia de una tradición que encierra fines políticos. Los siglos XVI y XVII le pertenecieron a la Iglesia, "custodia" de la cultura, castigadora de herejes (pensadores ilícitos); la teología era la ciencia de ciencias y en torno a ella giraba el saber entero. Así que la participación de los antagonísticos agentes sobrenaturales, Dios y diablo, no eran más que la indiscutible verdad.

A lo largo de ocho siglos los moros dominaron la Península Ibérica; luchaban en el nombre sagrado de Alá y su profeta; en tanto que el núcleo cristiano carecía de una devoción unitaria para hacerles frente. Por esta razón, se vieron en la necesidad de inventar batallas, como la de Clavijo, en la que el apóstol Santiago apareció decapitando moros, en medio del combate. Aquella batalla provocó, casi inmediatamente, devoción nacionalista; Santiago se convirtió en patrono de la reconquista castellana y, posteriormente, de toda España. En 1542, después de la toma de Granada, los españoles se eligieron a sí mismos como pueblo mesiánico, para conquistar espiritual y materialmente el mundo, llevando la salvación de las almas en la palabra de Cristo; tal como lo escribe Colón: "quién ha de ser, Dios, por boca del profeta, en el décimo cuarto salmo lo dice. El abad Joaquín dijo que éste había de salir de España". La Santa Madre Iglesia Católica regía los destinos políticos, a fin de llevar la Palabra Divina, derramando sangre si era necesario, hasta el último confín; labor encomendada a los soldados de Dios en su implacable lucha contra el mal, personificado por el diablo y localizado políticamente en los moros, durante las cruzadas, y en los indígenas, durante la conquista.

El indígena y su cultura son, más que descritos, interpretados por el español: "Otra gente que hallé que comía hombres: la deformidad de su gesto lo dice ... Y de estos dos nombres cortados se compone Hutzilupuchtli y con él se nombra este diabólico Marte indiano." La presencia del mal, como acción del diablo en su empeño por corromper almas, se traduce en la necesidad de rescatar, aun contra su voluntad, a la criatura que vive cegada por el pecado. El conquistador utilizó la evangelización como justificante de una política de guerra, con sus consecuentes crímenes, y la legalización de la conquista de la tierra por la conquista del cielo.

Al conquistador no le interesaba el indígena ni, mucho menos, su cultura, como lo explica Samuel Ramos: "España no tenía entonces exceso de población que emigrara ni

su propósito era colonizar América, sino explotarla." En las crónicas del descubrimiento y la conquista se enlazan, pues, dos móviles: uno real, otro ficticio; el primero queda oculto por el segundo, que es el visible; ambos son síntomas de un despotismo disfrazado de religión. Tomar en serio sus intenciones evangelizadoras es caer en la trampa de una propaganda del Estado. Al respecto escuchemos a Octavio Paz: "La religión era el centro de la sociedad y el verdadero alimento espiritual de sus componentes. Una religión a la defensiva, sentada sobre sus dogmas, porque el esplendor del catolicismo en América coincide con su decadencia en Europa." Dos corrientes de pensamiento coexistieron en el pueblo español: de un lado, un misticismo degradado para sostener un ambicioso plan de conquista; del otro, la doctrina de Cristo como la única base moral.

Más que una visión del mundo —prosigue Paz—, una civilización es un mundo. Un mundo de objetos y, sobre todo, un mundo de nombres. En la poesía hispánica, doble heredera de la antigüedad grecorromana y del judeocristianismo, las uvas no sólo son el fruto que nos da el vino sino que aluden a dos divinidades: Cristo y Baco. A su vez, el vino ocupa el lugar central en dos convivios que son la expresión más alta del Occidente mediterráneo: el Banquete y la Santa Misa, el diálogo filosófico y el sacrificio del Hijo del Hombre.

El lenguaje y el mito, continúa Paz,

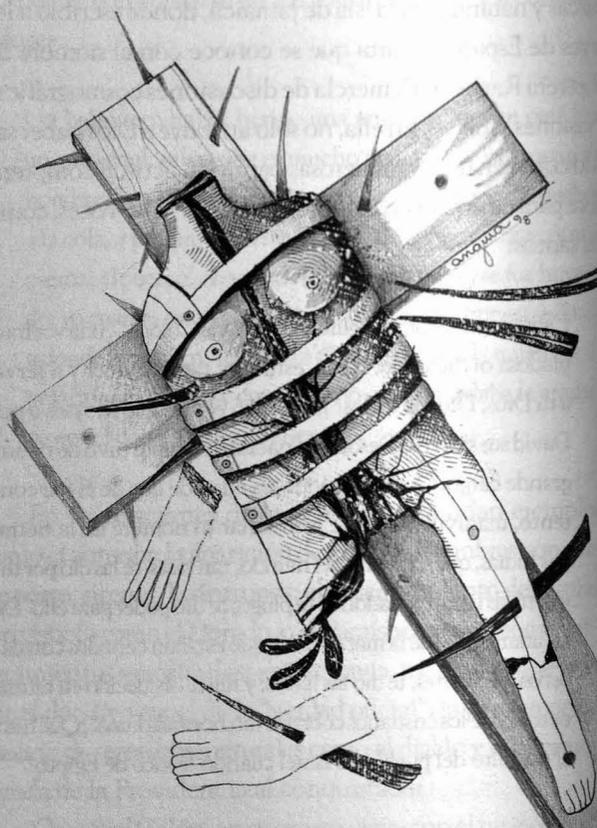
son expresiones de una tendencia fundamental para la formación de símbolos: el principio radicalmente metafórico que está en la entraña de toda función de simbolización. Lenguaje y mito son vastas metáforas de la realidad. La esencia del lenguaje es simbólica porque consiste en representar un elemento de la realidad por otro, según ocurre con las metáforas.

El escudo nacional es la representación icónica de un mito y en él encontramos el segundo signo de Octavio Paz: el águila.

La religión para los aztecas era el sustrato último en el cual todo tenía su fundamento y su explicación: cuanto existía se encontraba integrado esencialmente en un universo sagrado. Dice Miguel León-Portilla que "Los cómputos del tiempo, las edades cósmicas y cada una de las fechas, eran portadores de símbolos y realidades divinas. A través de los ciclos de fiestas se vivía de nuevo el misterio de los orígenes y de la actuación de los dioses." El estudio de los ritos, creen-

cias religiosas y pensamiento de los sacerdotes y sabios aztecas, ha traído como consecuencia el planteamiento de nuevos problemas: en la última etapa del México antiguo el fenómeno religioso fue el resultado de elementos de origen distinto. Al parecer, subsistían tradiciones muy antiguas, comunes a casi todos los pueblos de alta cultura en Mesoamérica; conjuntamente, había en la religión azteca características de este grupo desde los tiempos de su peregrinación.

Los textos indígenas del mundo náhuatl del siglo XVI (aztecas, texcocanos, tlaxcaltecas...) dan su propia versión acerca de la fundación de Teotihuacan. Para el pensamiento indígena el mundo había existido varias veces. La que se llamó primera fundación de la tierra había tenido en conjunto cuatro eras o soles, anteriores a la época presente. En esas edades o soles había tenido lugar cierta evolución en espiral, en la que aparecieron cada vez formas más evolucionadas de seres humanos, plantas y animales. Las cuatro fuerzas primordiales: agua, tierra, fuego y viento, habían presidido esas edades, hasta llegar a la quinta época, designada como la del Sol de movimiento. Los hombres se llamaron macehuales o mercedidos, puesto que habían recibido la vida gracias al autosacrificio de los dioses; y



Ricardo Anguía

habían de corresponder con su propia sangre para mantener la vida. En un momento decisivo para la vida del pueblo azteca aparece un hombre excepcional: Tlacaélel, a quien iba a deberse la creación de una nueva visión del mundo y, en una palabra, toda la grandeza de su pueblo. Tlacaélel nunca quiso ser rey. Prefirió actuar como consejero: primero de Itzcóatl y después de Motecuhzoma Ilhuicamina y de Axayáctli. Tlacaélel se valió de los elementos de la antigua cultura tolteca que consideró útiles y provechosos, aunque les dio muchas veces un sesgo distinto; en honor a Hutzilopochtli y de los demás dioses, se celebraron con mayor frecuencia los sacrificios humanos. Para obtener víctimas, Tlacaélel había organizado las famosas guerras floridas con los cercanos señoríos, también de lengua náhuatl, de Tlaxcala y Huexotzinco.

Numerosos textos permiten afirmar que la multitud de dioses de la religión popular vino a tener un sentido muy diferente en la concepción religiosa de los sabios. Algunos de ellos, ahondando en la herencia tolteca, llegaron a plantearse problemas en torno a la suprema divinidad Tloque Nahueque, dueño del cerca y del junto. Concretamente se atribuye al sacerdote Quetzalcóatl la formación de toda una doctrina teológica acerca del supremo dios dual Ometéotl, identificado después como el dios Quetzalcóatl, como un título que evocaba la sabiduría del dios dual.

Quienes insistían en mantener la pureza del culto a ese supremo dios que vive más allá de lo que ven los sentidos, tuvieron que luchar muchas veces contra quienes se empeñaban en introducir otros ritos, particularmente el de los sacrificios humanos. Las discordias internas provocadas por quienes estaban empeñados en alterar la antigua religión del dios Quetzalcóatl, iban a tener por resultado la ruina de Tula hacia mediados del siglo XI d. C. El sacerdote Quetzalcóatl, acosado por sus enemigos, tuvo al fin que marcharse.

En el México antiguo la doble función de la uva es cumplida por el peyote y los hongos alucinógenos. Para Europa, comenta Paz recordando a Nietzsche:

En el trigo se repite la dualidad del vino: Ceres y Demeter, Cristo y la Sagrada comunión. En México el lugar del trigo lo ocupa el maíz. Alimento universal gemelo del pan, el maíz era también una metáfora material —como la hostia cristiana— de los misterios divinos. Entre los ritos asociados al maíz, hay uno, recogido por Torquemada, que impresionó particularmente a Sor Juana: durante una ceremonia que se celebraba en el Templo Mayor de México-Tenochtitlan, los

devotos comían pedazos del cuerpo de Hutzilopochtli, que era un ídolo hecho de pasta de maíz y empapado de sangre. El parecido con la Eucaristía les debió parecer a los españoles a un tiempo alucinante y escandaloso.

Finalmente, la poesía que los primeros poetas mexicanos conocen como suya es la misma que en España se miraba como descastada y extranjera: la italiana. Para Menéndez y Pelayo la primitiva poesía americana podía ser considerada una rama de la escuela sevillana. Por ello, Octavio Paz afirma: “La forma abstracta y límpida de los primeros poetas novohispanos no toleraba la intrusión de la realidad americana. Pero el barroco abre las puertas al paisaje, a la flora y la fauna y al indio mismo.” El antiguo ritual religioso, indígena, tiene coincidencias con el catolicismo; el arte barroco mezcla lo indio y lo español: la Virgen de Guadalupe encarna la conciliación de dos mitades adversas y expresa la originalidad de la naciente nacionalidad. La poesía barroca aceptó los elementos nativos, no por un nacionalismo poético, sino por fidelidad a la estética de lo extraño, lo singular y lo exótico.

Recordando a Paz,

en el siglo XVII la estética de la extrañeza se expresó con una suerte de arrebato: la extrañeza que era ser criollo. En ese entusiasmo no es difícil descubrir un acto de compensación. La raíz de esa actitud es la inseguridad psíquica. Ambigua fascinación: a la inversa de los franceses de ese mismo siglo, los criollos se percibían a sí mismos no como la confirmación de la universalidad que encarna cada ser humano sino como la excepción que es cada uno:

doble herencia de culturas duales.

La ciencia de la poesía quiere reducir a géneros la pluralidad del poema, planteaba Paz; las nomenclaturas son utensilios de trabajo, pero son instrumentos inútiles cuando se les quiere usar para tareas más sutiles que la mera ordenación externa. Al descubrir un rasgo no se ha demostrado un juicio: se ha descubierto un rasgo. Los juicios suministrados por la retórica, cuando no se les examina bajo una perspectiva humana, carecen de sentido. “La poesía mexicana no encuentra su forma nativa —dice Paz—, y cada vez que se arriesga a expresar lo mejor y más secreto de su ser no tiene más remedio que servirse de un lenguaje abstracto y que es suyo sólo por un acto de conquista intelectual.” Es decir, no puede expresarse en náhuatl sino en español; por ello no puede eludir la dualidad. ♦

Ágata



CLAUDIA HERNÁNDEZ DE VALLE ARIZPE

I

No respondes. ¿Se usa para pulir el oro? Exégesis
y en el cesto entre cientos, 300 ojos de ágatas.

Una órbita más de alabastro
y luego esa línea que semeja un río caudal de lodo
pero sin la voz del agua.

Mudez. Pedazo. El todavía en bruto que no la hace pieza:
ni guerrero, ni jaguar, ni mujer encinta. Ni orejera ni pendientes.
Una anciana geometría que se extiende, tras su corazón de hielo,
en círculos concéntricos de un otoño que se fuga.

Materia.

Una piedra que corte el encantamiento de las plegarias.

Pozo de piedra.

También materia.

Agua que perfora el pozo repleto.

Sin boca, sin labios, sin corazón, sin metáforas.

Piedra sin agua, el ágata descende,
abre su ojo.

Reposa.

No responde.

II

Si es blanca se pule distinta no por lunar no por redonda, acaso por sumisión a un color si es blanca el ágata remite a lo muy sabido: ángeles batiendo la luz del día, aquello de la espuma o la castidad de la doncella en el albo olor de los jazmines. Y no por escasa... a la verdad, la luz nos sobra menos que los dientes, las perlas, la nieve: el intocable absurdo de las metáforas. Líbrenos algo de las visiones que dejan los sueños: el descanso eterno, la recompensa justa. Que sea la maravilla de no someterse a nada. Que no dicten sentencia los pájaros. Sumisión al blanco: un cansancio más: un riesgo: la piedra no por extraña sino por ágata y por incombustible, que arda en nuestras manos, que cierre nuestros ojos.

III

El sable de su hechura ilumina los ecos del cuarzo en la mano abierta. Dar con ella, trasnocharse mirándola; ser testigo de una imagen que se le desprende: árboles pesados de frutas; una pradera. Quien vea hacia adentro del ágata sabrá que hay que convertirla en polvo. El campesino se llena las manos con su brillo, me explico: no reza ni canta mientras lo tira sobre los cuernos del animal para fecundar la siembra. Y alguno: *fue por las lluvias* o en la simpleza: *no hay más razón que el mes del año* y todo incrédulo dirá que es duro deshacer la piedra y *para nada...* Lo que reveló el silicio es por carencia: quiere el agua y el fuego del ópalo. Quería abundancia.

Alimentación y economía en México: disyuntivas del tercer milenio

FELIPE TORRES TORRES

Las grandes paradojas

Desde épocas remotas, la producción de alimentos se ha encontrado indisolublemente ligada a los "caprichos" de la naturaleza, entre ellos, fenómenos como la sobreabundancia o la carencia de lluvias, el ataque de plagas y enfermedades en animales y plantas, las heladas inesperadas, la salinización y el empobrecimiento del suelo. La naturaleza otorga los soportes básicos para el desarrollo de la agricultura y la ganadería; cualquier desequilibrio en esta relación pone en peligro la sobrevivencia de la especie humana.

Dicho equilibrio, de corte natural, se asocia con otros elementos de carácter social como el mercado, la tecnología, el costo de producción y los precios que pueden ser manipulados; todo ello, combinado con esquemas inequitativos en la distribución del ingreso, dificulta el acceso a los alimentos, o bien genera diversas estratificaciones en el patrón de consumo. A partir de esto, podemos entender que se den grandes paradojas al final del milenio, como la de que, por un lado, regiones como la sierra Tarahumara y países como Corea del Norte y algunos del continente africano no hayan logrado resolver el problema de la hambruna, mientras que, por el otro, los Estados Unidos y la Unión Europea se esfuerzan por encontrar mecanismos que frenen la sobreproducción de excedentes para no abatir precios en el mercado internacional y no aplicar medidas compensatorias que se conviertan en subsidio a los productores.

Estos grandes contrastes ocurren al finalizar un siglo en que se han generado los mayores avances tecnológicos que permiten multiplicar el rendimiento de los cultivos y de la producción ganadera, mejorar los sistemas de alma-

cenamiento y conservación de alimentos, así como modernizar a niveles sin precedente los sistemas de distribución, en tal forma que no existe ninguna posibilidad de que alguna región del mundo quede desabastecida si cuenta con las divisas suficientes para complementar las necesidades alimentarias de su población. Por tanto, el problema de la alimentación se restringe hoy a las asimetrías que se observan en la distribución del ingreso de la población, junto con el control de excedentes en la producción por países hegemónicos, gracias a su elevado nivel tecnológico, que les permite manipular el mercado por la vía de los precios.

De cualquier manera, la tesis malthusiana generada a principios del siglo XIX sobre el casi imposible equilibrio entre el crecimiento de la población y la disponibilidad de alimentos, que sirvió para justificar la existencia del hambre y, en forma indirecta, el exterminio de los grupos vulnerables, goza todavía de gran aceptación entre quienes atribuyen el origen de los problemas alimentarios, sobre todo en países pobres, a una situación de escasez. El supuesto central de esta tesis, concebida en una época de escaso avance tecnológico y cuando se desconocían métodos efectivos para el control de la natalidad, es que el nivel alcanzado en el rendimiento de los cultivos a la larga difícilmente sería suficiente para cubrir las demandas de una población con tendencias demográficas ascendentes.

Sin embargo, avances científicos generados durante el siglo XX como el fitomejoramiento de los cultivos, la biotecnología, la ingeniería genética, el control enzimático y —próximamente— la clonación han generado una sobreoferta mundial de alimentos, que no justifica la existencia

del hambre ni las asimetrías en los niveles de consumo a causa de factores naturales, aun cuando persista la sequía. La explicación se encuentra en el control de excedentes con criterios de mercado y en las formas de distribución del ingreso que tienen un impacto desfavorable en el gasto alimentario y en los niveles nutricionales.

El ingreso de las familias, más que los elementos naturales que en otro tiempo restringían la disponibilidad de alimentos y provocaban hambrunas, constituye el verdadero "candado" que restringe el acceso a los alimentos al final del milenio. Esta situación la padecen tanto grupos sociales como países enteros, genera rezagos y paradojas y se convierte en uno de los gérmenes principales de la violencia actual.

Los rezagos se hacen patentes en el hecho de que no todos los países mantienen los niveles de consumo alimentario y sobre todo nutricionales adecuados, problema que comenzó a manifestarse con mayor claridad por lo menos desde la mitad del presente siglo y se convierte en un factor que impide alcanzar los rangos de competitividad que requiere la era de la globalización actual. Por su parte, la paradoja consiste en que a finales de este mismo siglo, con todo y los avances tecnológicos que repercuten en una sobreoferta alimentaria y en la posibilidad de que todos tengan acceso a los alimentos (gracias a los sistemas de distribución simbolizados por los grandes megamercados en las principales ciudades), la desigualdad en el ingreso provoca anualmente la muerte de más de cien mil niños en los países pobres por problemas asociados a la desnutrición, mientras que en los países ricos se destruyen millones de toneladas de alimentos o se subsidia a los productores con grandes cantidades de dinero para que éstos abandonen sus cultivos y sea posible sostener los precios por esa vía.

Por consiguiente, es la desigualdad en el ingreso y no la disminución de la oferta alimentaria la que se convierte en el detonante principal de las asimetrías alimentarias. Esta desigualdad, a su vez, constituye la fuente principal de la heterogeneidad en los patrones de consumo que se detectan en México.

Así, en la era de la mayor abundancia de alimentos, la economía manipula los excedentes mundiales a partir de la configuración de una estructura de precios y construye una paradoja en la que mientras un sector de la población, que representa un vértice muy estrecho de la pirámide social, puede seleccionar los alimentos más adecuados a su salud, otro grupo debe ajustarse a los criterios del pragmatismo en el consumo impuesto por la industria alimentaria

y otro más debe sobrevivir entre una alimentación de mala calidad en términos nutricionales y la carencia de comida.

La función del ingreso en la alimentación

El ingreso y la manera en que se gasta expresan cómo las familias han definido sus estrategias de consumo a lo largo de la historia. Una relativa estabilidad o mejoría en el ingreso permite, además de diversificar la alimentación, alcanzar mejores niveles nutricionales y un incremento en la calidad de la dieta. Por tanto, el perfil alimentario de la sociedad tiene amplia relación con las posibilidades de ingreso, aunque no necesariamente un nivel económico alto determina una alimentación adecuada. La experiencia ha demostrado que en ciertas sociedades y estratos sociales opulentos se presentan enfermedades derivadas de una alimentación costosa pero deficientemente balanceada; la globalización de los mercados, y consecuentemente de la oferta, genera mayores perturbaciones en la estructura alimentaria.

Los trastornos de origen externo, junto con la prolongada crisis económica interna, influyen hoy en la conformación en México de una estructura de consumo fuertemente polarizada y, dentro de ella, de subdivisiones marcadas por la diversificación de la oferta y las posibilidades de acceso a ésta. Las encuestas ingreso-gasto levantadas en nuestro país en 1984, 1989, 1992 y 1994 dan cuenta de un aumento nominal del ingreso; sin embargo, esto ocurre de manera diferente para cada estrato. El modelo económico aplicado desde principios de la década de los ochentas, a la par que el efecto interno de múltiples desórdenes de la economía mundial, detuvo el rumbo ascendente de la economía mexicana. Esto provocó, entre otros fenómenos, altos niveles de inflación, devaluación monetaria, decremento en los niveles de empleo y subempleo, contención salarial y deterioro constante del poder adquisitivo.

La caída casi vertical de los salarios reales, aunado a las altas tasas de desempleo y subempleo, contradicen los resultados de las encuestas nacionales de Ingresos y Gastos de los Hogares, los cuales señalan que el ingreso de las familias mexicanas se ha incrementado constantemente en el periodo que va de 1984 a 1994. Más bien se detecta una concentración acentuada del ingreso que polariza el acceso a la riqueza nacional generada, lo cual se hace más evidente al percatarnos del deterioro del poder adquisitivo, calculado conservadoramente en alrededor de 60% en ese periodo.

Las pautas de distribución de la riqueza por estrato de ingreso indican que, durante el lapso antes señalado, la participación en el ingreso corriente total de 80% de los grupos sociales más pobres de México se redujo de 50.97 a 45.45%. Por su parte, 10% de los hogares más ricos elevó significativamente su participación al pasar de 32.4% en 1984 a 38.4% en 1994. Lo anterior significa que el peso del ajuste económico, realizado como parte de la estrategia de desarrollo de los años ochentas, afectó fundamentalmente a la población de ingresos bajos y medios, quienes eventualmente redujeron sus niveles de consumo generalizado y la calidad de su alimentación. Estos cambios no se detectan de inmediato pero constituyen un aspecto delicado que no se puede ignorar cuando se trata de evaluar la capacidad intelectual y competitiva de una generación completa.

En este contexto, la población de menores ingresos desarrolló cuando menos dos estrategias para enfrentar la pérdida relativa de sus ingresos: una estriba en la utilización más intensa de la fuerza de trabajo disponible, a través del aumento de la jornada laboral del jefe de familia y la participación de otros miembros del núcleo familiar en actividades informales; la otra, en la introducción de cambios en la estructura del gasto de bienes no básicos y básicos que en conjunto contribuyó a la desaceleración del consumo por la vía del subconsumo.

Pese a representar el indicador más importante del ejercicio del gasto de los hogares, el rubro de la alimentación en México muestra un descenso histórico en su estructura. Así, mientras en 1984 representó 44.5% del gasto monetario total, en 1994 disminuyó poco más de 10 puntos porcentuales al situarse en 33.6%. Dicha tendencia se puede explicar, en primera instancia, por el incremento relativo del ingreso total en comparación con una cantidad casi constante de alimentos consumidos por hogar. También obedece, de acuerdo con encuestas específicas, a una disminución de los niveles de consumo que estaría indicando un nuevo perfil de deterioro en la alimentación de los mexicanos con claras consecuencias negativas para el desarrollo de las generaciones futuras.

En economía existe el supuesto de que a medida que aumentan los ingresos familiares disminuyen los niveles de gasto en alimentos o se presenta una mayor diversificación, agregación o sofisticación alimentaria. Se infiere, por lo tanto, que la demanda de alimentos es inelástica (es decir, se mantiene constante) a través del tiempo. El problema se presenta cuando se detecta un desequilibrio profundo en el ingreso que afecta en mayor proporción a la base

de la pirámide social. En ese momento surgen las asimetrías que se profundizan en épocas de crisis económica, con situaciones como el hambre en regiones bien localizadas, la desnutrición en grupos muy amplios, las distorsiones atípicas en el patrón alimentario.

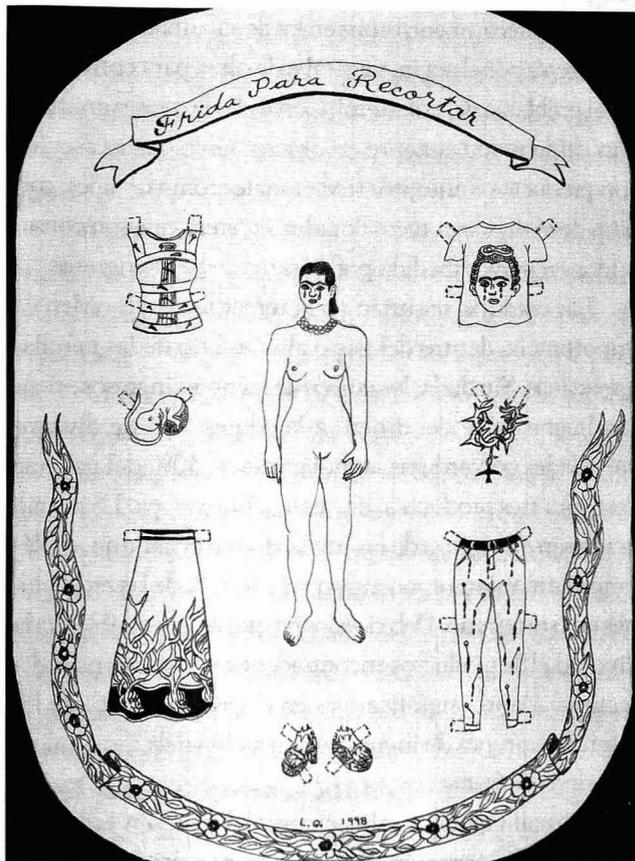
En una economía de mercado, el ingreso no observa una asignación social equilibrada porque su objetivo, basado en la competencia de los agentes económicos, no es la equidad, sino la racionalidad de las leyes del mercado. Ello estrecha el vértice de la pirámide social, donde un grupo reducido asegura mejor calidad de alimentación sin mayor impacto en su gasto, al tiempo que dinamiza ciertos rubros de la oferta.

De manera simultánea se reorienta el gasto con la finalidad de compensar la caída del ingreso familiar e individual. Por ello se establecen nuevas escalas de prioridades: algunos bienes y servicios dejan de consumirse, se adquieren otros de menor calidad o disminuye su nivel de consumo acostumbrado. En algunos casos, la disminución de los niveles de compra obliga a la sustitución de productos o bien al desarrollo de estrategias familiares que dan lugar a la modificación fragmentada del patrón de consumo y cambios artificialmente inducidos en la dieta.

Estructura de la alimentación en México

En el caso de la adquisición de alimentos en México al final del milenio, la estructura polarizada del gasto social provoca que los grupos de menores ingresos vean restringido su acceso a los productos alimentarios específicos de mayor precio o alto valor agregado. Los grupos que podríamos catalogar como de ingresos medios y medios altos enfrentan mejor en términos relativos sus condiciones de consumo si mantienen un ingreso equilibrado y una constante en la proporción de su gasto destinada a la alimentación. De aquí se desprende la hipótesis de que los estratos que disminuyen la proporción de su gasto alimentario tienden a sustituir algunos productos de la dieta, sin que ello derive necesariamente en el subconsumo; únicamente eliminan temporal o permanentemente alimentos de mayor valor o calidad.

Sin lugar a dudas, los hogares de mayores ingresos no resienten el efecto de la crisis económica y mantienen constante la proporción del gasto en alimentos; en estos hogares, la tendencia es hacia una clara diversificación del consumo, que se relaciona con las oscilaciones de la oferta, la



Laura Quintanilla

información nutricional y las influencias externas. En cambio, los grupos más pobres no sólo se ubican en una línea de subconsumo, sino que también sacrifican calidad debido al efecto combinado de la crisis y la baja del poder adquisitivo; esta situación ha introducido diversas condicionantes en la estructura del consumo.

Al final de un siglo caracterizado por una gran diversificación de la oferta alimentaria inducida por innovaciones trascendentales en la tecnología de alimentos, los cereales representan todavía la fuente principal de proteínas y calorías en la alimentación de los mexicanos. Los cereales conforman, después de la carne, el rubro más importante del gasto alimentario de las familias mexicanas, especialmente de los estratos de ingresos bajos y medios. Esto se debe al peso que tienen en la alimentación productos como el maíz en grano, la tortilla de maíz, el arroz y las pastas para sopa, principalmente.

En los grupos de más bajos ingresos, el gasto destinado a cereales es menor porque en ese segmento se ubican las familias que se benefician en mayor medida de los programas sociales de apoyo a la alimentación por la vía de los precios subsidiados, lo cual tiene un efecto amortiguador sobre las erogaciones en el gasto corriente. De los 15 dife-

rentes tipos de cereales o derivados de éstos, la tortilla de maíz o el pan dulce de trigo cubren casi 50% de las erogaciones en este rubro. En función de lo señalado, los estratos de menores ingresos gastan más en tortilla (alrededor de 25%), mientras que los de altos ingresos lo hacen en pan (27%). El gasto promedio en tortilla de maíz representó, después de 1994, 34% de las erogaciones destinadas a todos los cereales, mientras que el pan de dulce disminuyó cinco puntos porcentuales para situarse en 16%.

Después del colapso económico de 1994, las familias mexicanas han introducido un mayor sentido de racionalidad en el gasto alimentario, aunque sin variar significativamente su dieta básica. Por ejemplo, si un hogar adquiría tres kilos diarios de tortillas, de los cuales normalmente desperdiciaba uno, ahora compra dos kilos y desperdicia menos. Este cambio también ha repercutido en la dinámica de crecimiento de la industria alimentaria.

Otros cereales y sus derivados que ocupan un lugar importante en la alimentación de la población de bajos ingresos, según las encuestas de los dos últimos años, son el pan blanco, el arroz, las pastas para sopa y el maíz en grano. El gasto destinado a la compra de este último y al pan blanco sufrió una caída durante el periodo, misma que, no obstante, se compensa en alguna forma con el incremento registrado en productos como la tortilla y la harina de maíz, mientras que el consumo del arroz y las pastas para sopa se mantuvo estable.

De lo anterior se desprende que los hogares de más bajos ingresos mantienen, con la crisis, un comportamiento errático en lo referente a la compra y el consumo de alimentos: ante la pérdida del poder adquisitivo del salario, tienden a restringir de manera frecuente una parte de su gasto, por lo cual reorientan éste a la adquisición de productos menos onerosos y necesarios para la alimentación. Debido a esta situación, productos transformados como la harina de trigo, las galletas y el pan de caja y cereales como la avena, la cebada y el centeno ocupan un lugar cada vez más marginal en la composición del gasto de la mayoría de los estratos de ingreso, a excepción de los grupos más altos, que mantienen un consumo estable y hasta un incremento progresivo de éste.

Las carnes constituyen el grupo de alimentos más significativo del gasto alimentario total pues abarcan entre 23 y 26% de éste. Esto no significa que sea el producto alimentario de mayor consumo por parte de la población mexicana; dicha proporción parece explicarse más bien por el hecho de que en este rubro se ubican los artículos de ma-

por precio o alto valor agregado que tienen un impacto significativo en las erogaciones monetarias de cualquier estrato social. De los diferentes productos que conforman el rubro de carnes, en promedio, la de res concentra la mayor proporción del gasto con cerca de 43%, le sigue la de aves con 25%, la de puerco con menos de 14% y, finalmente, las carnes procesadas (jamón, salchicha, chorizo, etcétera) con una proporción de entre 9 y 14%.

El nivel de consumo de la carne de res y la de aves se mantiene constante relativamente, mientras que la proporción en el gasto de las carnes procesadas aumenta y la de la carne de puerco disminuye. Sin embargo, cuando analizamos la dinámica de estos productos por estrato de ingreso, nos percatamos de que los grupos de menor nivel económico son más sensibles a las condiciones del mercado, pues tienden a disminuir su gasto en carne de res (bistec y milanesa) y de puerco (chuleta y costilla), pero incrementan el consumo de carne de aves (pollo en piezas) y carnes procesadas (jamón, chorizo y longaniza). Finalmente, como ya es conocido, los pescados y mariscos representan una parte marginal del gasto alimentario de las familias; su proporción, en cualquiera de los estratos sociales —aunque esto puede variar—, rara vez rebasa los cuatro puntos porcentuales.

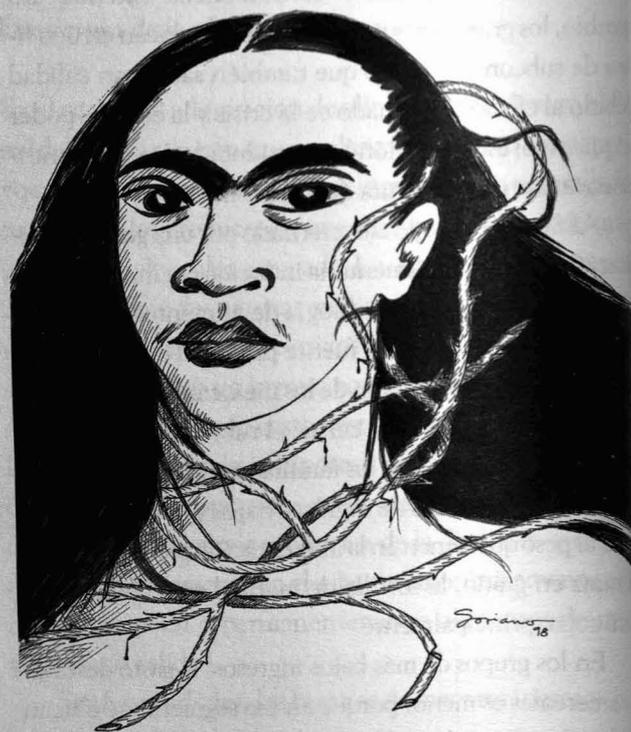
El rubro de la leche y sus derivados ocupa el cuarto lugar en el gasto alimentario de las familias mexicanas; la proporción destinada a este rubro varía entre 7 y 12%, dependiendo del estrato de ingreso. El comportamiento comparativo refleja un mayor acceso a estos artículos por parte de los grupos medios y altos, aun si consideramos los programas de subvención del Estado. El acceso diferenciado a productos lácteos se aprecia sobre todo en el caso de la leche pasteurizada, la leche evaporada y la condensada, al igual que en el del yogur y el queso.

El huevo de gallina representa entre 2 y 5% del gasto total en alimentos. Este producto, a diferencia de los anteriores, se ubica en un nivel más importante del gasto de los sectores de bajos ingresos, aunque también aquí su consumo presenta tendencias a la baja según las oscilaciones del ingreso. El caso de los aceites y las grasas presenta un comportamiento similar, ya que la compra de estos productos depende de la capacidad adquisitiva de los diferentes estratos y la dieta seleccionada por ellos. Así, los grupos de altos ingresos destinan proporciones mucho menores de su gasto a tales artículos. Ello marca una relativa heterogeneidad dentro del consumo de aceites y grasas, ya que en algunos sectores de bajos ingresos todavía está presente el

uso de manteca, mientras que en los de altos ingresos hay mayor interés por el aceite vegetal o de oliva para contrarrestar el problema del colesterol. Con todo, las grasas animales han caído prácticamente en desuso, salvo que se asocien con productos o antojitos tradicionales como tamales, gorditas de maíz, sopes, tacos dorados, etcétera, que son consumidos en mayor medida por estratos de bajos ingresos.

Las verduras se sitúan en el tercer lugar, en orden de importancia, dentro del gasto alimentario de las familias mexicanas. Sin duda, los grupos de menores ingresos orientan buena parte del dinero a la adquisición de diversas variedades de verduras, aunque más de 50% del gasto se destina a tres productos: jitomate, chile y papa. Lo mismo ocurre en el renglón de las frutas, donde la naranja, el plátano y la manzana concentran más de 50% de las erogaciones en este terreno. Debido a los precios más accesibles y a la diversidad de productos encontrados en este rubro, no se detectan variantes significativas en el gasto ejercido por los diferentes grupos de ingreso, a excepción del caso de algunos tipos de frutas.

Más allá de las implicaciones del gasto en la estructura de la alimentación de los mexicanos al final del milenio, la organización de ésta y las condiciones nutriciona-



Alfonso Soriano

les en el país se identifican ahora con un patrón más global, de carácter urbano, acotado por una oferta que se establece desde las esferas de la producción y distribución de la industria alimentaria, con oscilaciones temporales bruscas determinadas por la pérdida o sostenimiento del poder adquisitivo de las familias.

La estructura alimentaria de los mexicanos al final del milenio se configura a partir de las contradicciones que encierra la presencia de una oferta de alimentos amplia, diversificada y homogénea para todas las regiones del territorio nacional, junto a un tipo de distribución del ingreso restringido y polarizado. Hay otros factores que influyen de igual manera como el rompimiento de las diferencias entre lo rural y lo urbano en términos de oportunidad en la distribución de alimentos, un manejo más abundante de la información sobre la calidad de éstos y su influencia en la salud y el ejercicio de un auténtico pragmatismo en la preparación y aceptación incondicional de productos de la industria alimentaria, como resultado de los cambios registrados en la organización social.

El patrón alimentario del México actual se caracteriza por una relativa homogeneidad regional, situación que se debe a la diversidad de productos existentes en el mercado, la amplia influencia de la industria alimentaria, la eficiencia de los sistemas de distribución y las posibilidades de acceso a los productos según el nivel de ingreso, y no a la ubicación de la oferta ni su masificación. Este patrón no varía regionalmente, es decir en términos del "menú" diario y de la cultura alimentaria que pudieran existir en cada región a partir de los recursos naturales disponibles. Se asocia más bien con la conformación de grupos de ingreso que lo mismo pueden ubicarse en el medio rural que en el medio urbano, en una región rica que en una pobre. El patrón alimentario se muestra indiferente ya a las estrategias de mercadotecnia que siguen las grandes cadenas comerciales para la diversificación de la oferta, la fijación de sistemas de precios atractivos y la ubicación estratégica de esas cadenas en las ciudades. Esto se debe, entre otras razones, a que las grandes empresas agroalimentarias intervienen decisivamente en la conformación del tipo de alimentación pues tienen la posibilidad de ofrecer una amplia gama de productos y de cubrir cualquier tipo de mercado, aun cuando éste sea de ingreso restringido.

Para concluir, entre las paradojas relacionadas con el hecho de que la disponibilidad de alimentos dependa más de la economía que de los factores naturales —a consecuencia de los sorprendentes avances tecnológicos de este

siglo—, se da la situación de que el patrón alimentario y las condiciones nutricionales de México se determinan ahora por los modos de vida impuestos en las ciudades y la capacidad adquisitiva individual y de los diferentes grupos de ingreso; ya no se derivan de las identidades regionales respecto al consumo, ni de la capacidad de organizar el gasto alimentario según beneficios nutricionales. Por tanto, ha llegado el momento de reevaluar algunas tesis acerca de una pretendida diferenciación del patrón alimentario en términos regionales. Si bien estas tesis pudieron ser válidas en un contexto socioeconómico del pasado, hoy han dejado de serlo debido a las tendencias regionalmente indiferenciadas en la distribución del ingreso, a la mayor dinámica de los flujos migratorios por los avances en la red de transporte y el ahondamiento de la pobreza y a la rápida influencia de la globalización en los mercados alimentarios locales; dicho de manera más sencilla, debido a una organización social diferente. ♦

Bibliografía

- Aguirre, Judith *et al.*, "Cambios en la estructura rural-urbana de México", en González y Torres (coords.), *Los retos de la soberanía alimentaria en México*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM/ Juan Pablos, México, 1995.
- Ando, A. y F. Modigliani, "The Life Cycle, Hypothesis of Saving: Aggregate implications and test", en *American Economic Review*, EUA, 1963.
- Consejo Nacional de Población, *Evolución de las ciudades mexicanas 1900-1990*, Conapo, México, 1994.
- Chávez, A. *et al.*, "Food and Nutrient Consumption in Rural Areas", en *The Food and Nutrition Situation in Mexico*, Pax Editores, México, 1996.
- Duesenberry, J. S., *La renta, el ahorro y la teoría del comportamiento de los consumidores*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- Fridman, M., *Una teoría de la función consumo*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Encuestas Nacionales de Ingresos y Gastos de los Hogares*, 1989, 1992 y 1994, México.
- Malthus, T. R., *La ley de la población*, FCE, México, 1992.
- Méndez, C. Patricia, "Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares: metodología y alcances", en *Notas censales*, núm. 15, INEGI, México, 1996.
- Torres Torres, Felipe, *Dinámica económica de la industria alimentaria y patrón de consumo en México*, IIEC-UNAM, México, 1997.

Regresión del sauce



ERNESTO LUMBRERAS

Para Julio Lajo



Palpo la noche dormida en tu fronda. Su alquimia de morir junto a una piedra blanca.
Sus estrellas o sus corderos hollando la misericordia de tu corazón tan tierno.



Una muchacha orina al pie de tu tronco. ¡Mira, la beatitud de su grupa, la ilusión de esa linfa dorada que brota de su sexo! Cuando se va deja una charca minúscula, espumosa e instantánea. Paulatinamente sientes en las raíces un gorjeo de canario que estallará en tu rama más alta.



Alguacil fluvial, tu duermevela contiene un zumbar de abejas. En tu espesura se despierta el verbo alumbrar. Quien demora la visitación de una lágrima, cifra en tu emoción una certidumbre tan parecida a un nido.



Dormida, casi muerta, en tu follaje
la luna me parece un pensamiento,
algo así como un dios sin amigos.

*

Antes de árbol quisiste ser una casa. Antes de llanto quisiste ser un árbol. Por unanimidad eres el crepúsculo pero también el armonio, el paréntesis de la bruma, el guardarropas de un hada.

*

Desde niño ver tu combustión me fortalece.

*

Ayer soñaste un gambusino entre tus ramas. Ni se ocultaba de un tigre, ni divisaba la aurora. Lo seducía el azul lagrimal de tu copa, el dorado filibustero de tu melancolía. Deseabas no despertar, protagónico en los márgenes de la fiebre, seducido de encontrar tu corazón en otras manos.

*

Hace una enredadera de tus ramas
y se arroja, feliz, a la corriente
del río estival. Niño de los sauces,
en esas aguas ocres me he perdido
para resucitar, de vez en cuando,
en tu vértigo.

*

El otoño se ha marchado. Sin embargo, como en el poema de Rilke "*la tierra es un niño que sabe poemas, muchos poemas*". Una lírica diferente y gradual se apodera de lo que se ha ido y, con extrañeza, permanece en tu espesura: la subversión como horizonte de la memoria. El otoño se ha marchado, decía enfáticamente. Digo también, este periodo áureo procura su identidad en tus ramas: estación del que viaja sin escarcha en sus ojos.

Ni llegó ni se fue. El otoño en tu follaje transgrede su rango cíclico. Es más, se *estaciona* como el pájaro carpintero en un hueco de tu tronco.

Una amistad arcádica: fray Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza



ESTHER MARTÍNEZ LUNA

A Jorge Ruedas de la Serna, conocedor de Arcadias

I

El pasado mes de julio visité la biblioteca Benson Latin America Collection de la Universidad de Texas, en Austin, para consultar en la sala de *rares books* el archivo Genaro García. Éste resguarda importantes documentos, algunos inéditos, sobre la vida y obra de fray Manuel Martínez de Navarrete. Durante mi investigación encontré una carta escrita de su puño y letra dirigida a otro poeta de la época, Juan María Lacunza. Hasta el momento de encontrarla, no tenía conocimiento acerca de algún documento que certificara la amistad entre ambos.

A continuación transcribo la carta, que no ha sido modificada ni en su ortografía ni en su sintaxis:

S. D. Juan María de Lacunza

Res. da con atraso y comentada en 7 de septiembre de 1808.

Villa de Tula y agosto 14 de 1808

Muy S. mío y de toda mi estimación y aprecio: ya estaba V. recomendado en mi alma por sus dulcísimas producciones, cuando llegó la carta de 8 dándome un testimonio de su amor y benevolencia. ¿Cuál no habrá sido mi alegría y mi contento? No hay duda, yo la celebro muy mucho, dandome los parabienes por la nueva [carta] que me franquea mi fortuna.

Nada tiene V. que decirme de gracias por el breve rasgo en que quiero competir con el poeta Lacunza. Ya en su

anagrama reverenciaba yo el íntimo de las musas, y amado con razón de todos los sabios.

La gratitud con que se me manifiesta V. es un estímulo de la mía: por lo que podrá V. contar en mi pobrecilla persona, no solo un cap. p. seguro, sino también [con] un amigo verdadero.

Me pueden las enfermedades que V. padece: y aunque parezca demasiado en mi hacer de galeno, yo quiero ser el médico de un amigo, y recetarle que use una plantita de manca con recina de ocote, y amas de esto medias de lana a raíz del pellejo. También quiere lastimarme con el de las que yo padezco: y en efecto, desde lo más floreciente de mi juventud, hasta hoy que cuento ya cuarenta años de vida, las pesadumbres y creo que todo género de desgracias, conspiraron a quebrantar mi salud, me debilitaron el sistema nervioso, y actualmente me hallo en los brazos de la hipochondria.

Concluyamos por ahora: siempre que V. quiera favorecerme con sus cartas, no lo escuse, satisfecho en que las recibiré con estimación, y de que en todo me manifestaré un bueno, aunque desgraciado amigo de V.

Q. B. S de F. Manuel Navarrete [rúbrica]

Probablemente esta carta provoque una ligera sonrisa a un lector de finales del siglo XX, pues no advertirá en sus páginas otra cosa que el testimonio de una relación amistosa sin ninguna consecuencia para la historia de la literatura mexicana. Sin embargo, tengo la convicción de que este documento encierra elementos importantes para la comprensión de uno de los capítulos menos estudiados de nuestra cultura literaria: la Arcadia de México. Los epistolarios brindan información que nos permite configurar

nuestro mapa literario; esta carta, pese a su aparente superficialidad amistosa, no tiene por qué ser la excepción. De hecho, si leemos con atención el saludo postal que el padre Navarrete hizo llegar a Lacunza desde la Villa de Tula, estaremos en condiciones de reinterpretar algunos datos más o menos conocidos de un sector de la clase letrada de principios de siglo pasado, dentro de un escenario que nos permita comprender mejor el sistema específico de su producción literaria.

Comencemos por presentar al destinatario y al remitente. De Juan María Lacunza (?-1820) se tienen pocos datos. Fue un prolífico poeta neoclásico cuya producción fue dada a conocer en las páginas del *Diario de México* (1805-1817) bajo los seudónimos y anagramas de Batilo, Clérigo escrupuloso, JML, Launzac, Inglés Can-Azul, por mencionar sólo algunos. En los manuales de historia literaria se repite que en la obra de Lacunza “abundan las remi-

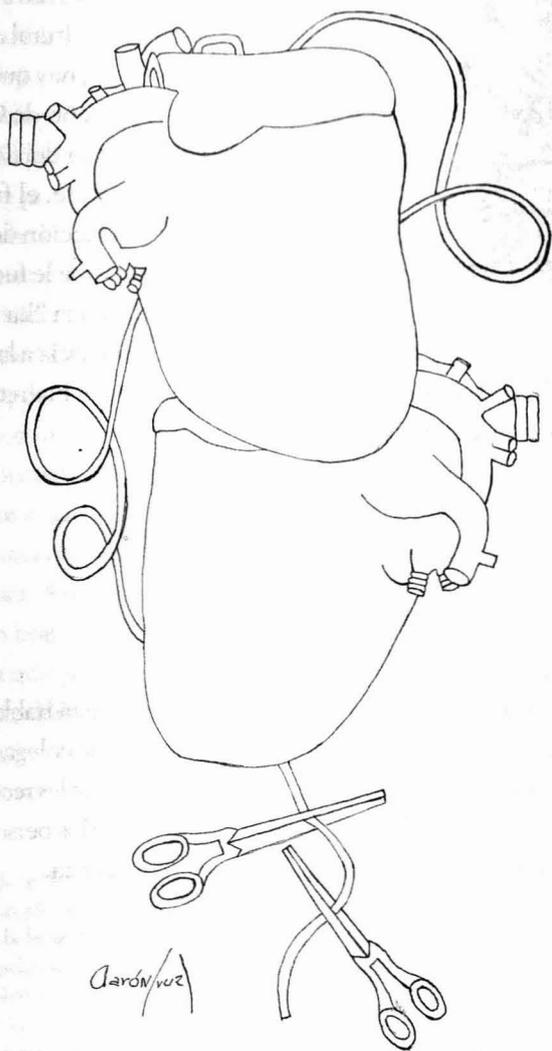
niscencias bíblicas” y se destaca el hecho de que éste escribió en verso los salmos; no obstante, hay que decir que incursionó también en la poesía satírica y amorosa, aunque apenas con decorosos resultados. Fue padre de los conocidos poetas José María y Juan Nepomuceno Lacunza, fundadores, junto con Guillermo Prieto, de la Academia de Letrán.

Por otro lado, fray Manuel Martínez de Navarrete es conocido como el poeta más importante, después de Sor Juana, de los años finales de la época colonial. Su prestigio se fincó en la publicación de su obra en las páginas del *Diario de México*. Su poesía se caracterizó sobre todo por emular la de españoles como Juan Meléndez Valdés, Nicasio Álvarez de Cienfuegos y José Cadalso, pero no fue sólo un mero imitador, pues gracias a su amplia cultura latina y a su conocimiento de la poesía castellana se configuró un carácter propio. Navarrete se encontró en un cruce de caminos, donde las ideas ilustradas comienzan a desdibujarse y las ideas románticas, a manifestarse.

A pesar de la distancia geográfica que separaba a Navarrete de Lacunza —Villa de Tula y la Ciudad de México—, estos poetas conocían la obra del otro gracias a las páginas del *Diario de México*, aunque, según la carta, no se conocían personalmente. Lacunza debió dirigirse a Navarrete mediante una carta anterior en la que le daba “un testimonio de su amor y benevolencia”. De acuerdo con el texto de Navarrete, Lacunza agradeció encarecidamente el elogio que el fraile zamorano le concedió en algún lugar. “Breve rasgo” dice Navarrete en la carta. Esto me recuerda un poema suyo dedicado a la Arcadia, cuya dedicatoria, valga la redundancia, está construida con base en los “breves rasgos” que el autor atribuye a los árcades mencionados en ese texto. Can-Azul, uno de los anagramas de Lacunza, es calificado en este poema, por parte de Navarrete, con el atributo de diestro

Y tú, Can-Azul diestro,
que la discordia espantas
al son de las cañuelas,
que te dieron las gracias.¹

¹ Los otros poetas a los que hace mención Navarrete son Juan Sánchez de la Barquera (Quebrara), Agustín Fernández de San Salvador (Mopso), Ramírez (Arezi), Mariano Barazabal (Aplicado), José Mariano Rodríguez del Castillo (JMRC), Joaquín Conde (Deoquin) y Juan de Dios Uribe (Uribe). Este poema tuvo que pasar por los ojos del censor y poeta José Manuel Sartorio, quien dictaminó: “¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas tan dignas de salir al público?” *Diario de México*, t. VIII, núm. 870, pp. 185-186.



Se trata del poema "La inocencia" compuesto de diez odas y una dedicatoria dividida en 16 cuartetas; en ella, como ya se mencionó, Navarrete nombra a algunos de los más destacados árcades, describiéndolos con algún adjetivo que a su modo de ver caracterizaba su poesía. Además de la destreza de Can-Azul, Navarrete hace el encomio del amable Quebrara, del delicado Mopso, el fogoso Arezi y del travieso Aplicado. El poema fue publicado en el *Diario de México* el 16 de febrero de 1808, seis meses antes de la carta que

cial dentro de esta primera asociación literaria mexicana, Lacunza invitaba a los poetas a sumarse al grupo mediante cartas y poemas publicados en el *Diario*. La admiración que este árcade sentía por Navarrete lo llevó a dedicarle su poema "La mañana de otoño", en el que son obvias las referencias poéticas al estilo del fraile y la admiración que sentía por él.

Fray Manuel Martínez de Navarrete era, "por su divino talento", el ejemplo a seguir, y por ello se le designó mayoral de la Arcadia. Parece ser que este cargo fue únicamente simbólico, ya que hasta el momento no conocemos ningún documento que permita certificar que el poeta haya estado en México hacia ese periodo cumpliendo con las tareas de dirección de una sociedad literaria que, por lo demás, parece sólo haber tenido las páginas del *Diario* como tribuna. Todo hace suponer que fray Manuel Martínez de Navarrete se atuvo a los límites de la zona cultural de la vieja Valladolid. Sin embargo, hay que señalar que por medio del empeño de Carlos María de Bustamante, editor del *Diario de México* y amigo de Navarrete, el fraile seguramente conoció la producción de sus colegas árcades y los elogios que le fueron dispensados. En la ya citada oda "La inocencia", Navarrete hace referencia a la Arcadia de México y agradece a sus miembros el buen trato con que lo han distinguido.

¿Con qué podrá mi musa,
Arcadia mexicana,
daros por tanto elogio
las más debidas gracias?

En este poema se manifiesta que el fraile está hablando con sus iguales, que se dirige a una comunidad de colegas con los que comparte el gusto por escribir y a quienes les reconoce su particular talento, a pesar de no conocerlos personalmente, como en el caso de su trato con Lacunza.

III

La Arcadia de México aglutinó a los poetas cuya obra se caracterizaba por intentar alejarse del lenguaje oscuro en



Felipe Posadas

comento, por lo que es posible suponer que Lacunza hizo referencia a este poema en la epístola anterior que, suponemos, envió a Navarrete.

II

Navarrete apenas había dado a conocer algunos poemas en el *Diario de México* cuando ya se le preguntaba a los editores, según consta en una de las entregas de esta publicación, "por el nombre de este autor, pues al fin de ellos [los poemas] sólo se leían las iniciales FMN"; de igual manera, había interés en "saber a qué lugar de nuestro continente había tocado la dicha de servirle de patria".²

Lacunza, por su lado, era un constante promotor y difusor, junto con José Mariano Rodríguez del Castillo, de la Arcadia de México. Pese a no haber ocupado un puesto ofi-

² *Diario de México*, t. II, núm. 112.

el que, según ellos, habían caído los poetas barrocos; los árcades buscaban un lenguaje claro que expresara de forma sencilla las emociones humanas y, de esa manera, pretendían restaurar lo que para ellos era el “buen gusto”. A fuerza de repetir que la Arcadia tuvo un carácter evasivo, la idea ha terminado por convencer a más de uno; sin embargo, parece olvidarse que tanto la Arcadia de Roma (1690), como la española, la francesa o la portuguesa —en mayor o menor medida— tuvieron un programa restaurador respecto a lo literario y lo lingüístico, que tenía claras conexiones con el mundo de lo político y lo social.³ Este tipo de asociaciones literarias que cruzan toda la historia de occidente no buscan ser simples lugares de evasión.

Nuestra Arcadia, por ejemplo, utilizó las páginas del *Diario* como campo de discusión de las ideas acerca del gusto y de la estética a seguir. Miembros distinguidos de esta institución literaria, como José Mariano Rodríguez del Castillo y Mariano Barazabal polemizaron respecto a la forma como se debía escribir poesía. Pero sobre todo, el interés de los miembros de la Arcadia era demostrar que en América se producían obras de calidad a la altura de las de Europa. Su propósito era buscar el reconocimiento y respeto, no sólo en México y América, sino en el extranjero, y propagar así una imagen de los talentos con los que contaba este continente. En este afán de ir consolidando un carácter propio en la poesía, los poetas del *Diario* utilizaban palabras como jacal, manta, petate, pulque, cenizote o menudeaban en sus textos referencias a la fauna mexicana: zopilotes, guajolotes, loros, etcétera. La idea de Lacunza respecto al arte, que seguramente debió ser la de Navarrete, consistía en que la poesía debía sujetarse conscientemente a las reglas fundadas en la poética y la preceptiva clásica, con el propósito de lograr el reconocimiento del exterior. Así, Juan María Lacunza valoraba los atributos que como poeta tenía Meléndez Valdés, a quien, a su juicio, había que emular, a pesar de que “en su epístola al canónigo Cándamo nos trató nada menos que de bárbaros, rudos, salvajes, etcétera. Error que sólo es disculpable en el ningún conocimiento que tenía de los sublimes Tagles, Sar-

torios, Barqueras y otros mil”.⁴ El mismo Lacunza, en su poema “A la Arcadia mexicana”, después de la muerte del fraile Navarrete (Nemoroso), instaba a los árcades José Victoriano Villaseñor (Delio) y Juan José de Guido (Guido), todos ellos destacados representantes de esta asociación, a

Pedíles que en el Diario nunca falten sus poéticos rasgos, que honra siendo del mexicano país, causan hermosas, la envidia y confusión del extranjero. Que a su pesar confiesa, que si Europa ha producido sabios en su seno, la América no cede en esto a nadie, cuyos hijos compitan con aquéllos.

Es más que clara la postura reivindicadora y militante del árcade Lacunza: su intención va más allá de escribir sobre pastorcitos, corderitos u ovejitas heridas como comúnmente se identifica a los poetas que pertenecieron a la Arcadia. Estos propósitos debieron ser el marco de la comunicación epistolar entre José María Lacunza y Manuel Martínez de Navarrete, más allá “de las medias de lana a raíz del pellejo”. ♦

⁴ *Diario de México*, t. XIV, núm. 1966, pp. 201-204.



Angélica Carrasco

³ Jorge Ruedas de la Serna nos dice al respecto “El propósito mayor de la Arcadia era, como lo dice de manera manifiesta su fundador, ‘restaurar’ la lengua y la poesía portuguesa, lo que implícitamente, significaba restaurar la dignidad de la nación, ... restaurar el buen gusto, es decir, acabar con los excesos a que había llegado el barroco, de regresar a la lección de los clásicos griegos y latinos, de restablecer la claridad y la economía en la expresión literaria, de evitar las efusiones del sentimiento que le restan fuerza y brillo a la razón”, en *Arcadia Portuguesa*, CNCA, p. 31.

El maniquí

◆
CUAUHTÉMOC ARISTA

I

De pronto
boquiabierto lúpulo
enferma del aire que pasa
por sus labios te desplumas
Historias demasiadas
para un solo cordel
en días estrechos

II

En el sueño
lames infundados
pájaros; las ramas
desgarran del índice a la flora pulmonar
y aún limpios
beben claroscuro. Despiertan
horrísonos al ácido
y aferran sus patas al humo
De pronto recuerdas
que son apenas intentos
en tropel, y tu semilla
picotean sólo por que puedas abrevarlos
antes que a los pájaros
líquidos que llenan
la cabeza austera de los
falsos pájaros.

La escritura del habla

ROBERTO GARCÍA JURADO

La lengua tiene dos dimensiones que en nuestra perspectiva cultural parecen estar fundidas: el habla y la escritura. El nivel de civilización alcanzado por la humanidad hace impensable referirse a la lengua prescindiendo de una de estas dimensiones, sin embargo, debe recordarse que durante un largo periodo el hombre se comunicó exclusivamente a través del habla, ya que la escritura apareció mucho después. De hecho, las primeras inscripciones que pueden considerarse propiamente escritura datan del segundo milenio antes de Cristo, cuando la comunicación hablada tenía ya un largo historial.

Los dos sistemas de escritura conocidos más antiguos son, al mismo tiempo, los más importantes en la actualidad debido tanto a su número de usuarios como a su influencia cultural: la escritura semítica y la escritura china, ambas producto del ingenio de las civilizaciones orientales. Los dos códigos han evolucionado sustancialmente, diferenciándose internamente para generar sistemas específicos. De la escritura semítica se derivó la griega, la romana, la hebrea, la árabe, etcétera, así como de la escritura china se ha derivado la japonesa, la coreana y el propio chino moderno, que tiene notables diferencias respecto a su versión más antigua.

El libro *Sistemas de escritura*, de Geoffrey Sampson, pretende analizar estos sistemas, con el fin explícito de determinar su adecuación y funcionalidad para expresar eficientemente la lengua hablada. Se ocupa específicamente de la escritura hebrea, grecorromana, china, japonesa y coreana. Deja fuera otros sistemas

importantes, como el árabe y las versiones modernas del sánscrito, aunque la similitud de éstos con los que estudia detalladamente le permite asimilarlos a las conclusiones que deduce.

La evolución de la escritura semítica muestra y ejemplifica el proceso cultural que seguramente se siguió en todas las sociedades que produjeron un sistema de escritura. En términos generales, este desarrollo se puede describir en tres fases. La primera de ellas es la pictográfica, en donde una reproducción gráfica de la realidad, una "pintura", pretendía comunicar una idea; la segunda es la ideográfica, en la cual las ideas se comunican a través de grafos que se asemejan a los objetos de la realidad, pero cuyos trazos reflejan ya un alto grado de abstracción, y la tercera es la fonográfica, en donde las ideas se transmiten mediante signos totalmente convencionales y arbitrarios que no representan cosas, sino los sonidos de las palabras que designan tales cosas.

El paso más importante en este desarrollo es la creación de un alfabeto, es decir, un conjunto específico y reducido de grafos que representan un sonido del habla, lo cual marca el tránsito de la fase ideográfica a la fonográfica. El primer alfabeto que se produjo fue el semítico, ideado por los pueblos que habitaban la región que en la actualidad ocupan Siria y Palestina, y en cuya invención influyó notablemente la escritura de los egipcios, con quienes sostenían un abundante intercambio cultural.

La escritura semítica se caracterizaba por basarse en un alfabeto consonántico: sin vocales, y la razón de esto se encuen-

tra precisamente en el proceso de constitución de su escritura.

Aunque no hay mayores registros de ello, la escritura alfabética semítica seguramente estuvo precedida por una escritura ideográfica, en la cual se contaba con un gran número de grafos que representaban directamente objetos de la realidad. Sin embargo, en un momento y una situación determinada se optó por simplificar la inscripción de los mensajes, y en lugar de utilizar una gran cantidad de grafos se comenzó a recurrir sólo a unos cuantos, los cuales no representarían visualmente la idea en cuestión, sino que la reproducirían fonéticamente a través de una asociación entre el sonido y el grafo específico, asociación que se estableció mediante el principio acrofónico.

En efecto, una observación detenida del alfabeto semítico permite deducir que el valor fonético de sus 22 letras se determinó siguiendo el principio acrofónico, esto es, asignando a cada grafo el primer sonido de la palabra que representaba. Así, debido a que en las lenguas semíticas las palabras siempre comienzan en consonante, su alfabeto recogió sólo letras consonantes. De este modo, los alfabetos hebreo y árabe modernos, herederos directos del semítico, preservan ese mismo rasgo: no tienen vocales. Para indicar los sonidos vocálicos el hebreo utiliza las mismas letras consonantes, que en determinados contextos adquieren un valor vocálico, o bien, cuando no hay indicación explícita al respecto, la vocal se tiene que deducir a partir del contexto y la morfología de la lengua. De la misma manera, en el árabe los giros vocálicos de las consonantes son indicados mediante la inscripción de uno o dos puntos ya sea arriba o abajo de la letra.

El siguiente gran paso se dio en Grecia. Los griegos tomaron de los semitas su alfabeto, sin embargo, a diferencia de las lenguas semíticas, las vocales tenían una importancia mucho mayor en el griego,

por lo cual era indispensable contar con letras que tuvieran ese valor fonético. Así, aunque la mayor parte de las letras semíticas conservaron su valor al convertirse al griego, muchas de ellas adquirieron uno nuevo, el de las vocales. No obstante, a pesar de estos cambios, los griegos respetaron muchos otros rasgos del sistema semítico, como el nombre de las letras, el cual correspondía a un objeto real en la lengua semítica, que al ser trasladado al griego perdió toda significación. Con ello, los nombres de las letras fueron sólo eso, sin ningún otro referente a objetos de la realidad.

Asimismo, los griegos modificaron ligeramente la forma de las letras semíticas. Lo que hicieron básicamente fue estandarizar sus trazos, con lo que su aspecto visual se distanció todavía más del objeto que pretendían representar. Así, si en el semítico existía una triple correspondencia entre el objeto, la forma de la letra y su nombre, en el griego estas conexiones se rompieron casi por completo, señalando de esta manera una distancia mucho mayor con el lenguaje ideográfico e irrumpiendo abiertamente en el terreno más convencional de la escritura.

El alfabeto romano fue el paso culminante en la construcción del sistema de escritura que usan todas las lenguas europeas en la actualidad. Los romanos adoptaron

casi íntegramente el alfabeto griego, haciéndole sólo unas cuantas modificaciones; sin embargo, a diferencia de los griegos, que tomaron las letras semíticas con sus nombres, ellos sólo adoptaron la forma de las letras, pues sus nombres se los asignaron siguiendo el patrón que los etruscos ya habían inaugurado, esto es, llamándolas de acuerdo a su propio sonido, para lo cual añadieron a las consonantes determinadas vocales antes o después de su sonido, con lo cual las hacían plenamente pronunciables.

Aunque desde entonces el alfabeto se ha mantenido prácticamente intacto, la escritura en su conjunto ha tenido una historia frondosa y compleja. En ella destacan, por ejemplo, la creación de las letras minúsculas, de las cursivas, de los signos de puntuación, y de los distintos tipos de letra que se han usado. Sampson se refiere a algunos de estos aspectos, aunque no los trata a profundidad. Sin embargo, como él mismo lo manifiesta desde un principio, no es ése su objetivo específico. A pesar de ello, Sampson realiza dos comentarios sobre la escritura de las lenguas europeas modernas que vale la pena mencionar.

Sampson señala que en la actualidad se presta muy poca atención a los tipos de letra con los cuales se escribe. Generalmente se considera que esto no es relevante, que es sólo una cuestión estética, en la cual sólo reparan los tipógrafos o los publicistas. Sin embargo, advierte que esto no debería ser así, pues el tipo de la letra es una parte importante de la escritura. Un tipo de letra apropiado no sólo permite que una letra se vea mejor, sino también que se lea mejor: mientras mayor sea la diferencia entre los trazos de cada una de las letras, más fácil será para el lector identificar a cada una de ellas, distinguir entre una y otra, lo cual hará su lectura mucho más cómoda y ágil.

Sampson pone como ejemplo los libros escolares que se usan para enseñar a leer y escribir a los niños. En ellos se emplea un tipo de letra que estandariza en extremo su figura, reduciendo su trazo a círculos, arcos y líneas rectas uniformes, lo cual,

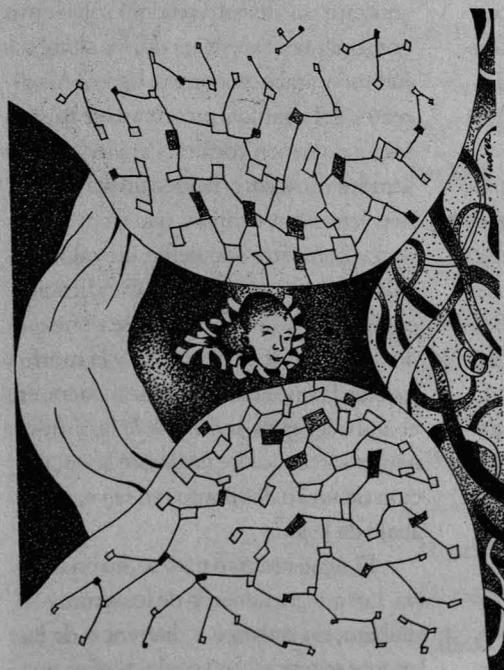
ciertamente, puede facilitar su escritura, pero a costa de dificultar su lectura, ya que se debe realizar un mayor esfuerzo de concentración para distinguir entre una y otra letra. Cuando un lector se enfrenta a un texto impreso en esta tipografía experimenta una especie de confusión, tiene la sensación de estar frente a una hoja grabada con figuras geométricas que sólo se diferencian ligeramente. Este ejemplo puede parecer extremo, pero Sampson tiene razón al insistir en que cotidianamente debe prestarse mayor atención a la tipografía.

El otro comentario se refiere a la ortografía de las lenguas europeas modernas, particularmente al hecho de que algunas de ellas son más fonéticas y precisas que otras. El español, por ejemplo, tiene una de las ortografías más fonéticas: basta con que alguien sea instruido sobre los valores y las reglas de pronunciación de cada letra para que, con esa sola información, pueda enfrentarse a un texto escrito y reproducirlo verbalmente con una alta probabilidad de que sea comprendido por un hispanohablante.

Todo lo contrario sucede con el inglés, que tiene una de las ortografías menos fonéticas. En inglés las reglas de pronunciación de cada letra están condicionadas por tal número de variantes y excepciones que prácticamente no existen; de hecho, la pronunciación de las palabras debe aprenderse caso por caso. Para articular correctamente esa lengua no basta con guiarse por normas de pronunciación: para hacerlo apropiadamente debe imitarse la pronunciación de los angloparlantes nativos.

A partir de ello, Sampson se manifiesta por la necesidad de una reforma ortográfica, consistente en asignar a cada letra uno y sólo un valor fonético, con el fin de que se escriba de la misma manera en que se habla, lo cual no sólo reduciría la dificultad de la alfabetización, sino que además facilitaría la comunicación entre los pueblos de lenguas similares.

Sampson recurre a diversos argumentos para sostener la posibilidad de la realización de una reforma de este tipo; sin embargo, a pesar de ellos, no parece tan verosímil que pueda llevarse a



José Juárez

cabo. Una reforma como ésta implicaría una renuncia tácita a una vasta herencia cultural, pues quienes aprendieran a leer con la nueva ortografía quedarían impedidos para leer a Shakespeare o a Milton, por ejemplo. Además, existen numerosos factores sociales y políticos que se interponen para que todos los países de habla inglesa coincidan en una reforma semejante: en asuntos mucho más simples e irrelevantes prevalece el desacuerdo y las reticencias para superarlo. Así, a pesar de sus posibles ventajas, difícilmente se realizará tal adecuación, con lo que seguramente se conservarán las tradiciones ortográficas de estos pueblos que tienen una misma raíz lingüística, pero cuya diferenciación ha hecho imposible que en la actualidad sus lenguas sean inteligibles entre ellas mismas, como ininteligibles son también para los europeos, aunque en mayor grado, las lenguas del lejano Oriente, de donde procede el otro gran sistema de escritura.

Ante los ojos de los occidentales el sistema de escritura chino parece sumamente difícil y complejo. Más aún, hay quienes consideran que se trata de un sistema en una fase de desarrollo intermedia, cuyos niveles superiores están por adquirirse, y que para alcanzarlos se hará necesario seguir el modelo de los alfabetos derivados de la escritura semítica y usados por las lenguas europeas. Sin embargo, Sampson no está completamente de acuerdo con ello, e incluso podría decirse que uno de los objetivos particulares de su libro es advertir sobre el prejuicio subyacente en esta perspectiva, provocado fundamentalmente por el desconocimiento de esa tradición.

Los grafos de la escritura china antigua, al igual que las letras del alfabeto semítico, representaban objetos del mundo real. Sin embargo, su evolución implicó una notable simplificación, lo que condujo a que en la mayoría de los casos se haya desdibujado el parecido entre el grafo y el objeto real. Podría decirse incluso que algunas de las letras del alfabeto romano conservan más semejanzas con las cosas que originalmente simbolizaban que los propios grafos chinos, tal como sucede con la A mayúscula: si se gira ciento

veinte grados a la izquierda podrá notarse el parecido con la cabeza de un buey, que era el objeto y palabra que inicialmente designaba; del mismo modo, tanto la M mayúscula como la minúscula siguen dando la idea de las ondas que se forman en la superficie del agua, que era el objeto y palabra al que se asociaba originalmente.

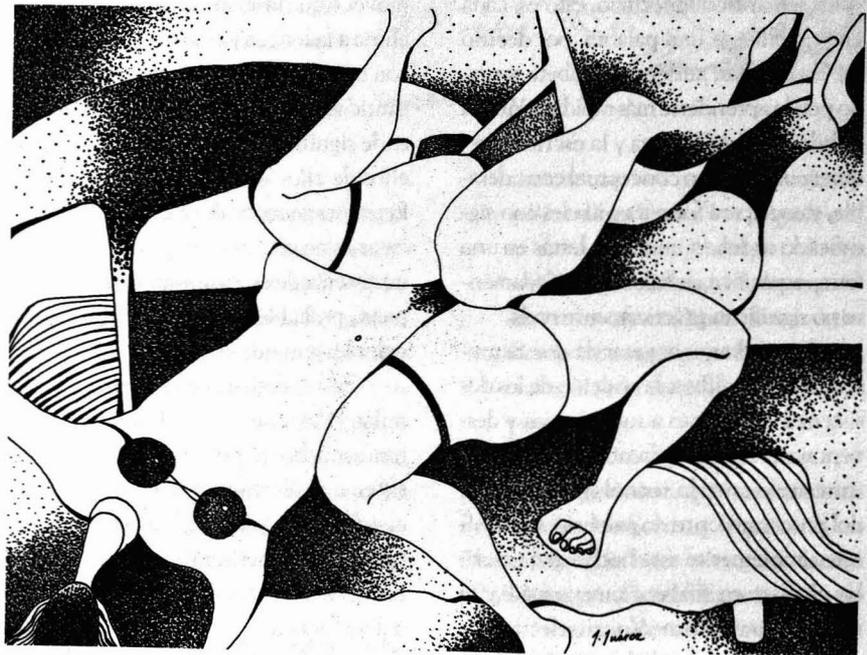
No obstante, a pesar de este distanciamiento entre los rasgos de los grafos chinos modernos y los objetos a los que estaban antiguamente ligados, sigue vigente la idea de que la escritura china es fundamentalmente ideográfica. Sampson manifiesta abiertamente su desacuerdo con ella; dice que este concepto engloba inadecuadamente dos tipos distintos, el semasiográfico y el logográfico. El primero de ellos se caracteriza por representar directamente los objetos cuya idea pretende transmitir, en tanto que el segundo utiliza unidades significativas, esto es, grafos que representan una palabra determinada, pero cuyo aspecto no permite establecer una conexión visual con la cosa en sí. Sin embargo, lo más importante es que mientras que la escritura logográfica, como la china, y la escritura fonográfica, como el alfabeto romano, se realizan linealmente, es decir, sus grafos se ordenan en una línea recta que bien puede ser horizontal o vertical, los trazos de la escritura sema-

siográfica simplemente se ubican en un plano abierto cuyo orden de lectura es libre, incluso arbitrario.

La escritura china no es ideográfica, al menos no lo es en el sentido coloquial del término. Quien pretenda leerla basándose únicamente en el parecido de sus grafos con los objetos que pretenden reproducir se percatará de que es algo bastante difícil, si no imposible. En este sentido, debe considerarse que para leer la escritura china es necesario hacer un esfuerzo de abstracción y conceptualización similar al requerido para el alfabeto romano.

Sin embargo, lo que sí es cierto es que la dificultad para aprender el alfabeto romano y la escritura china es diametralmente distinta. En tanto que el alfabeto romano tiene poco más de veinte letras, la escritura china tiene miles de grafos, al grado de que existen diccionarios que han recopilado cuarenta mil. Aunque muchos de ellos están en desuso, para que un lector sea considerado suficientemente diestro debe conocer alrededor de cinco mil, lo cual es difícil comprender para el público occidental.

En esta parte del mundo se supone que con aprender las veintitantas letras del alfabeto se accede a un nivel cultural determinado: el de saber leer y escribir. En Oriente no es así; para adquirir esa mis-



José Juárez

ma habilidad deben aprenderse miles de grafos; más aún: del número que se conocen depende el nivel cultural del lector. Los parámetros culturales cambian radicalmente en uno y otro contexto. En Occidente se puede hablar del índice de alfabetización como un indicador del desarrollo educativo, pero en el mundo oriental es imposible expresarse así, simple y sencillamente porque ahí no hay alfabeto; el equivalente consiste en contar el número de personas que saben leer y escribir, aunque es difícil determinar esa cualidad, ya que hay una clara diferencia entre saber leer dos mil o seis mil grafos.

Para Sampson, contar con un número tan abultado de grafos no tiene sólo inconvenientes. Una de las grandes ventajas de este sistema es que puede leerse mucho más ágilmente: siendo los grafos tan diferentes entre sí, el lector no requiere fijar detenidamente la vista sobre ellos para identificarlos y comprender el mensaje, como sucede con el alfabeto romano, donde las letras son tan pocas que el lector necesita poner mucha atención para distinguir entre una y otra palabra compuesta casi por las mismas letras. Del mismo modo, es cierto que quienes aprenden a leer y escribir chino se someten a un proceso lento y tardado, pues deben aprender uno a uno el significado y la forma de cada grafo; sin embargo, cada uno tiene un valor semántico específico, esto es, cada uno de ellos es una palabra, por decirlo así. En cambio, aunque el alfabeto romano puede aprenderse más rápidamente, la habilidad de la lectura y la escritura requiere un esfuerzo conceptual considerable, ya que para formar unidades con significado se deben unir estas letras en una forma específica, debido a que aisladamente no significan prácticamente nada.

Sin embargo, a pesar de que Sampson desea equilibrar la posición de los dos sistemas en cuanto a sus ventajas y desventajas, el chino enfrenta una dificultad innegable ante la tecnología moderna del procesamiento de palabras. Compárese simplemente este hecho: para escribir un texto en alfabeto romano mediante un procedimiento mecánico o electrónico se requiere de un teclado cuyo tamaño se puede abarcar fácilmente con las dos ma-

nos abiertas, en cambio, imagínese el tamaño de un teclado que incluyera un repertorio elemental de grafos chinos, digamos tres mil. El problema puede resolverse, sin duda, como ya lo han ensayado en diversas partes del mundo occidental, pero la alternativa siempre será más compleja que el sencillo procedimiento seguido en Occidente.

Por esa razón, en Oriente la escritura manuscrita conserva una importancia que aquí ha perdido. Allá la caligrafía sigue siendo un arte del que Occidente tuvo plena conciencia en una época pretérita, cuando aún no se inventaba la imprenta y los libros eran hechos por copistas, quienes no sólo debían conocer varios tipos de letras, sino que además requerían conjuntar precisión y elegancia en un mismo trazo. Pero ahora difícilmente se encontrará a alguien que preste la atención suficiente a la caligrafía.

La gran influencia cultural de China en todo el Oriente determinó que su escritura fuera adoptada por los japoneses. Pero las diferencias entre la lengua china y japonesa son notables: la primera es una lengua aislante, es decir, sus palabras son unidades de significado invariable, el cual no se modifica por la agregación de declinaciones o partículas gramaticales específicas; la segunda tiene una estructura típicamente flexional y derivativa. Esto provocó que la adaptación de la escritura china a la lengua japonesa se haya hecho con tal arbitrariedad que no sólo una gran cantidad de grafos cambiaran radicalmente de significados, sino que también muchos de ellos se adaptaran para cumplir funciones gramaticales inexistentes o innecesarias en el chino. El producto ha sido un sistema de escritura sumamente complejo, probablemente con mayores dificultades aun que el chino.

Con el coreano ha sucedido algo similar. Dado el influjo cultural chino, durante mucho tiempo se usó en Corea este sistema de escritura, a pesar de que desde el siglo XV el rey Sejong había promulgado un sistema de escritura basado en 28 letras. Este sistema es totalmente original, pues a diferencia de los otros que han derivado sus grafos de un conjunto de ideogramas previo, las letras coreanas fueron obra

de la pura invención y convención de un grupo de notables convocados por Sejong. Pero algo más llamativo aún es que su diseño no fue completamente arbitrario, sino que la forma de sus letras intenta representar gráficamente la posición en que se requieren colocar la lengua y la boca para articular el sonido al que corresponden de cada una de las letras.

Sin embargo, a pesar de contar con su propio sistema de escritura, en Corea siempre se usó el chino, y no fue sino a partir de la segunda Guerra Mundial cuando éste se comenzó a utilizar de manera generalizada. No obstante, dado que muchas palabras incorporadas al coreano proceden del chino, su grafía se ha conservado, por lo que cuando se observa un texto coreano puede apreciarse que más bien se trata de un sistema mixto.

Finalmente, a pesar de la declaración expresa de Sampson, consistente en manifestar que el propósito fundamental de su libro es determinar la adecuación y funcionalidad de los distintos sistemas de escritura para expresar la lengua hablada, una visión de conjunto permite deducir que no menos relevante ha sido la intención de mostrar, así sea brevemente, la estructura de las lenguas orientales, lo que permite afirmar al autor que la dignidad cultural y el valor de estas lenguas como medio de comunicación no deben despreciarse. A tal grado es evidente este objetivo, que Sampson nunca establece de manera definitiva la mayor capacidad y precisión de un sistema sobre otro, y mucho menos se compromete en el bosquejo de una clasificación jerarquizada.

Además, con los sistemas de escritura sucede lo mismo que con las lenguas habladas: están a tal grado identificadas con una civilización, una cultura y una sociedad, que se consideran parte integrante de su propia identidad colectiva, por lo que cualquier opinión o teoría que ponga a una por encima de otra inmediatamente es tomada como una agresión, y siempre suscita resentimientos y animadversiones que es preferible evitar. ♦

Andanzas de García Lorca en México

LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ

Federico García Lorca fue un viajero infatigable dentro y fuera de su patria, pero no le fue dado conocer México. Luis Mario Schneider, incansable, inteligente y acucioso investigador a quien debemos un sinnúmero de obras hoy básicas en la historiografía de la literatura mexicana, se ha encargado de seguir las huellas de la presencia de Lorca en nuestro país. El libro titulado *García Lorca en México*, bellamente editado por la Universidad Nacional Autónoma de México en la colección DiVersa de la Coordinación de Humanidades, está dividido en cuatro grandes apartados. El primero, llamado "Traza mexicana", es a mi gusto el más interesante; ahí, el autor se dio a la tarea no sólo de recopilar sino también documentar los encuentros personales y de la palabra poética de mexicanos con García Lorca. Encabeza la lista de mexicanos el gran Alfonso Reyes, quien también fue el primero en conocer al poeta granadino en 1921 mediante la revista *Índice*, dirigida por él y Juan Ramón Jiménez. En los primeros números se publican, de García Lorca, "El jardín de las morenas" y "La suite de los espejos"; en el último, "Noche"; por ello conjetura Schneider que la relación Reyes-García Lorca "se afirmaría en la superabundancia de esos tiempos de tertulias, peñas, cafés, etcétera." La obra aquí comentada también da constancia de los libros, artículos y ensayos donde Reyes hace mención de García Lorca y sus creaciones.

Schneider señala a Febronio Ortega como el único mexicano que entrevistó a Federico García Lorca para *El Universal Ilustrado*. En su artículo, publicado el 26 de diciembre de 1926, Ortega escribe: "García Lorca —rostro moreno, la mitad del cabello peinado, la otra caída sobre la frente, ojos pequeños y penetrantes— charló con ese ponderativo andaluz." De las respuestas del poeta, destaca una en la

que declara su ambición artística: "Habrá notado, Ortega, que en mis poemas utilizo elementos no empleados antes: el carabinero, el inglés que va a Andalucía, etcétera. Mi ambición es la de lograr una obra de mi tierra y universal como Falla en *El amor brujo*..."¹

De Jaime Torres Bodet, Schneider pormenoriza con lujo de detalles el encuentro de los dos poetas y consigna el recuerdo de García Lorca en el poeta mexicano:

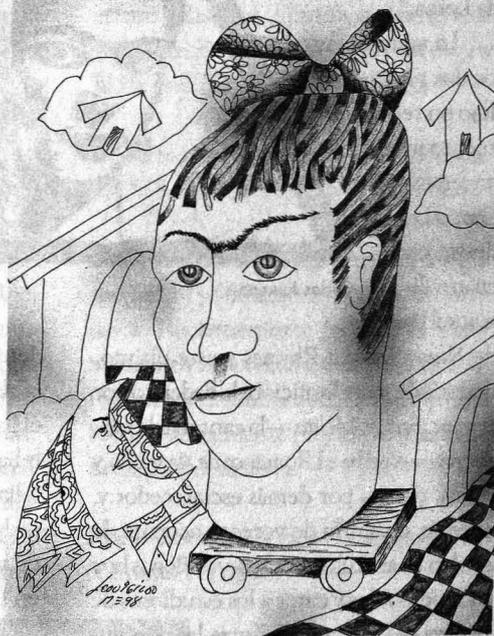
Los demás comensales retenían ya mi atención. García Lorca en primer lugar, a quienes todos tuteaban gozosamente y que dirigía a todos una palabra andaluza, rebosante de simpatía. Demostraba una viva curiosidad por saber lo que le aguardaba (a él, tan gitano y tan curvilíneo) en las calles rectangulares de Nueva York. Y, con plasticidad imitable, imitable —para divertir a sus compañeros— las locuciones y los pasos de las figuras más eminentes de la tribuna, el teatro y la cátedra madrileños.

Luis Mario Schneider, quien con anterioridad publicó para la SEP en la colección *Lecturas Mexicanas* (núm. 93) las obras completas de Antonieta Rivas Mercado, en este libro a manera de crónica nos refiere los motivos del viaje de Rivas Mercado a Nueva York, así como algunos datos de su estancia. Los hechos ocurren en 1929, año coincidente con la estadía de García Lorca en la misma ciudad. Antonieta y él, de forma inevitable, entabla-

¹ Todas las notas consignadas en este texto han sido tomadas del libro *García Lorca en México*, de Luis Mario Schneider.

ron una relación estrecha, al grado de que ella se entusiasmó con la idea de traducir al inglés algunos de los dramas de Federico, pero todo quedó en intención debido a la inestabilidad emocional de Antonieta. Schneider, mediante la correspondencia que esta mujer tan singular mantuvo con el pintor Manuel Rodríguez Lozano, nos ofrece un cuadro vivo de la amistad de los dos personajes, en palabras que la mexicana escribe a su amor imposible y en que retrata al poeta andaluz:

Angélico ... es una criatura de Dios con estupenda, fina, aguda sensibilidad inque-



Leovigildo Martínez

tante, de trato fácil ... claridoso como chiquillo malcriado; va sólo a lo que le gusta, directo pero no primitivo ... de una vieja familia andaluza, el padre es ganadero rico —descendiente de una de las familias moras que fueron las primeras—, con agudo buen humor irónico —discípulo de Falla.

Otros mexicanos que conocieron a Federico García Lorca, y a quienes Luis Mario Schneider hace referencia, fueron Eduardo Luquín, Genaro Estrada, Pedro de Alba y Salvador Novo. Resalta la figura de este último, ya que fue quien lo trató más. La intimidad de su relación se im-

puso desde la primera entrevista: en un hotel de Buenos Aires, Federico estaba en su lecho, vestido con pijama de rayas blancas y negras. Novo, caracterizado por una personalidad polémica y contradictoria, por inmensa erudición, agudo sarcasmo y palabra elocuente, dejó testimonio de la intensidad de su encuentro, de su vasto conocimiento de la obra garcía lorquiana, como lo atestiguan libros claves en la bibliografía sobre el escritor andaluz. Schneider señala: "Salvador Novo, en esa deslumbrante aproximación que tuvo con el poeta granadino, deja páginas definitivas para el discernimiento de la personalidad de Federico García Lorca."

La amistad entre los dos poetas produjo un reconocimiento mutuo e impercedero: García Lorca ilustra con cuatro dibujos el libro

Carlos Jaurena

de Novo *Seamen Rhymes* y este último, después de saber la afición de Federico por la canción *La Adelita*—la cantaba de memoria— escribe el *Romance de Angelillo y Adela*, poema por demás esclarecedor y, además, un sinnúmero de veces se ocupará de su obra en artículos, ensayos y prólogos hoy indispensables y caros a los estudiosos de la obra del granadino. Entre las referencias a la amistad Novo-García Lorca, sobresale ésta del propio Salvador:

Recuerdo ahora, Federico, como si te escribiera una carta que no contestarías en la prisa y el ajetreo en que vives, cómo aquella tarde tu intimidad y el fuego de tu conversación desataron la nostalgia del indiecito en evocadora elocuencia del México que presentías y que tardabas tanto en certificar. Tú cantaste *La Adelita*, que sabías tan bien, y me dijiste que para ti esa canción simbolizaba todo el México que querías conocer, que *Adelita* era para ti una mujer viva, de carne y hueso, idolatrada por los sargentos, respetada hasta por el coronel; fiel a su soldado, apasionada, morena y fecunda, y,

hechizado por tu conjuro, por tu promesa de hacerle un monumento, cuando paladeabas su nombre, *Adela, Adelita*.

Schneider incluye en este apartado a Bernardo Ortiz de Montellano, a Octavio Paz y a Luis Cardoza y Aragón. Los dos primeros no conocieron al autor de *Yerma* y *Bodas de Sangre*, mas el autor del libro los consigna por la relación que tuvieron con García Lorca a través de la palabra poética y la afinidad espiritual, factores que imprimieron a dicha relación una resonancia y una trascendencia de que carecen los otros que sí tuvieron el privilegio de conocerlo en persona.

Schneider dice: "Si la estadística puede ser también reveladora de fidelidad y

de afecto, de constancia y admiración, en la obra crítica de Octavio Paz la mención, el llamamiento de Federico García Lorca rebasa el número 60." De Ortiz de Montellano pondera el "lugar mágico" que ocupó la personalidad y la obra de García Lorca, y subraya que fue el primero en reseñar en *Contemporáneos*—en su número de septiembre de 1928— el *Romancero gitano*, apenas publicado en la *Revista de Occidente*. La influencia poética y mítica del autor de *Poeta en Nueva York* fue decisiva en la elaboración del texto precedente a *Primero sueño*, de 1931, y "Diario de mis sueños", dividido en tres partes, la última fechada el día de la muerte de García Lorca. Cito a Ortiz de Montellano: "Gitano el poeta, gitano algún antepasado mío—mi abuelo, andaluz del puerto de Santa María: ojos verdes, tez morena—, ¿por qué no nuestros destinos pueden haber pasado juntos por un sueño?"

Al guatemalteco Luis Cardoza y Aragón lo incluye Schneider después de afirmar: "...ha sido y será siempre igualmente mexicano. Asimismo, es el que ocupa más páginas en el libro y con justificada ra-

zón, dada la devoción y dedicación erudita a la obra del autor de *La casada infiel*". Cardoza sí conoció a García Lorca y entabló una amistad que luego se truncó por el destino en Cuba. La vida dio más tiempo a Cardoza de refrendar su afecto y admiración por el poeta gitano en sus múltiples textos, que abarcan desde poemas hasta estudios profundos consagrados a García Lorca, quien le dedicó a Cardoza una "Pequeña canción china" que, según Schneider, con algunas variantes resultó un "Pequeño poema infinito" del libro *Poeta en Nueva York*, publicado en las *Obras completas*.

En la segunda parte del libro, Schneider reproduce los poemas dedicados a García Lorca por Alfonso Reyes, Salvador Novo, Alfredo Cardona y Peña, Gabriel Mercado Ramírez, Hugo Gutiérrez Vega y también por el guatemalteco-mexicano Luis Cardoza y Aragón. La tercera, titulada "Reportajes, artículos y ensayos", agrega a textos de los escritores ya mencionados otros de José D. Frías, Rafael López, Julio Bracho, Rafael Solana, Carlos Monsiváis y algunos autores más. Por último, se reproducen en facsímil las partituras que escribieran en honor del poeta los grandes músicos Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, Salvador Moreno y Carlos Jiménez Mabarak. Y, por supuesto, tratándose de un libro de Luis Mario Schneider, no podía faltar una completa y acuciosa bibliografía de García Lorca en México.

Luis Mario Schneider, en la primera página del libro que nos ocupa, señala: "Existen algunas referencias de su [del poeta granadino] deseo de venir a este país que sin ninguna duda lo hubiera hechizado, lo hubiera abrazado y abrasado." Si bien el autor del *Romancero gitano* no pisó nuestras tierras, sí tuvo una relación con el país a través de los mexicanos, a quienes conoció y trató en los planos intelectual e íntimo, y su presencia quedó como palabra esculpida, para siempre. ♦

Luis Mario Schneider: *García Lorca en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998. 331 pp.

Ricardo Anguía. Colaboró en los números 506-507, 510, 512-513, 514, 531, 539, 550 y Extraordinario II de 1998.

Cuauhtémoc Arista. Véase el número 570-571.

René Avilés Fabila. Colaboraciones suyas aparecen en los números 544 y 557. Es profesor e investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Juan Carlos Bautista (Tonalá, Chiapas, 1964). Estudió la licenciatura en ciencias de la comunicación en la UNAM. En 1985 obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento Punto de Partida. Fue becario del Fonca en 1993-1994 y 1994-1995. Es autor de los poemarios *Lenguas en erección* (Cuadernos de Malinalco) y *Cantar del Marrakech* (Fondo Editorial Tierra Adentro) y del libro de cuentos *Los niños venenosos* (Verdehalago, en prensa).

César Cansino. Colaboraciones suyas aparecen en los números 509, 538, 540, 556, 558, 564-565 y 573-574. Dirige la revista *Metapolítica* desde 1997.

Angélica Carrasco (Ciudad de México, 1967). Estudió la licenciatura en grabado en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda. Es miembro del Salón de la Plástica Mexicana, de la Sociedad de Grabadores de California, Estados Unidos, y de la Asociación Internacional de Artistas Plásticos (Unesco). Fue becaria del Fonca en 1995 y 1998. Su obra ha sido presentada en Cuba, Estados Unidos, Canadá, España y México. Sus exposiciones individuales son *Diálogos de claro a oscuro* (INBA, 1992), *Caras*

vemos, consanguíneos no sabemos. Gráfica monumental. *Aguafuertes* (Salón de la Plástica Mexicana, 1997) y *Una década de gráfica de Angélica Carrasco* (Universidad Autónoma de Mexicali, Baja California, 1997).

Aarón Cruz. Véanse los números 550 y Extraordinario II de 1998.

Roxana Elvridge-Thomas. En los números 512-513 y 516-517 aparecen colaboraciones suyas. En 1990 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino. Fue becaria del Fonca en 1997-1998. Es autora de los poemarios *El segundo laberinto* (UNAM) y *La fontana* (Universidad Autónoma Metropolitana).

Javier España (Chetumal, Quintana Roo, 1960). Poeta. En 1988 obtuvo el premio especial de literatura Antonio Mediz Bolio por su poemario *Presencia de otra lluvia* (Instituto de Cultura de Yucatán). Además, es autor de *Tras el biombo* (Fondo Editorial Tierra Adentro), *Siempre es tarde* (La Tinta del Alcatraz), *Travesía de fuegos perseguidos* (UNAM), *Pronunciar de ofrendas* (La Tinta

del Alcatraz), *Tributo del viandante* (Instituto Mexiquense de Cultura), *Agonía de las máscaras* (Universidad de Quintana Roo) y *Velamen sin custodia* (UNAM).

Jorge Fernández Granados (Ciudad de México, 1965). Escritor y traductor. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores en 1988 y del Fonca en 1992 y 1997. Es autor del libro de cuentos *El cartógrafo* (CNCA) y de los poemarios *La música de las esferas* (Castillo), *El arcángel ebrio* (UNAM) y *Resurrección* (Aldus), con el cual obtuvo el Premio Jaime Sabines en 1995.

Roberto García Jurado. Véanse los números 538, 543, 552-553, 558 y 567-568.

León Guillermo Gutiérrez. En los números 559 y 566 aparecen colaboraciones suyas. Recientemente publicó *El nacionalismo en la novela mexicana del siglo XXI* (Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco). Actualmente prepara su poemario *Evangelios de la tierra*.

Rocío González. Véase el número Extraordinario I de 1998.

Luis Ignacio Helguera (Ciudad de México, 1962). Licenciado en filosofía por la UNAM, donde obtuvo la Medalla Gabino Barreda y, por su tesis de licenciatura, el Premio Norman Sverdlin en 1987. Fue becario del Instituto de Investigaciones Filosóficas de nuestra casa de estudios (1983-1986) y del Fonca (1991-1992 y 1996-1997). Fue miembro del consejo de colaboración de la revista *Vuelta*; actualmente es jefe de redacción de la revista *Pauta*. Entre otros libros, ha publicado los poemarios *Traspatios* (FCE), *Minotau-*



Angélica Carrasco

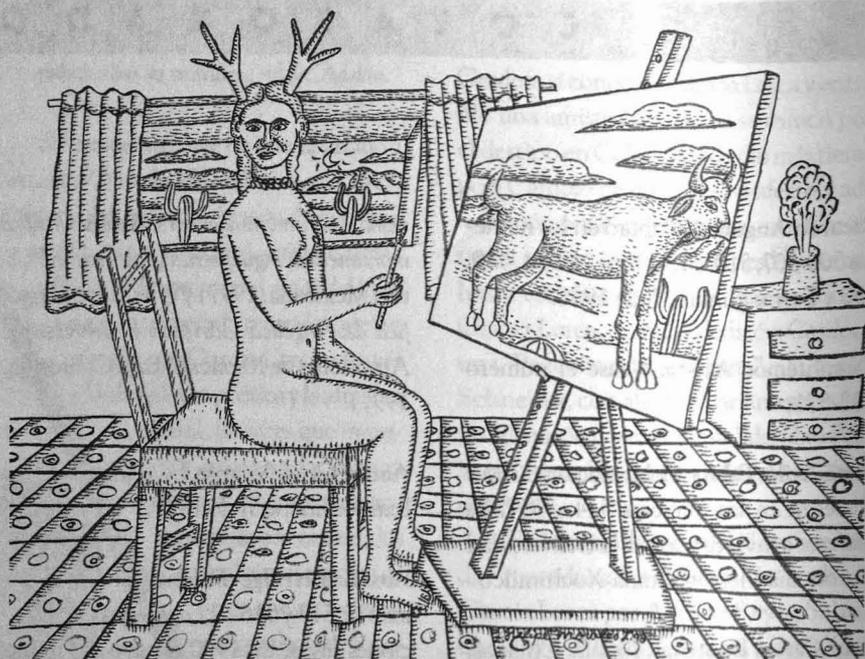
ro (Universidad Autónoma Metropolitana) y *Murciélagos al mediodía* (Editorial Vuelta), y en el género de cuento, *Gracias a Johannes* (Cidcli-CNCA) y *El cara de niño y otros cuentos* (Ediciones Sin Nombre).

Claudia Hernández de Valle Arizpe. Colaboró en el número Extraordinario II de 1998.

Carlos Jaurena. Véanse los números 550 y Extraordinario II de 1998. Actualmente es becario del Fonca. *Es mi vida* (Salón de la Plástica Mexicana, 1998) es su exposición individual más reciente.

José Juárez (Acapulco, Guerrero, 1939). Realizó estudios de pintura en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda y en la Escuela Nacional Práctica de Altos Estudios de París, Francia. Es fundador del museo Dolores Olmedo, del cual fue director general hasta 1996. Su obra ha sido presentada en Italia, Francia, Alemania, España, Suiza, Japón, Estados Unidos y México. Entre sus exposiciones individuales destacan *Lo l'art* (Museo de Arte Moderno, México, 1983), dedicada a Dolores Olmedo, y las presentadas en el Museo de Monterrey (México, 1984), en el Museo Mexicano (San Francisco, EUA, 1987) y en la Plaza de la Raza (Los Ángeles, EUA, 1987).

Frida Kahlo (Ciudad de México, 1907-1954). Inició sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria en 1922. Tomó clases de grabado con el ilustrador publicitario Fernando Fernández y comenzó a pintar en su periodo de convalecencia tras un accidente de tránsito donde se fracturó la pelvis y la columna vertebral en 1925. Impartió cátedra en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda. En 1946 recibió el Premio Nacional de Artes y Ciencias otorgado por el Ministerio de Educación. Su primera exposición individual se presentó en abril de 1953 en la Galería de Arte Contemporáneo de Lola Álvarez Bravo. En 1958 se inauguró el Museo Frida Kahlo. En 1984 su obra fue declarada monumento



Felipe Morales

artístico por decreto presidencial; desde entonces forma parte del patrimonio artístico de la Nación.

Juan M. Lope Blanch. Ha colaborado en los números 522, 530 y 546-547. Una primera versión del texto que publicamos fue leída el 27 de agosto de 1998 en la Universidad de La Laguna, Islas Canarias, España.

Ana Belén López. Véase el número Extraordinario II de 1998.

Ernesto Lumbreras. Colaboró en el número 573-574. El fragmento que publicamos pertenece a *El cielo*, libro inédito.

Leovigildo Martínez. Véase el número 570-571.

Esther Martínez Luna. Colaboraciones suyas aparecen en los números 559 y 564-565. Escribió un capítulo para el libro *De la perfecta expresión* (FFYL-UNAM)

Felipe Morales. Ha colaborado en los números 528-529 y 550.

Jaime Moreno Villarreal. Véase el número 558. Próximamente publicará el relato *Una cantiga de amigo* (Libros del Bosque).

Felipe Posadas. Véanse los números 550 y Extraordinario II de 1998.

Laura Quintanilla. Colaboró en los números 556 y Extraordinario II de 1998.

Dan Russek (Tiberias, Israel, 1963). Mexicano por nacimiento. Licenciado en filosofía y literatura comparada por la UNAM. Actualmente realiza estudios de doctorado en literatura comparada en la Universidad de Chicago, con apoyo del Conacyt. Es autor del poemario *Tomasol* (El Tucán de Virginia).

Guillermo Samperio. Colaboraciones suyas aparecen en los números 560-561, 562 y 572.

Alfonso Soriano (Miahuatlán, Oaxaca, 1952). Realizó estudios de pintura en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda. Sus exposiciones individuales más recientes se presentaron en la Galería José María Velasco y en La Covacha de la Quimera, ambas en 1997.

Felipe Torres Torres. Véase el número 558.

Germán Venegas. Ha colaborado en los números Extraordinario de 1993, 539, 550 y Extraordinario II de 1998.

NOVEDADES EDITORIALES COORDINACIÓN DE HUMANIDADES UNAM

FILOSOFÍA

Pensamiento filosófico mexicano del siglo XIX y primeros años del siglo XX, t. 1

María del Carmen Rovira (comp.)
Coordinación de Humanidades
(Col. Lecturas Universitarias, núm. 41), 1998

Introducción a la historia de la filosofía

Ramón Xirau
Coordinación de Humanidades
(Col. Textos Universitarios), 1998

Sujeto, existencia y potencia

Hugo Zemelman
Centro Regional de Investigaciones
Multidisciplinarias/Anthropos, 1998

LITERATURA

El poeta y la crítica: grandes poetas hispanoamericanos del siglo XX como críticos. Antología

Juan Domingo Argüelles (selec., pról. y notas)
Coordinación de Humanidades
(Col. Poemas y ensayos), 1998

La espuma del cazador: ensayos sobre literatura y política

Evodio Escalante
Coordinación de Humanidades
(Col. Diversa, núm. 10), 1998

La tragedia de Romeo y Julieta

William Shakespeare
María Enriqueta González (prefacio, trad. y notas)
Coordinación de Humanidades
(Col. Nuestros Clásicos, núm. 83), 1998

Toda la vida

Alberto Sabino
Guillermo Fernández (trad.)
Coordinación de Humanidades
(Col. Nuestros Clásicos, núm. 82), 1998

Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera

Belem Clark de Lara
Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998

Fragmentos y poemas

Petronio Árbitro
Roberto Heredia Correa (comentarios, trad. y notas)
Coordinación de Humanidades
(Col. Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm
Mexicana), 1998

MÉXICO

Javier Barros Sierra 1968: conversaciones con Gastón García Cantú

Gastón García Cantú
Coordinación de Humanidades
(Col. Diversa, núm. 9), 1998

Nueva agenda bilateral en la relación México-Estados Unidos

Mónica Vereá Campos, Rafael Fernández Castro, Sidney
Weintraub (comps.)
Centro de Investigaciones sobre América del
Norte/FCE/ITAM, 1998

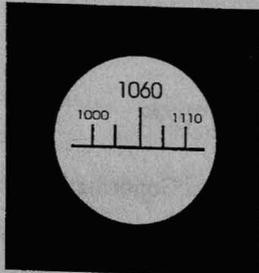
Para informes y adquisiciones dirigirse a la Coordinación de Humanidades, Circuito Maestro Mario de la Cueva,
Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F. Tel. 622 75 88, Fax 622 75 90.

Correo electrónico (E-mail): jrios@servidor.unam.mx



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

**RADIO
EDUCACIÓN**
XEEP, 1060 KHZ.



TRANSMITE
LAS 24
HORAS CON
100,000
WATTS DE
POTENCIA

... Y LA
RADIO SE
HIZO



CULTURA CON IMAGINACIÓN

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Diciembre 1998 ♦ Núm. 575

Danza y cultura del cuerpo

- ♦ El cuerpo en la época virreinal ♦ El cuerpo de Hugo Sánchez ♦ La estética corporal en el toreo ♦ La tecnología y la perfección corporal ♦ La expresión escénica del bailarín
- ♦ Cuerpos déco ♦ El respeto al cuerpo humano

♦ Poemas de León-Portilla y Palley

♦ Ilustraciones de Rubén Rosas

De venta en las librerías universitarias, Sanborns y librerías Gandhi y Parnaso, entre otras.

Llame a los números 606 69 36, 666 39 72 y Fax 666 37 49 y acudiremos a tomar su suscripción dentro del D.F.

CIENCIA

Todos los viernes a las 20:30 hrs.

Canal 22
CONACULTA



La cultura también se ve
Consulte nuestra programación a través de Internet



PUBLICACIONES UNAM

Paleontología

Pedro García, Francisco Sour y Marisol Montellano; Editores
Facultad de Ciencias. Coordinación de Servicios Editoriales
1997, 246 págs.

Los códigos ocultos del cardenismo: Un estudio de la violencia política, el cambio social y la continuidad institucional

Raquel Sosa Elizaga
Coordinación General de Estudios de Posgrado, Plaza y Valdés Editores
1996, 579 págs.

La formación de usuarios de información en instituciones de educación superior

Patricia Hernández Salazar
Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas
Serie: Cuadernos 4
1998, 76 págs.

Papilionidae y Pieridae de México: distribución geográfica e ilustración.

Jorge E. Llorente Bousquets, Leonor Oñate Ocaña,
Armando Luis Martínez e Isabel Vargas Fernández
Pál János; Ilustraciones
Facultad de Ciencias
1997, 226 págs.

Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN Núm. 5, Ciudad Universitaria,
C.P. 04510, México D.F., Tel. 622 65 90 Tel. y Fax: 622 65 82
<http://bibliounam.unam.mx/libros> e-mail: plpeditico@servidor.unam.mx

Ventas: Red de Librerías UNAM

Feria Internacional del libro



Palacio de Minería. Ciudad de México

Estados invitados

Aguascalientes ▼ Colima ▼ Jalisco ▼ Michoacán

- ▼ Más de 500 editoriales (nacionales y extranjeras)
- ▼ Conferencias, mesas redondas y seminarios
- ▼ Presentaciones de libros por sus autores
- ▼ Música, cine, video y danza
- ▼ Talleres infantiles y exposiciones

**Cultura
dentro de la cultura**

Del 13 al 21 de marzo de 1999
11:00 a 21:00 horas.

Tacuba 5, Centro Histórico

Precios de entrada: \$ 8.00 entrada general. \$ 4.00 personas de la tercera edad, maestros y estudiantes con credencial y niños menores de 13 años.



9 770185 133008

